
La Juani
Viaja en el tiempo
La disparatada historia de un viaje a la Irlanda medieval
Kate Bristol

La Juani Viaja en el tiempo

La disparatada historia de un viaje a la Irlanda medieval

Kate Bristol



Primera edición en formato digital: Marzo, 2025

Título Original: La Juani viaja en el tiempo

© **Kate Bristol**, 2025

Diseño de portada y maquetación: *El Primo del Cortés*, mundialmente conocido como *El Gitano Hacker*.

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

RECOMENDACIONES

A mis queridas Brillis.

CAPÍTULO 1

El beso

Irlanda, 2022

Juani suspiró. Se sentía embriagada por la presencia a su lado de *lord Calcetín*, el guapo royal que de alguna manera se había abierto paso hasta su corazón.

Habían ido a la feria del pueblo, en esos días que estaban pasando unas pequeñas vacaciones con parte del grupo de las brillis en el castillo del conde… no se acordaba de su título, pero vamos, que se lo estaba pasando mejor que nunca con sus amigas y sus chicos.

Ah, sí, lord Killarney, ese era el titulo de Connor O'Brien. Como su enorme y glamoroso castillo, que se encontraba no muy lejos de la aldea.

La actividad de ese día de feria, era encontrar unas estatuillas enterradas. Seguro que todo ello se remontaba a alguna tradición irlandesa del año de la polca, pero no podía adivinar cual.

Se paseó con sus zapatos de tacón y su traje nuevo de Balenciaga, que le quedaba como un guante. Sí, debería haber ido con deportivas a caminar por el campo. Pero esa mañana se había levantado pensando en Allister y en el deseo de estar guapa… Sí, guapa para él. Ya se sentía lo suficientemente mal deseando a ese pedazo de hombre, bonico y perfecto. No necesitaba seguir pensando en ello.

Suspiró, intentando centrar su atención en el hermoso paisaje irlandés que los rodeaba y no en el royal que caminaba muy cerca de ella.

—En Irlanda hay mucha magia…

Juani rio al escuchar como Allister intentaba imitar su acento andaluz al hablar en castellano.

—Puede que haya magia en Irlanda, pero también estás tú, que es lo más bonico que he visto por aquí.

Vio una genuina emoción en el rostro de Allister, y en ese momento se le hizo un nudo en la garganta, su pecho se agitó con la esperanza que a él le ocurriera lo mismo, que sintiera lo mismo.

Caminaban uno al lado del otro, pero al detenerse, Allister se volvió hacia ella y con las manos tomó su rostro.

Eran tan suaves y cálidas…

—Princess, yo…

La Juani alzó la mirada, y tragó saliva al ver cómo los ojos azules de ese hombre maravilloso la miraban, colmados de pasión, y de amor.

Le estaba pidiendo con esos ojos un acercamiento, poder expresar sus sentimientos, sin palabras.

Se quedó hechizada por él, y notó como sus pulgares le acariciaban sutilmente las mejillas.

Sin duda, le estaba pidiendo permiso, no se atrevía a moverse, a hacer nada, sin que ella lo aceptase.

Juani no sólo lo aceptó, sino que fue ella quien salvó los centímetros que separaban los labios de ambos y…

Lo hizo.

Lo besó.

Escuchó el sensual gemido del royal, cuando sus suaves labios rozaron los suyos.

El corazón le latía tan desbocado que pensó que se le escaparía del pecho. A duras penas era capaz de tomar aire y el anhelo de apretar su cuerpo contra el suyo, se intensificó.

Sabía que él estaba siendo cauto, delicado.

Notó como la abrazaba con suavidad.

—Juani… —lo oyó gemir contra su boca.

La estrechó más hacia sí, y el beso se tornó urgente.

Ella respondió de igual forma, alzó los brazos y le rodeó el cuello.

¿Cuánto tiempo hacía que había besado a un hombre por última vez? Mucho. El Cortés, su marido, había sido el último y a pesar de la cruel traición del que había creído el hombre de su vida, Juani se sentía intranquila por sus sentimientos encontrados.

Por una parte, estaba la sensación de estar traicionando a su difunto esposo, por otra… por la otra estaba el placer.

¿Cuánto tiempo había estado esperando aquel beso?

¿Cuánto tiempo llevaba soñando con su royal?

La lengua de Allister acariciaba la suya, invadía su boca, lamía sus labios y podía sentir su acelerada respiración.

Era el beso más sensual que había recibido jamás. Su royal hacía que todo su cuerpo se excitase, pero también hacía su alma brillar.

Pero no tenía derecho a eso.

No podía.

Con delicadeza, como a regañadientes, posó las palmas de las manos en el pecho fornido de su royal. Y lo empujó.

Lo hizo sin demasiada convicción, para apartarlo de ella.

Ese hombre le acariciaba el corazón.

Lo miró a través de las lágrimas.

No podía ser.

Era demasiado pronto.

Tenía tantas dudas en la cabeza que no estaba segura de nada. Pero por encima de todo, no estaba segura de que la relación fuera a funcionar.

Había amado mucho a su esposo, no hubo nadie más en su vida a parte del Cortés y, aunque ahora había pasado a mejor vida por culpa de los restos de un WC de la estación intermodal, atravesando la atmosfera y desintegrándose en prácticamente su totalidad a excepción de la pequeña pieza que le provocó la muerte, su mente pedía precaución mientras su corazón gritaba a pleno pulmón que se rindiese a la locura.

La locura de amar a su royal.

Juani siempre había sido un poco loca, pero Allister era demasiado dulce, demasiado serio, y a ella le importaba demasiado como para que tuviese que sufrir sus dudas.

No podía hacerle creer que iba a darle una oportunidad, cuando ni siquiera ella sabía si se la iba a dar a su propio corazón.

Sin poder evitarlo, rompió a llorar.

Y cuando él abrió los ojos, descubrió sus lágrimas, que se entremezclaban con las gotas de lluvia.

Las nubes grises descargaron un diluvio sobre ellos, la hierba verde de Irlanda se mojó como también lo hizo la tierra, encharcándose bajo sus pies.

—Juani, no llores —su voz sonaba quebrada—. Por favor, no por mi culpa.

¿Culpa?

Él no tenía la culpa de nada.

Era el hombre más maravilloso que había pisado la faz de la Tierra.

Negó con la cabeza.

No había sido él, había sido ella quien había iniciado el beso.

No pudo hablar, no pudo decirle que era el beso más hermoso que había compartido jamás, ni le pudo explicar cómo la hacía sentir.

Murmuró un lo siento que ni siquiera ella misma escuchó, quizás solo en su cabeza.

No pudo seguir mirando sus ojos llenos de dolor. Solo pudo dar media vuelta y echar a correr.

—¡Juani! —exclamó Allister—. ¡Es peligroso!

Pero Juani ya no lo escuchaba.

Empezó a correr, ignorando el chapoteó de sus pies en la tierra enfangada, esquivando los árboles de troncos retorcidos. Adentrándose en el bosque que empezó a oprimirla. A alejarlo de él.

La tormenta descargó con tan virulencia que solo pudo escuchar el estruendo del trueno sobre su cabeza.

La Juani gritó, pero no por ello se detuvo.

Corrió con toda su alma, hasta que fue incapaz de escuchar nada más que no fuera el sonido de su llanto y el resquebrajo de su corazón roto.

CAPÍTULO 2

Follander

Juani corría por el bosque con lágrimas en los ojos.

Corría todo lo que sus zapatos de tacón y el elegante traje de Balenciaga se lo permitían. Y quien conoce a la Juani sabrá que una debe vestir con *glamour* ante todo, que para estar guapa hay que sufrir, y que si se tiene que ir a recoger estatuillas por un frondoso bosque irlandés, con tacones, pues se va.

Pero ahora empezaba a arrepentirse.

Todo había comenzado con un absurdo juego que se inició en Killarney Castle, el castillo de Connor, y que ya nadie recordaba el origen.

Los anfitriones le habían explicado que ese dichoso juego de perderse por parejas en el bosque había hecho aumentar la fertilidad en esas tierras y que por eso había más nacimientos en agosto.

Por supuesto todo era gracias a las estatuillas mágicas.

¡Y un jamón! Pensó Juani.

Todo era gracias al calentón desmedido de los participantes que seguramente terminaban fornicando debajo de un árbol.

Algo así es lo que le hubiera ocurrido a ella de quedarse un instante más en brazos de Allister.

¡No! ¡Y no! Eso no podía ser.

Ella era una viuda decente, no iba despelotando a papuchos mayestáticos en medio de un bosque encantado para que le hiciera un churumbel.

De una buena se había librado la Juani, porque si ese beso hubiese culminado en…

¡Basta! Se dijo*. No pienses esas cosas.*

No tendrías que haberte apuntado con Allister para ir en busca de esas estatuillas.

Ha sido la magia del bosque que ha hecho que lo beses, cuando eso no tendría que haber sucedido.

Al menos, no ahora.

Juani se iba reprendiendo a sí misma. Una táctica como cualquier otra para asegurarse de que no se volviera a repetir lo que acababa de pasar.

Besar a Allister, era muy mala idea, porque su corazón empezaba a pertenecerle y ella era joven y lozana, y sabía que, si su

corazón le pertenecía, no tardaría en hacerlo su chichi.

Soltó el aire que retenía en sus pulmones y relinchó como un caballo sin proponérselo.

Todo feminidad y glamour, se dijo mientras intentaba sacar el tacón de un charco de barro en el que se había hundido más allá de su tobillo.

Mientras se lamentaba y volvía a ponerse en marcha, corriendo como un potrillo desbocado, el cielo volvió a abrirse como las aguas del mar muerto y caían sobre ella chuzos de punta, como el día de la boda de la Lety con el príncipe de Asturias.

—¡Ozú! —gimió, arrastrando su vestido tras ella, totalmente empapado.

Respiró hondo y se quedó quieta por un momento.

¿Pero de qué estaba huyendo?

¡Ella, sintiéndose culpable! Si lo pensaba bien, era una estupidez. No era lógico sentirse culpable por besar apasionadamente a Allister Bugguerman, el conde del calcetín. No estaba casada, él tampoco, y eran adultos, por amor de Dios.

Juani era viuda desde que el váter de la estación internacional se había desprendido de la nave principal y después de surcar el hiperespacio había caído sobre el cabezón de su esposo el Cortés,

mientras disfrutaba en un jacuzzi en las Maldivas con tres pelandruscas.

Al menos las señoritas de compañía habían sobrevivido.

La Juani se creyó tan tonta que, de seguro de haber sobrevivido, hubiera perdonado al Cortés. Pero murió y en el funeral… ¡Zas! La verdad le cayó como un mazazo. No era solo que el Cortés le fuera infiel con unas pelandruscas, es que… ¡Tenía otra familia en Sevilla!

Menuda doble vida había llevado su maridín.

Juani era de la opinión que a las roba maridos no se las puede desear la muerte. Con una canción, *claramente* es suficiente. Ella acudió al funeral con dignidad.

No se alegraba por la muerte de un marido infiel, que desde hacía años había jugado a dos bandas, siendo el padre de, nada más y nada menos, cuatro churumbeles.

No, a maridos como ese solo hay que llorarles un tiempo y luego pasárselo bien con el conde del Calcetín.

Pero Juani no predicaba con el ejemplo.

Si no se guardara tanto las cosas podría recibir los consejos de sus amigas *las brillis*, pero tal parecía que era cierto el dicho: consejos vendo y para mí no tanto, porque le costaba mucho

pedirlos. Sabía que Samantha la escucharía e intentaría animarla con sus ocurrencias y una botella de champán. Bel seguro que le daría buenos consejos, y Taylor… ella, como buen escorpio, se cargaría a cualquier hombre que intentara hacerle daño.

Tenía unas amigas que valían oro.

Juani no era una mala chica y, con todo, seguía sintiéndose mal por haberse enamorado de Allister, sin guardar el correspondiente luto.

En el fondo, no era tan moderna. ¿Qué podía hacer la pobre, si la habían educado así?

Y mientras pensaba en esas cosas, seguía corriendo bajo la lluvia, entre truenos y centellas, hasta que se adentró en un claro del bosque.

Abrió mucho los ojos cuando vio siete enormes piedras colocadas en vertical, formando un círculo perfecto.

Eran grandes, mucho más que un hombre erguido.

—¡El *Estoneche*! —miró las piedras, asombrada.

Eran siete, un número mágico. Entre ellas había dos metros de espacio y en el centro una gran losa circular, tenía petroglifos de diferentes tamaños y formas, pero la mayoría circulares, como las

ondas que se forman al lanzar una piedra a un lago. Avanzó despacio y se quedó con la espalda apoyada en una.

Sintió su vibración y le dio un calambre.

—¡Mecachis!

Dio un paso hacia el centro de las piedras para alejarse de aquella corriente eléctrica que la había atravesado.

—*Pa* piedras erectas estoy yo ahora mismo —gimió, dando unos pasos hacia atrás, encaminándose sin pensarlo al centro mismo de ellas.

Tras recobrar el aliento que había perdido por el susto, empezó a moverse de nuevo, a caminar entre ellas.

—Si es que las tierras del conde solitario lo tienen todo, —dijo, acariciando la más grande—, hasta sus *piedrecicas* al más puro estilo Follander.

Como si las piedras y la mismísima naturaleza se hubiesen ofendido por esas palabras tan impúdicas, un rayo sesgó el cielo y el trueno que sucedió a continuación la asustó.

—Aiiish… qué mal rollo. —Miró al cielo y apretó las manos contra su pecho—. No me asustes así.

Al pasar un tiempo sin truenos, se relajó y empezó a soltar el aire que había estado reteniendo en los pulmones.

Pero de nuevo se puso en tensión cuando un rayo cayó justo en medio de las piedras, iluminando la gran losa del centro que empezó a vibrar. Vio los petroglifos moverse. Las espirales empezaron a girar como un ventilador, succionando el aire.

Succionándola a ella.

—¡Socorrooo!

Empezó a correr de nuevo, y cuando estaba a punto de atravesar el círculo de dólmenes para salir de él, algo le golpeó en la frente, seguramente la rama de un árbol que ella no logró ver.

Empezó a caer, y el ventilador gigantesco en que se había convertido la gran losa de piedra, empezó a succionarla con tanta fuerza que ya no pudo luchar contra ello.

Todo se volvió negro a su alrededor y lo último que oyó antes de desmayarse fue la voz de Allister, llamándola desesperado.

—¡Juaniiiii!

CAPÍTULO 3

Atapuercos

—Ay, ay, ay…

Juani apretó los párpados y se llevó la mano a la frente, donde se encontró con un enorme chichón.

Me cago en to lo que se menea, ahora parezco un unicornio…

Abrió poco a poco los ojos, mientras empezaba a ser consciente de la humedad en su espalda. Estaba tendida en el mismo sitio donde se había desmayado, o eso creía ella. La losa con petroglifos estaba húmeda por la lluvia que había caído, pero lejos de encontrarse en medio de una tormenta, la Juani se dio cuenta de que el sol había salido y tuvo que entrecerrar los ojos para que sus rayos no la cegaran.

¿Cuánto tiempo me he echado la siesta?, se preguntó, sin saber muy bien donde estaba, ni qué le había pasado.

Recapitulemos:

La mañana, a pesar de ser Irlanda en otoño, había empezado con un sol de justicia. Seguía luciendo igual, pero entre esa mañana radiante y el momento que se encontraba ahora, había sentido caer sobre ella una lluvia torrencial. No obstante, sus ropas ahora se encontraban secas.

Al intentar hacerse una idea de donde estaba, volvió a ver los enormes monolitos, erectos como… *No, no seas cochina*. *Inhiestos.* Bueno, ya sabéis, de pie.

Volvió a desplomarse, y cruzó los tobillos mientras respiraba hondo.

Se quedó un rato mirando hacia arriba y frunció el ceño.

Las copas de los árboles parecían distintas. Todo era más frondoso, de un color más verde y, en derredor más...

Parpadeó cuando acudió a su mente los labios de Allister, su beso apasionado…

Guarrilla. La viuda guarrilla, pateó el suelo y se incorporó sobre los codos.

Cuando se le pasó la descarga de energía, se dijo que era momento de ponerse en marcha.

—¿¡Qué diantres!?

De repente, un enorme saltamontes se posó en su nariz y Juani abrió mucho los ojos.

Dobló el cuerpo como si fuera un resorte y después de que el animalillo saltara despavorido, se llevó una mano al pecho para recobrar el aliento.

Miró en derredor para comprobar que estaba lleno de mosquitos y el aire se respiraba más puro y limpio. Pero lo más llamativo era el canto de los pájaros, que piaban como si no hubiera un mañana. *Ni que esto fuera una peli de Disney.*

—Menuda escandalera.

De repente sintió una fuerte presión en el pecho, no se trataba de nada concreto, era una sensación, como si algo no estuviera en su lugar. O… como si ella no estuviese en su lugar.

¡Madredelamorhermoso! ¿Dónde puñetas estoy?

—¡Pardiez! —exclamó, en voz alta—¿Dónde me hallo?

¿Cómooooooo? Gimió, desconcertada. *¿Qué es esto de pardiez? Ay miarma, si ni me reconozco. ¿Qué me está pasando?*

Se puso en pie y se dio cuenta de que su bonito traje de Balenciaga de chaqueta ajustada y pantalón beige se había echado a perder. Estaba lleno de barro por la espalda. Había perdido también

un zapato, seguramente mientras corría. Una no puede correr con taconazos por un bosque irlandés.

Tomaba nota.

Se miró las finas medias que estaban llenas de carreras.

No quería ni imaginarse como estaría su pelo. Se tocó el moño y suspiró con alivio. Al menos, la pinza con la rosa en el moño estaba intacta.

El pequeño bolso también seguía con ella. Lo revisó: tarjeta de crédito, las llaves del Rolls Rolls de Alastair, un mechero, y como no, pintauñas Passion Fruit [1]y un pintalabios rojo pasión.

Suspiró y empezó a mirar a su alrededor, esta vez desde la perspectiva de estar de pie. Se le paró el corazón al recordar lo sucedido con Allister.

Negó rápidamente con la cabeza y se dijo que no podía seguir ahí plantada, haciendo volar su imaginación mientras tenía el culo del traje y la espalda empapados.

Se acercó a las enormes piedras, para pasar entre ellas y salir de ahí.

Acarició una de ellas, consciente de que era probable que pesaran una tonelada y media como mínimo.

Se puso a reír, como si estuviese loca al sentir como su palma vibraba.

—Vaya, ¿te imaginas que haya viajado en el tiempo?

¡Como en Follander!

Al ver que no era capaz de pronunciar esa palabrota, se puso nerviosa

—F… ffff… —lo intentó varias veces hasta que desistió— ¡No puedo! —gimió, pensando que podría estar sufriendo un ictus, pues se estaba quedando sin habla—. Será por el golpe en la cabeza…

—Fo… —no fue capaz.

¿Por qué no puedo decir follar?

—Jod….

¡Mierda! ¿Tampoco puedo decir joder? ¿Pero que coño…?

Intentó decir todas las palabras obscenas que le vinieron a la mente y fue incapaz.

Mierda.

—¡Excremento! —*No, no eso no es lo que yo quería decir.*

—Fo… ¡Relaciones maritales!

¿Pero qué cojones? Se horrorizó.

—Cojo… ¡Testículos!

No.

Era imposible.

El golpe en la cabecita la había dejado tarada.

Pero tarada de verdad.

Aiiissshhh, miarma, que no estoy bien. Que de esta me llevan al psiquiátrico.

Lo más sensato sería regresar a killarney Castle,y decirle a sus amigas las brillis lo que le estaba pasando. Para alguien normal, no poder decir palabrotas, no sería ninguna tragedia, pero para ella… quizás le quitaran gran parte de su vocabulario, sobre todo cuando sus pensamientos iban en dirección a pensar en su archienemiga la London, esa mata caniches se merecía algún que otro insulto, y no digamos su difunto marido y las pelandruscas con las que había retozado durante su matrimonio.

—Esto me lo tienen que arreglar —dijo, tocándose el chichón de la cabeza.

Así que se puso en marcha.

Pasados unos minutos encontró un sendero, pero todo estaba mal… no recordaba haber pasado por allí. Todo seguía pareciéndole distinto.

Se encogió de hombros y siguió caminando, mientras su cabeza regresaba a Allister.

—Juani, eres una tonta —empezó a hablar sola—. Primero besas a lord Calcetín, luego te arrepientes y echas a correr, con tan mala suerte que te das un golpe en la cabeza y luego vas y te pierdes en mitad de un bosque lleno de bichos. Tienen que ponerte un monumento más alto que la giralda.

Mientras avanzaba descalza con un zapato en la mano, buscaba con la mirada el otro par. Estaba frustrada por no encontrarlo, pero su mente seguía centrada en Allister y su beso.

—Ni que fueras una monja. ¿Qué problema hay con besar a tan apuesto caballero? Y ahora, te estás llenando los pies de barro. Me c… Me cag…

¡Me cago en to!

—¡No puedo decir me c…! ¿¡Por qué!? —Se paró en seco y puso los brazos en jarra—. Tienes que intentarlo. Venga, tú puedes. A la de una, a la de dos, a la de tres: ¡Casquivano! ¡Fantoche! ¡Tragavirotes!

No me lo puedo creer…

De repente, unos arbustos a su derecha se agitaron y dio un respingo, asustada.

Pensaba que alguien la había escuchado decir tantos improperios y que seguramente se pensaría que iban dirigidos a él.

Pero nada más lejos.

—Lo siento —empezó a decir antes de que el supuesto hombre saliera de detrás de aquella frondosidad.

Se llevó las manos a la boca y ahogó un grito cuando vio algo de pelo, una cola… Entrecerró los ojos.

Ay no, quita bicho.

Dio un paso hacia atrás sin dejar de mirar las hojas y ramas moverse.

¿Sería un lobo? No, en Irlanda hacía siglos que se habían extinguido… ¿verdad?

Pero lo que salió de ahí, fue peor que un lobo.

Ante sus ojos, apareció un enorme gorrino, con cuatro colmillos de diez centímetros.

—¡Cáspita! ¡Un jabalí! Qué buen jamón darías, hermoso —exclamó—. No, no me refería a vos.

Cuando su enorme cuerpo salió por completo, la Juani fue muy consciente de que corría verdadero peligro. ¡Menudo ejemplar! El cochino medía más de un metro de alto y casi el mismo tamaño de ancho.

—Estás bien hermoso, ¿eh?

Como si se sintiera ofendido por haberlo llamado gordo, el animal arañó el barro del camino y gruñó, amenazante, mientras ella daba dos pasos más hacia atrás.

—¿En serio? —gimió—. Pues igual me lo tengo bien merecido por opinar sobre el cuerpo de los demás. Pero… no ha sido con mala intención. Si cuando más gordo más hermoso. Podrías salvar de la inanición a una familia entera durante todo un invierno. Mmm… haríamos unas sobrasadas…

El jabalí agachó la cabeza.

—No, no, no —la Juani entró en pánico. Adelantó las manos, con los brazos bien estirados como si eso le sirviera de alguna protección—. No vais a embestirme, gorrino, ¿verdad?

Al jabalí pareció no gustarle su voz, porque la miró con encono y empezó a correr hacia ella.

¡Sus afilados colmillos y sus gruñidos daban pavor!

Espantada, Juani empezó a huir con los pensamientos rebotando en su mente.

—¡Noooooo! Cielos, qué rápido es el jabalí.

¡Pues no corre el cochino este!

—¡Maldición!

¡Me cago en mi vida!

—¿Acaso no hay caballero de brillante armadura por estos lares, dispuesto a ayudar a esta pobre dama en apuros?

¿No podría aparecer un bombero buenorro pa salvarme?

—Que me suba a su blanco corcel.

¡No sé, o me preste la escalera del camión de bomberos para subirme a ese árbol!

¿¡Pero por qué pienso en bruto y hablo en fino!?

Ya lo decía la Rosy, tú no estás bien.

Aunque lo realmente increíble era lo que podían dar de sí sus piernas. Serían las horas de gimnasio con la cinta en inclinación modo Everest porque, de forma incomprensible, logró dejar atrás al bicho. O puede que el cochino se cansara de perseguirla. De cualquier forma, no es que tuviera mucha importancia el motivo, lo importante era que se había librado de él.

Pero si por un momento creyó que al fin estaría a salvo, se equivocó.

Mientras se detenía para respirar y apoyaba las manos en las rodillas, se dio cuenta de que su vestido y sus medias ya no eran tal cosa, sino un gurruño harapiento.

—Maldición… —jadeó—. Mi precioso traje de Balenciaga… Echado a perder.

Siguió caminando, a cada punto más nerviosa. Hasta que de pronto, escuchó voces no muy lejos de ahí.

Con cautela se acercó, hasta llegar a otro pequeño claro en el bosque, esta vez exento de piedras. Lo que se encontró allí en medio, y el significado de las palabras que escuchó, la espantaron.

—¡Bruja, bruja, quememos a la bruja!

¿Pero qué decís pedazo de atapuercos?

Tres villanos que parecían salidos de un parque temático medieval, acosaban a una joven rubia y despeinada, vestida con una capa oscura.

Se fijó mejor, y vio que, en un brazo, pegándoselo al pecho, sostenía a un gato negro.

—Oh, pobre gatico.

La muchacha con la mano libre intentaba defenderse de esos bestias con un simple palo.

—¡No os acerquéis! —gritaba la valiente muchacha.

Entrecerró los párpados y enfocó la mirada en ella.

Esa tipa me suena a mí de algo…

—¡No es posible!

Abrió los ojos de golpe, como un conejo al que le acaban de echar las largas, y se llevó las manos a la boca para ahogar un grito.

—¡Pero si es la London!

¿Pero que hacía ahí su archienemiga? Y lo más extraño, ¿por qué iba vestida así?

¡Estaba horrible!

Bajo la capa que se le abría con cada golpe de palo al aire, podía verse una falda larga y marrón, cubierta parcialmente con un sucio delantal. Su cuerpo escuálido, también estaba cubierto por un abrigo grueso lleno de agujeros, con la capucha echada hacia atrás.

Esto… la moda se nos está yendo de las manos.

Sí, sin duda era London Melià, la misma que viste y calza. Había perdido todo el glamour y estaba verdaderamente en apuros.

La Juani arrugó la nariz.

¿Cómo puñetas se había atrevido la pija esa a ponerse semejantes harapos? Se miró su propio traje y se encogió de hombros, pensando que ella no iba mucho mejor.

—¡Alto! —el grito de London la obligó a regresar a la realidad — ¡No os acerquéis!

—¿Qué vas a hacer con ese palito, bruja? ¿Darnos una azotaina? —dijo uno de ellos tras escupir en el suelo, mientras los otros dos reían a carcajadas.

—¡Introducíroslo por el recto!

Seeee. ¡Así se habla, pija! ¡Metéroslo por el culo!

Pero London parecía estar pasándolo realmente mal, aunque intentaba que no se le notara. La Juani dio un paso hacia su archienemiga, porque seamos sinceras, el mensaje feminista había calado y no pensaba dejar a una mujer indefensa con tres zopencos por muy mal que le cayera.

Vio como su respuesta no le gustó a uno de los tipos, el más gordo, que se lanzó sobre ella.

—¡Deteneos!

¡Quieto parao, atapuerco!

Ese fue el momento en que Juani se vio obligada a intervenir, lanzándole una piedra. Después, echó a correr hacia ellos y se interpuso entre London y esos rufianes.

—¿Qué está sucediendo aquí? —gritó, con el ceño fruncido—. ¿Por qué atacáis a la moza?

—¿Moza? —preguntó ofendida, London.

—No te enfades —le dijo la Juani, mirándola por encima del hombro—, en mi mente te he llamado una cosa peor.

—¿Y tú quien diablos eres? —preguntó uno de ellos, mirando a Juani, extrañado.

Era evidente que sus pintas lo habían sorprendido.

—Yo soy la bruja más poderosa del reino —respondió Juani, alzando las cejas, desafiándolos a acercarse.

No supo muy bien por qué la broma funcionó, pero lo cierto es que esos dos tipos retrocedieron.

—¿Otra bruja? —dijo uno.

—Son una plaga.

—Hay que quemarlas a todas. Crecen como la mala hierba —dijo un tercero.

La Juani los miró como si estuvieran fatal de la cabeza, pero fatal de verdad.

—Sí, una bruja, y como no os marchéis ahora mismo, os echaré una sarta de maldiciones gitanas que os dejarán calvos —los amenazó la Juani.

Uno de ellos se tocó el cabello grasiento y el otro se quitó la gorra.

Era calvo.

Hizo una mueca, como si su amenaza llegara un poco tarde.

—Me dan igual tus maldiciones —dijo el calvo—. La vamos a quemar por bruja. Y a ti también si te interpones.

—¿Y qué ha hecho para que la consideréis una bruja? —La Juani miró a la London—. En serio, ¿qué está pasando? ¿Hay un

manicomio cerca y se han escapado, o qué?

London no pareció acabar de entenderla y se encogió de hombros porque no sabía muy bien que contestarle.

—¡La vamos a quemar porque asegura que todos los animales tienen alma! —gritó uno de ellos.

—Bueno… estos se han pasado con la dosis de olanzapina. —le susurró a la London para luego gritar—. ¡Más alma que tú, sí que tienen, espantapájaros!

—¡¡¡Quememos primero al gato!!!

—¡Relaciones maritales! —*Joder. Están mu mal*—. ¿Quemar al pobre animalito? —se espantó, Juani— ¿Qué os ha hecho el dulce angelito?

—¿Angelito? —preguntó uno de ellos—. ¡Es un gato negro!

—¡Y tú un racista gatuno!

—¿Qué es racista? —preguntó uno a su compañero, que lo ignoró.

—¡Los gatos son animales pestilentes!

—¿Te has olido a ti mismo, marrano?

Los hombres la observaban desconcertados y con cierto temor en la mirada, mientras London, que seguía muy asustada,

apretó al animalito contra su pecho y siguió detrás de la Juani, a la que consideró una mujer muy valiente.

En verdad la gitana debía dar mucho miedo, despeinada, con el rímel corrido y el traje hecho jirones.

—¡Quemémosla a ella también! —propuso uno de ellos.

—¡Sois unos malhechores! —Se escandalizó Juani— ¡Malditos cromañones!, qué venís, ¿del capitolio?

—¿Qué dice esa zíngara?

—Es una meretriz —añadió el gordo, mirándola de arriba abajo. Cierto que su traje era algo ajustado en la cintura y con algo de escote, pero desde luego jamás se lo pondría para dar una *putivuelta*.

—¿Me acabas de llamar meretriz? —espetó. *Vamos que me ha llamado puta de toda la vida el malaje este*— ¡Para tu información, yo soy una princesa gitana! ¡Y además, viuda! No soy ninguna meretriz.

—¡Quememos primero a la viuda meretriz zíngara!

Joder.

—¡Relaciones Maritales! —*¡Pero cuantos adjetivos me ha puesto!* — ¡Zíngara sí, pero meretriz lo será tu abuela, pazguato!

—Menuda insolente.

—Yo de ti retiraría todos estos insultos. Soy amiga del conde de estas tierras y como le cuente lo que me has dicho, te meterá tal demanda que tendrás que empeñar hasta los calzoncillos.

—¿Qué son calzoncillos? —preguntó el más tonto de todos al calvo, que siguió ignorándolo.

—¡Bruja y embustera!

—¡Embustera lo será tu madre, que se tiró un pedo y luego naciste tú!

—¡Bruja! ¡Bruja! ¡Bruja! —gritaban, mientras Juani ponía los ojos en blanco.

—A ver —colocó los brazos en jarra—. ¿Dónde está la cámara oculta?—. Se giró a mirar a London—. Mary Prudence, responde.

La aludida abrió mucho los ojos.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó.

La Juani clamó al cielo, mientras los atapuercos seguían repitiendo la palabra bruja como si fueran chimpancés que acaban de aprender a hablar.

—¡Bruja, bruja, bruja!

—Vosotros lo habéis querido. Estáis a punto de recibir una maldición gitana.

Uno de ellos pareció retroceder y al ver que la amenaza surtía efecto, Juani se animó.

—¡Os está engañando! —dijo el calvo al ver retroceder al otro también.

—Claro, tú eres muy valiente, no tienes cabellera que perder —le dijo, señalándole la calva.

—¡Mal fin tengas y a peos te peines! —lo señaló, haciendo que al hombre se le cayera el garrote al suelo del susto.

—¡Mala asistenta social *sus* toque! —señaló al gordo, que puso cara extraña, al no comprender lo que le estaba diciendo —¡Juicios tengas y los pierdas todos! —volvió a decir, señalando al más joven.

—¡Está loca! —se espantó el atapuerco y Juani, animada, continuó con sus maldiciones, mientras se acercaba a ellos y los hacía retroceder.

—¡A ti que te salga una almorrana con dientes! —miró a otro —. ¡Y a ti que te se apaguen los focos!

—¡Maldita bruja! —exclamó, cayendo al suelo sobre sus posaderas.

—¡Y a ti, que te montes en un barco, haya mala mar y te vomite un payo!

Vaya, las maldiciones gitanas sí me salen a la perfección. Qué raro, ¿no?

—¿Qué es un payo? —oyó que preguntaba London— ¿Y unos focos?

La Juani la ignoró.

—¡Que te comas un paraguas y cuando lo cagues te se abra del revés! —exclamó al que había caído al suelo, haciendo que se arrastrase por el barro, horrorizado.

—¡Habla en moro! —dijo, al no entender sus palabras, pensando que era la lengua sarracena.

—¡No debemos sucumbir a sus tretas! —se envalentonó el más joven—. ¡No debemos retroceder ante el diablo! ¡Bruja, bruja, bruja!

Al ver que las maldiciones ya no funcionaban, pensó con rapidez.

—Os vais a enterar de lo que vale un peine.

Se metió la mano en el bolso y sacó un mechero.

—¿Eso qué es? —preguntó London.

—¡Fuego! —gritó Juani, poniendo cara de loca, tras encender el mechero—. ¡Y si no os quemo con mi poder brujeril, que un gorrino os persiga!

De pronto, unos gruñidos muy conocidos para Juani se dejaron oír tras unos matorrales.

Lucía una sonrisa radiante cuando el jabalí reapareció.

Y así, la maldición de la gitana se cumplió.

CAPÍTULO 4

La London

—¡Zingara! —gritó la London—, ¿qué hacemos?

—¡Alejarnos de mi amigo el gorrino! —La Juani se reía a carcajadas mientras veía la cara de espanto de los abusones— ¡Os lo dije, soy la bruja más poderosa del reino!

El animal ya se había dejado ver cuan grande y gordo era de entre los matorrales. Sus gruñidos daban auténtico miedo. Arañaba la tierra con pezuñas y colmillos, mientras miraba especialmente, con cara de pocos amigos, a los atapuercos. Juani pensó que era posible que fueran familia y estuviesen peleados.

Los villanos retrocedieron, espantados.

Juani se preguntó el motivo de tanto miedo. Vale que era un jabalí, pero más miedo daban esos orcos, y eran además mucho más feos. Seguro que venían de la ciudad y se pensaban que la leche salía del tetrabrik.

Con rapidez, London la cogió de la manga del traje y tiró de ella.

—Deberíamos escapar ya, ahora que están distraídos.

En efecto, los villanos ahora tenían la mirada fijada en el gorrino.

—¡Lo ha invocado la bruja zíngara! —gritó el calvo.

—Tienes razón —aseguró ella, mientras London tiraba más de su manga e insistía en marcharse.

—¡Vámonos de aquí! ¡Ya!

Juani no se lo pensó más. Dio media vuelta y empezó a correr.

London hizo lo mismo, siguiéndola con el gato aferrado a su capa, para no caer con la carrera.

—¡Están escapando! —gritó el más joven, mientras los otros dos se defendían del jabalí con unos garrotes.

Juani corría todo lo que sus pies descalzos le permitían. Se estaba clavando ramas y piedras y no paraba de gemir y gritar a cada paso. London iba tras ella con cuidado de que el gato no se le cayese.

—¡Ya empiezan a seguirnos! —le dijo, espantada.

Juani miró hacia atrás y en efecto, los tres atapuercos las perseguían, con el jabalí corriendo detrás, como si fueran una piara.

Podía oír sus voces, aunque la espesura del bosque no les permitía ver del todo bien sus figuras.

Al cabo de unos minutos de carrera vertiginosa, London se detuvo en seco, cuando logró despistarlos momentáneamente.

—No puedo más…

Juani puso los brazos en jarra. Y se puso a reír.

—¿De qué te ríes? —dijo sorprendida, London.

—Oh, esos actores de la feria son buenísimos. Que panzada de reír. Ahora —miró por encima del hombro—, el jabalí parecía auténtico, suerte que lo han espantado con palos y piedras.

—¿Cómo?

—Deberían tener más cuidado, por muy adiestrado que esté el gorrino, nos ha dado un susto de muerte.

—No os entiendo.

La Juani miró a London, de arriba abajo.

—No puedo decir que no te hayas metido bien en el papel, desde luego, con esas pintas das *lastimica*.

London parpadeó confusa mientras aún intentaba recuperar el aliento.

—Tanto gimnasio y no puedes ya ni con tu alma, *payune*.

—Me llamo Prudence.

—Prudenzune —se encogió de hombros la Juani.

—No te entiendo, ¿por qué hablas así?

Juani hizo un aspaviento con las manos y miró hacia la copa de los árboles.

—Que sé que esto es una cámara oculta, a mí no me vais a engañar.

—¿Una qué? —London ladeó la cabeza—. ¿Es otro vocablo moro?

—¿Qué dices de moros?

—¿Vienes de las cruzadas? He oído decir que hay unas caravanas de gitanos que han cruzado el mar…

Me cago en la leche, pero a la perri esta que le pasa.

—Mary Prudence, deja de hablar que sube el pan. —Puso los ojos en blanco—. Nada. Si es que no tienes ni dos neuronas que se pongan de acuerdo.

—Aquí deberíamos separarnos —dijo London, ignorándola y mirando en derredor para asegurarse de que no había peligro. Ni hombres malvados, ni jabalí—. Están cerca, seguro. Tomemos caminos distintos. Así al menos una de las dos tendrá una oportunidad.

—Lo que tú quieres es dejarme sola para librarte tú.

—¡Que no!

Juani la cogió de la mano y ambas se escondieron tras el tronco de un enorme árbol.

—Ahí están otra vez —dijo, viendo a los atapuercos acercándose de nuevo.

—Será mejor que los despistemos —habló de nuevo London.

—Vale, ¿qué propones?

—Yo me voy por el sendero —dijo ella muy convencida—. En el bosque tengo a mis gatos, a los que alimento a escondidas. No quiero que esos salvajes los descubran. Querían hacerse un gorro con el pequeño Luci.

El gato negro seguía aferrado a la capa de London, todo tranquilo.

—Pobrecito —dijo Juani—. ¡Serán animales!

—Son peor que animales. Son enviados del obispo, que quiere acabar con mis gatos. Pero no lo voy a permitir.

—¿El obispo?

No, en serio. La Juani pensaba que habían hecho una representación teatral en la feria medieval que habían visitado esa mañana, y que la London, por algún motivo que no sabía, estaba metida de lleno en esa especie de yincana teatralizada.

—¿Tenemos que buscar ahora un obispo? ¿Cuál es el premio?

London abrió la boca sin dar crédito.

—Tenemos que huir del obispo. ¡Es el diablo!

La Juani levantó las manos.

—Vale, vale. Lo pillo, el obispo es el diablo. ¿Y el premio?

—¡Seguir con vida!

—Vamos, que no hay premio. Connor o su alcalde es un poco rata, podrían haber montado algo mejor para entender a la peña.

—No te entiendo, pero de verdad que debo huir y proteger a mis gatos.

—¿Qué eres, la Karen de la Edad Media? —se burló Juani, que ya no sabía si creer a London o no. Por su expresión, parecía estar sufriendo por el gatito—. De acuerdo, ve a proteger a tus michis.

—¿Qué es una Karen de la Edad Media?

Juani puso los ojos en blanco.

—Karen, la loca de los gatos.

—¡Me llamo Mary Prudence! Y los gatos son animales incomprendidos.

—Cierto, si no hubieran acabado con ellos se hubieran librado de la peste bubónica, pero como los atapuercos los cazaban pensando que daban mala suerte, las ratas se esparcieron a sus

anchas por Europa, y la gente se murió de peste bubónica por culpa de las pulgas de las ratas.

—¿Cómo?

—Naaada. A ver, ¿cuál es el plan? —Se acercó a ella y habló en voz baja al cerciorarse que aún no las habían visto— ¿Que me sigan a mí? Desde aquí ya puedo oler a los cochinos esos, y no me refiero al jabalí.

London la ignoró, pensando que tardaría mucho tiempo en adivinar sus enigmáticas palabras.

—Atraviesa el bosque en esa dirección y llegarás a un riachuelo —London señaló la dirección—. Síguelo y te encontrarás con un molino que tiene las aspas pintadas de rojo. Gira hacia el sur y a unos doscientos pasos, tras una piedra que parece un caballo muerto, verás las primeras casas del pueblo.

—¡Relaciones maritales! Que yincana más complicada —dijo la Juani, que seguía sin poder decir la palabra joder— ¿Y no me puedes pasar la ubicación por el móvil? —dijo Juani, mostrándole su Smartphone.

London miró la pantalla, donde salía la cara de Allister, y la Juani se quedó embobada mirando su carica bonica porque en su

salvapantallas siempre se ponían fotos aleatorias y no se esperaba encontrarse con lord Calcetín.

Suspiró.

—¿Cómo has pintado un retrato tan realista? —London interrumpió sus lujuriosos pensamientos— ¡En verdad eres una bruja!

—Oh, sí, y de las peores. Venga, pásame la ubicación, que se acercan.

London la ignoró, y siguió con sus explicaciones.

—En la calle central de la aldea, verás una casa muy elegante, con una puerta azul, está cerca de la taberna.

—Oh, genial, y con este traje se pensarán que vengo de allí.

—¿Acaso no es así? —preguntó London, sorprendida.

—¿Disculpaaaaaa? —dijo Juani, ofendida— ¡Mi estupor es sobrehumano en este momento! —*Estoy flipando pollas en colorines.*

—¡Se acercan! —la interrumpió London— ¡No hay tiempo de discutir! Tú ve a donde te he dicho y nos vemos allí. Serás recompensada, lo prometo.

—No te lo crees ni tú, payune.

London se quitó la capa y se la puso sobre los hombros a la Juani.

—¡Y tápate! —ordenó, ante la mirada ofendida de la gitana—. Cuando llegues a la casa de mi hermano Owen, di que vienes de mi parte. Es un comerciante de especias.

—Me ca… ¡excrementos! —¿En serio Owen se había prestado al teatrillo? ¡Comerciante de especias! La Juani se partía de risa.

—Ha hecho la ruta de la seda y es muy tolerante con…

—¿Con qué?

—Con la gente… —hizo una mueca—… rara.

—¿Con las brujas zíngaras? —alzó una ceja. Así que Owen no era un racista de mierda— Qué bien —dijo, sin saber que decir.

—¡Están ahí! ¡Las brujas están ahí! —gritaron los atapuercos, señalándolas—. ¡Prendedlas!

—¡Maldición! —exclamó Juani.

—¡Gracias por salvarme, buena mujer!

La Juani parpadeó y puso cara de haber olido estiércol fresco.

¿La London llamándola buena mujer? Miró a su alrededor para ver si realmente se refería a ella.

Pero London ya se había marchado con el gato, dejándola sola.

—No se merecen —*Me debes una, lagartona*.

Y puso pies en polvorosa.

CAPÍTULO 5

Lord Calcetín

Una hora después, tras haber esquivado con gracia a los atapuercos…

—Riachuelo, molino de aspas rojas, piedra con forma de caballo muerto y casa con puerta azul, junto a la taberna.

¡Esta paya se piensa que estoy más pallá que pacá!

Juani estaba enfadada.

La maldita broma había dejado de tener gracia. Estaba sucia, cansada, le dolían los pies y tenía tanta hambre que como se encontrara de nuevo al jabalí, lo asaría y se lo comería entero.

¿Y dónde estaba Allister? ¿Por qué la había dejado sola?

Se sentó al borde del sendero y se sacó el teléfono móvil del bolso. Lo encendió y miró por unos momentos el rostro de su amado que había vuelto a aparecer.

—Qué bonito eres —dijo, y cuando se dispuso a llamarle, se dio cuenta de que no tenía cobertura— ¡No me lo puedo creer!

Empezó a llorar de pura impotencia y chorretones negros le surcaron las mejillas.

—No sé qué está pasando. Todo esto es muy raro. ¡Quiero irme a casa! —Se puso de pie y apretó los puños, de repente muy enfadada—. ¡London, esto no tiene ninguna gracia! ¿Dónde está la cámara oculta? ¡Primo! ¿Esto es obra tuya?

Miró hacia arriba, por si alcanzaba a ver alguno de los drones del gitano hacker, pero ni rastro de drones, ni de Allister, ni de nadie.

Irlanda era muy bonita, pero las fiestas de Connor y sus yincanas se iban de madre.

¡Buaaaaaaaaaaaaa! ¡Estoy cansada! ¡Mi traje está destrozado! ¡He perdido un zapato! ¡No sé si tengo frio o calor! Quiero irme con…

—Allister… —gimió.

Pero de súbito, se escucharon unos cascos al galope al otro lado del sendero.

Se dio la vuelta con rapidez.

No tardó en aparecer un caballo blanco, de largas y rizadas crines, acercándose a ella a toda velocidad.

La Juani parpadeó, anonadada.

Sobre su lomo, iba un caballero que no llevaba una brillante armadura que resplandecía con los rayos de sol, pero que sí vestía una capa verde y estupenda, como la de un elfo salido del rodaje del Señor de los Anillos.

Juani se puso en pie y empezó a reírse a carcajadas, al tiempo que las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas.

—¡No estoy loca! —le gritó al jinete, que no tardó en poner al caballo al trote, luego al paso, hasta acabar deteniéndose frente a ella.

Juani empezó a girar sobre sus pies, mirando por todos lados.

—¿Dónde está la maldita cámara oculta?

—¡Mi señora, casi os arrollo! —La voz del jinete encapuchado hizo que Juani se diera la vuelta y lo encarase.

Empezó a caminar hacia él, señalándole con el dedo índice

—¿Y de qué parque temático has salido tú? ¿Eh?

Pero cuando el caballero se quitó la capucha y descubrió su rostro, Juani se puso blanca como la cal.

—¡Allister!

A la Juani casi se le caen las bragas al suelo, pero quiso disimular que lord Calcetín no era el hombre más guapo del mundo.

***

Allister Buggerman, de ascendencia germana, acababa de desembarcar cerca de Killarney, donde su amigo Connor era el jefe del clan O'Brien. En esos años convulsos, había esperanza de unificar la isla y formar un reino fuerte para repeler cualquier amenaza, fuera vikinga o no.

El reino de Muster era próspero y a Allister, no le parecía nada extraño si sus reyezuelos eran del temple de su amigo, lord Killarney.

Connor O'Brien, era un buen amigo, y estaría encantado de recibirlo en su casa.

Años atrás, en una cruenta batalla contra los sarracenos, en la sexta cruzada, Alister le salvó la vida. Desde ese momento el sentimiento de hermandad se había fortalecido aún más. Ayudaba también que Connor le hubiera devuelto el favor, salvándosela a él en una refriega en Jerusalén. Hubiera sido deshonroso morir fuera del campo de batalla, y Allister estaba contento de no haberlo hecho.

Había avisado de su llegada a través de un mercader que recorría la costa occidental del continente y practicaba el viaje de

cabotaje por las islas. Sabía que lo esperaban y estaba feliz de haber llegado al fin.

Cabalgaba por el sendero que atravesaba el bosque de Killarney, cuando se encontró con algo que captó su atención. Sin tirar de las riendas, colocó el peso del cuerpo hacia atrás y detuvo a su corcel.

En medio del camino había lo que parecía ser un extraño zapato que, por su tamaño, dedujo que pertenecía a una mujer. Era de color rojo, propio de las damas de alta alcurnia, y su exquisita calidad y su extraño diseño, despertaron su curiosidad.

Bajó del caballo y lo tomó.

—Qué maravilla —se dijo, sopesándolo y dándole la vuelta.

La ejecución de la pieza y el acabado eran exquisitos.

El tacón era excesivamente alto y acababa en punta. Jamás había visto nada igual. Se lo guardó en las alforjas y siguió su camino.

Avanzaba al paso, y de pronto algo lo obligó a ponerse en guardia. A lo lejos se escucharon unos llantos desesperados, de un niño o de una mujer. Sin duda, alguien se encontraba en apuros. Él jamás había ignorado una petición de ayuda y no sería esta la primera vez.

Pero… sucedió algo extraño.

Su corazón latía cada vez más rápido, a medida que se acercaba al lugar donde se encontraba esa persona. Impaciente, puso a su caballo al galope y, al girar hacia la derecha, se encontró con ella. Por unos instantes su corazón se olvidó de latir.

Era una mujer. La miró con reconocimiento, pero a la vez juraría que no la conocía de nada.

Su aspecto era extraño, pero su hermosura no tenía parangón. Cabellos negros como el ónice, despeinados. Aun así, adornados por una rosa roja como la sangre. Vestía un sobretodo que cubría parcialmente unas extrañas ropas, y en la mano llevaba un zapato rojo exactamente igual al que se había encontrado minutos antes.

¡Esa era la dueña del zapato!

¡Aquella era su dama!

Seguro que el destino la había puesto en su camino.

Hizo avanzar el caballo hacia ella, pero enseguida se detuvo. Ladeó la cabeza y la miró con extrañeza.

¿Estaba loca?

Su comportamiento era del todo inusual. Hablaba sola, daba vueltas sobre sí misma y lloraba y reía al mismo tiempo.

—No puedo decir que no sienta un gran disgusto al descubrir que la dama que me hecho dar un vuelco el corazón, esté como un cencerro.

Era evidente que se había perdido, o sufrido un contratiempo, porque estaba nerviosa.

El caballero alzó una ceja al darse cuenta que hablaba en español, un idioma que conocía bien, pero con un acento extraño y marcado. Parecía muy contrariada. Estaba… blasfemando. Eso le pareció que no era digno de una dama, por lo que rumió si de verdad sería de alta cuna.

Al frenar a su caballo y al darse cuenta ella de su presencia, pareció enloquecer aún más.

—¡Esto es una broma! —la oyó exclamar, haciendo aspavientos—. ¿Dónde está la cámara oculta?

El ceño de Sir Allister se frunció un poco más.

¿De qué hablaba? ¿Una cámara? ¿Una cámara secreta?

Al recordar lo buenos que eran sus zapatos pensó que quizás sí que podía estar ocultando algunos tesoros.

—¡Esto es una broma pesada! —Ella lo miró de nuevo como si no le gusta nada verle. Extrañado, se quedó en silencio, esperando que le dijera por qué su presencia no era bien recibida—. Y tú —

Empezó a caminar hacia él, señalándolo con el dedo, mirándolo con esos ojos negros y profundos, que le quitaban el habla—. ¿De qué parque temático has salido tú?

¿Qué diablos era un parque temático? Se preguntaba Allister.

Se quitó la capucha y vio como la mujer palidecía. Se dio cuenta de que lo había estado confundiendo con otro, ¿por qué sino habría de haber soltado improperios tan airadamente, si a él no le conocía de nada? ¿Verdad?

Sonrió como si eso le quitara un peso de encima. No era el malhechor que ella esperaba.

—¡Allister!

Al escucharla pronunciar su nombre, sus pulmones se olvidaron de respirar.

—Sí, ese soy yo, Allister Buggerman.

Entonces, ella frunció el ceño, gritó algo incomprensible y dio media vuelta para echar a correr por el sendero, antes de que Allister pudiera reaccionar.

—¡Esperad! —pidió, al ver cómo se alejaba de él.

Apretó los flancos de su caballo y la siguió, pero ella no se detuvo, al contrario.

—¡No! ¡No me persigas!

—Pero, mi señora…

—¡No soy nada vuestro, lord Calcetín!

No supo con quien lo había confundido, seguramente ese lord Calcetín no quería nada bueno con ella pensó, al ver como huía intentando ser cada vez más rápida.

—¡Aguardad, señora!

Juani no se podía creer que hasta Allister estuviese participando en esa broma de tan mal gusto. Era eso, o que las malditas piedras la habían hecho viajar en el tiempo. Otra posibilidad era que con el golpe que se había dado en la cabeza, estuviese en coma, en la cama de algún hospital, y su cerebro estuviese divirtiéndose a su costa.

—¡No tiene ninguna graciaaaa! —gritaba, mientras aceleraba el paso.

—¡Por favor, deteneos!

—¡No! ¡Esto no puede estar pasando! ¡No puede estar pasando!

Allister azuzó a su corcel hasta colocarlo junto a la mujer, que corría como un potrillo desbocado.

Se abrazó con las piernas al lomo de su caballo, se inclinó y estiró el brazo hacia ella. En un rápido movimiento, la asió por la

cintura y la impulsó hasta colocarla en el caballo.

—¡Aaaahhhh!

En cuestión de pocos segundos, Juani se vio volando y girando por los aires, e instantes después, con las posaderas sobre el lomo del caballo.

—Pero… ¿cómo eres tan hábil? —preguntó, anonadada.

Allister le respondió con una radiante sonrisa.

Luego sintió los fuertes brazos del caballero rodeándola y apretándola contra él. Su corazón se olvidó de latir cuando notó el cálido aliento sobre su cuello.

—¡Mather of the beauty love! —exclamó, en inglés— ¡Qué calores!

Acto seguido, notó como frenaba al caballo y giró la cabeza hacia él.

Los ojos de ambos se cosieron en una intensa mirada. El corazón de Juani latía desbocado. Los ojos del caballero estaban empañados por la emoción.

—¿Cómo puñetas has hecho esto? —jadeó. A penas le salían las palabras.

—Pesáis menos que una pluma, señora.

—¡Eso díselo a la báscula!

—Disculpadme, pero no os comprendo, señora.

—¿Señora? —respondió, nerviosa—. No sé si has salido de un drama coreano o de Don Quijote.

—¿Quién es ese caballero?

Juani no sabía si estar sorprendida o enfadada. ¿Le estaría tomando el pelo, o realmente necesitaba un exorcista? Porque se estaba volviendo loca por momentos.

Era su caballero del calcetín, sin ninguna duda. Pero su aspecto era distinto. Llevaba el pelo largo y suelto, los mechones castaños y lisos acariciaban su frente bronceada, y llevaba una barba algo descuidada. Las ropas que vestía estaban algo gastadas, pero parecían de muy buena calidad. Así mismo, su voz, su expresión y su porte, eran los de un aristócrata.

—No sé qué pretendes, Allister.

—Solo salvaros.

—Pues acabo de salvarme yo solita de tres malhechores y un gorrino furioso, así que llegas tarde.

—Ahora comprendo por qué huíais de mí —le sonrió, comprendiendo al fin que lo había confundido con uno de esos rufianes—. Ya no tenéis nada que temer, yo os protegeré.

Ella resopló.

—Sí, que me vea yo pidiendo ayuda a un gañán para huir de tres zarrapastrosos.

—¿Os parezco un gañán, señora?

Volvió a mirarle a los ojos y casi se derrite. No tuvo fuerzas para responderle que no, que no era un muchacho insípido, sino su lord de brillante armadura.

Suspiró.

—Estos golpes en la cabeza… me ponen muy cachonda, de veras. Pero no debo.

—¿Cachonda? —Allister entrecerró los ojos, como si no entendiera la palabra en español—. No comprendo esa palabra.

—Oh, pues menos mal.

Al ver que la dama no iba a responderle, volvió al asunto que le tenía preocupado.

—Pero. ¿Por qué motivo os perseguían los villanos?

—No sé qué responderte, Allister. Lo último que recuerdo es que me di un porrazo, me desmayé y aparecí en… este parque temático.

El caballero parecía estar realmente sorprendido.

Conociendo a Allister como lo conocía, era imposible que le tomase el pelo con algo tan serio. ¿Realmente había viajado en el

tiempo, a través de las piedras? *Madredelamorhermoso…*

—Por cierto, ¿cómo sabéis mi nombre? —oyó que le preguntaba.

—¿Has perdido la memoria o qué?

—No, que yo sepa. —Guardó silencio unos segundos para después añadir—. Pero decidme, si no queréis responderme a eso, ¿puedo preguntar al menos adónde os dirigíais?

Juani bufó.

Ni se acordaba de ella, ni mucho menos del beso que esa misma mañana habían compartido en… el futuro.

—Al pueblo. Pero me he perdido.

Una sonrisa blanca como la leche apareció deslumbrando a la Juani. Ese hombre debía cagar piruletas porque todo en él le parecía dulce, atractivo…. Mmmmm, si hasta desprendía un olorcito a hierbabuena que enamoraba.

Se encogió de hombros. Al menos ese sueño había mejorado bastante.

—Yo os llevaré. Conmigo estáis a salvo.

Sintió el calor de su cuerpo, sus fuertes brazos rodeándola y, por primera vez en toda la mañana, se sintió segura.

CAPÍTULO 6

Me he enamorao

—Riachuelo, lo llevamos siguiendo desde hace más de media hora. Molino de aspas rojas, lo pasamos hace ya un buen rato —Siguió murmurando la Juani—. Piedra con forma de caballo muerto… a mí me pareció más un burro al que le faltaba una oreja, pero tampoco me voy a poner a discutir.

Mientras cabalgaban al paso, Allister tenía los ojos cerrados, para empaparse de la melodiosa voz de esa mujer. Era realmente hermosa, y no solo su voz, ella misma era el paradigma de la belleza. Cabello negro y abundante, ojos grandes y almendrados y esos labios… Esos labios podían invitar a pecar a cualquier hombre.

Soltó un suspiro y Juani lo miró por encima del hombro entrecerrando los ojos, como si no acabara de fiarse de él y de sus suspiros.

—Parecéis un alma en pena —se animó a decir.

—Solo me congratulo por escuchar el armonioso sonido de vuestra voz.

La Juani resopló. ¡Acabásemos!

Allister era incapaz de comprender qué le estaba sucediendo a su corazón. La miraba como si no existiera nadie más en el mundo.

No podía entenderlo, pero sí era muy consciente de qué era: Amor. Un amor puro y absolutamente intenso, que se le expandía en el pecho por momentos.

Algo incomprensible, pues acababa de conocerla. Aunque en lo más profundo del alma sabía a ciencia cierta que llevaba toda la vida esperándola.

—Creo que me he ena…

La confesión de Allister murió en sus labios ante el estallido de la zíngara.

—¡Al fin! —exclamó Juani, interrumpiéndolo.

—La aldea de Killarney —dijo Allister en un murmullo, como si no viera nada más de particular—. ¿La echabais de menos?

No, pensó la Juani, lo cierto es que no. Pero seguro que ahí tendría más posibilidades de encontrar la forma de que todo volviera a la normalidad.

—Ahora ya podrás dejarme —dijo la Juani como si le pareciera la mejor posibilidad del mundo.

Allister no estaba de acuerdo.

Su pulso aumentó, porque sabía que ese era el final de su viaje y era probable que no volviese a verla jamás.

Tomó aire para calmarse.

—Es muy bonita —dijo ella. Parpadeó como si no reconociera lo que debería ser el pueblo de Killarney. Desde luego parecía más tranquilo que unas horas antes, no había ruido de motores, ni carreteras con asfalto. Ni postes de teléfono…

—Muy bonita, sí —le respondió Allister.

Pero, no tan bonita como tú.

Estaba situada en un pequeño valle, verde como una esmeralda, rodeado de montañas del mismo color. Sus casas estaban hechas de piedra oscura y las chimeneas humeantes emergían de los techos de paja, que brillaban como el oro bajo los rayos del sol.

No habría más de treinta viviendas agrupadas alrededor de una pequeña plaza central, presidida por una gran fuente cuadrada, en la que dos mulos abrevaban. Frente a ella, una pequeña iglesia con un discreto campanario.

Las calles eran estrechas y empedradas, adaptadas al terreno y a menudo rodeadas de muros bajos de piedra que protegían los

pequeños huertos de hortalizas.

—No, no, por aquí no han pasado los romanos —dijo Juani—, nada de trazado hipodámico.

—¿Qué? —preguntó Allister, con curiosidad—. ¿Los romanos?

—Cosas mías. O de Bel y William que me enseñaron cositas de arquitectura y trazados urbanos. Son su fetiche. Yo prefiero ver series, pero ellos se debaten entre admirar cuadros de ovejas y la arquitectura.

—¿Cuadros de ovejas?

La Juani movió la mano como si no quisiera seguir hablando de ello y siguió mirando a su alrededor.

Suspiró al ver extensos y verdes campos que estaban plagados de puntitos blancos que parecían pequeñas nubes, eran ovejas lanudas, típicas de Irlanda. Pero también había vacas y caballos, pastando libremente.

—Santo cielo… —susurró Juani—. Esto no puede ser real… es… ¡Imposible! No hay ni postes de luz, ni cables telefónicos… Menudo parque temático ha montado el conde solitario.

—¿Cómo decís?

Juani no quiso responder a la pregunta de Allister.

—Deja que me baje, que ya sigo sola —Se removió en la silla, pero él no parecía muy dispuesto a dejarla ir—. Algún sitio habrá que acepten tarjeta de crédito, ¿no? Necesito comprarme ropa nueva y unos zapatos decentes. Y cargar el móvil, que se está quedando sin batería.

—No os lo permitiré, mi señora —respondió el caballero, poniendo el caballo al trote.

—Pero ¿qué haces?

Se adentraron en el pueblecito y Juani no podía estar más sorprendida.

Los aldeanos iban vestidos con túnicas de lana y ropas de cuero. El ambiente era rústico y muy tranquilo.

A medida que avanzaban, los miraban de reojo y se apartaban a su paso. Especialmente se fijaban en la Juani. Algo le decía que, si no se atrevían a increparla, era porque temían al caballero que la custodiaba.

—No os alarméis, mi señora —la tranquilizó Allister—. Os protegeré con mi vida.

—No será necesario —vaciló ella, pero por algunas caras agrias que veía, igual sí que lo era— ¿Les pagáis más para que me atemoricen?

—No os comprendo.

—Claro que no —resopló ella. Allister estaba bien metido en el papel.

—No os dejaré, hasta que estéis completamente a salvo.

—No estoy preocupada —dijo, pensando en que solo tenía que seguir las instrucciones en esa especie de yincana y conseguiría que se acabara el día sin ningún contratiempo. Además… no podía decir que después de todo, no se lo estuviera pasando bien—. Vamos. Sólo quiero llegar a casa de Owen. Es la que tiene la puerta azul.

—¿Os referís a Hamilton, Corazón de Hierro[2], el mercader de York? —preguntó, sorprendido.

¡Venga ya! ¿Habían apodado a Owen Corazón de Hierro? ¿Y era un mercader de York, y no de Nueva York? Por poco se atraganta de la risa.

—¿De York, ¿eh? —se rio ella— ¿De qué lo conocéis?

—Es inglés, y amigo mío.

—¿Y no podéis tener amigos irlandeses?

—Si os réferis a hombres que vivan en el reino de Munster, sí, tengo amigos aquí.

—¿Cómo cuáles?

—Connor O´Brien.

—Por supuesto —dijo la Juani. Dentro de poco podría ver a sus amigas las brillis y todo se volvería más divertido—. ¿A quién más has metido en esto? ¿O ha sido idea de Taylor, o de Samantha? Oh, sí esta locura tiene el sello Samantha.

—No sé de qué me habéis, mi señora. Decís cosas muy raras.

—Ya, ya… —se dejó llevar la Juani.

Mientras el caballo seguía avanzando por el pueblo, Juani pensó que la palabra mercader se le quedaba corta a ese tiburón de las finanzas. En el futuro, suponiendo que en verdad estuviese de excursión por la Edad Media, algo que Juani aún se negaba a creer, Owen Hamilton era un auténtico artista a la hora de hacer dinero. Era inteligente, metódico, frío y calculador, pero al mismo tiempo noble de corazón, aunque eso sólo lo sabían unos pocos.

Owen era casi perfecto y solo tenía un defecto: era el hermano de la mayor pelandrusca que había conocido jamás, y la que suponía Juani, era quien la había metido en semejante embrollo: London Melià, allí conocida como Mery Prucence, la loca de los gatos.

Cómo podía hacerse pasar por una pobre chica en apuros, a punto de ser linchada por unos atapuercos, aún no le cabía en la

cabeza. Deberían haberle rogado mucho para que dejara sus bolsos de marca y sus zapatos de tacón y se hiciera pasar por una bruja.

—Ya hemos llegado —dijo, deteniendo su corcel frente a la única casa que tenía una puerta azul.

Allister bajó del caballo y le tendió la mano a Juani, caballeroso.

Ella se la tomó y bajó, pero antes de tocar con los pies en el suelo, se enredó con el estribo y cayó en los brazos de su caballero andante, topándose contra su fuerte pecho.

—Usssh, que tópico de novela romántica.

Él se echó a reír.

—¿Queréis decir momento novela de caballería? ¿Cuándo el caballero abraza por fin a su dama?

La Juani se quedó embelesada por aquella voz maravillosa y, al alzar la barbilla para mirarlo, los labios de ambos casi se rozaron. En ese momento, su corazón empezó a latir como un tambor y sus mejillas se pusieron del color de las granadas.

Pero enseguida carraspeó y se alejó un paso.

—Yo… —las palabras salieron de la boca de Allister sin ningún tipo de control—. Siento que os conozco desde siempre… me siento abrumado en vuestra presencia.

Pos si supieras como estoy yo, jamío…

Aunque se había separado rápidamente de él, como si su cuerpo quemara, por poco se le cae la baba… y las bragas.

—Tengo que entrar —señaló la puerta, nerviosa.

Allister asintió.

—¿Vais a quedaros por aquí?

Ella asintió.

—Claro —como si él no supiera cuando era el vuelo de vuelta.

Suspiró.

—Entonces sabré donde encontraros.

Ya te digo.

Montó en su corcel y aguardó a que la hermosa zíngara llamase a la puerta.

Tras hacerlo, esta se abrió, y apareció una bellísima mujer, de ojos azules y cabellos oscuros y rizados.

—¿¡Rebecca!? —exclamó Juani, con los ojos muy abiertos.

—¡Vos sois la zíngara del bosque!

La gitana se echó a sus brazos y Rebecca apenas pudo mantener el equilibrio.

—¡Menuda tenéis montada! —se rio la Juani que aún no se creía que la broma abarcara a tantos amigos.

—¿Juani, verdad? —Rebecca la estaba esperando, avisada por Mery Prudence.

—La misma que viste y… —se miró los pies y alzó el zapato que aún llevaba en la mano—. No calza.

—Cielos, entrad. Hace horas que el señor Hamilton y su hermana, Mary Prucence, os esperan.

—Tampoco he tardado tanto, Allister…

Cuando Juani giró la cabeza para señalar a lord Calcetín, él ya se había marchado.

—Vamos, entrad.

Ella obedeció y le dedicó un largo suspiró.

Suponía que habría otra misión que cumplir y pasar al siguiente nivel.

CAPÍTULO 7

Rebecca, la veneciana

Entró en la casa de la puerta azul, siguiendo a Rebecca. En ese momento, Juani empezó a pensar que, en lugar de una broma pesada en la que todos sus amigos participaban, podría tratarse de un sueño.

Un sueño, o un mal viaje… aunque yo no tomo esas cosas raras. Lo que más, una tortilla de setas y eso solo fue porque me dejé enredar por mi primo, el gitano hacker. Menudo es Diego y sus hongos cultivados en alfombras.

Pero, a decir verdad, eso era en su juventud. Ya no hacía esas cosas. Desde que había descubierto los drones, su primo no tenía tiempo para nada más que para hackear y hacer volar avioncitos a control remoto.

Otra opción es que se hubiera quedado pajarito después de un buen porrazo.

Sí, eso tenía su lógica.

Era más normal pensar eso, que el hecho de que las piedras erectas la hubiesen hecho viajar en el tiempo.

Miró de nuevo a Rebecca, que le devolvió la mirada con otra sonrisa.

—¿También te lo pasas bien, Rebecca?

—Eh… —al parecer la pregunta la desconcertó—. Yo, sí, mi señora.

—No me llames, mi señora.

—Es lo que sois.

—Sí claro —se rio la Juani—, como si tú no lo fueras.

La muchacha la miró, parpadeando.

Rebecca era una de las nuevas doncellas de aquella casa. O al menos, eso era lo que debía hacerles creer a todo el mundo.

Había llegado hacia un mes de Venecia, con la misión de averiguar quien era en realidad Owen Hamilton, el comerciante de York que quería casarse con su hermana. No iba a permitir que su hermanita se casara con cualquiera y menos con un hombre que apodaban Corazón de Hierro.

—¿Te has quedado sin habla? —preguntó la Juani.

Rebecca apretó los labios.

—Solo soy una criada.

—Y yo Cleopatra.

—No la conozco —dijo Rebecca—, y… a vos tampoco — parecía algo nerviosa.

—Ya, ya —La Juani se encogió de hombros. Si Rebecca quería fingir que no se conocían y seguir metida en su papel de criada, ¿quién era ella para quitarle la ilusión? —. Pero esfuérzate un poco más. Tienes de criada, lo que yo de esquimal.

—Sigo sin comprender —dijo, con un acento italiano que le quedaba de lo más mono.

Rebecca siempre era sincera, seguro que le iba a costar mucho fingir.

—Venid conmigo, mi señora.

—¡Y vuelta la mula al trigo! Llámame Juani, por Dios.

—Juani —murmuró Rebecca por encima del hombro mientras la guiaba hacia la cocina.

La gitana miró en derredor.

Si bien la casa desde el exterior era modesta, su interior no lo era en absoluto, no se alejaba demasiado de la opulencia de la nobleza. Tenía dos alturas y una escalera conducía al piso superior. Las paredes eran de piedra y los techos altos estaban sostenidos por enormes vigas de madera, labradas con preciosos motivos florales.

Hermosos tapices venecianos con escenas de caza decoraban las paredes del salón y el suelo estaba casi en su totalidad cubierto de alfombras.

—¿Os gustan? —preguntó Rebecca—. Llegaron de Venecia.

—Nuestro Owen tiene tratos muy buenos con los venecianos.

—Sí, mi padre… —Rebecca se mordió la lengua y la Juani alzó una ceja.

No dijo nada, de hecho, la Juani actuó como si no hubiera pasado nada extraño, pero sabía que había gato encerrado. Seguro que Rebecca se hacía pasar por criada, cuando era en realidad la hija de un rico comerciante y todo para que su historia tuviera algunos puntos de unión con la vida real.

La hermosa Rebecca se había hecho pasar por la asistente de Owen en Nueva York, cuando en realidad se había infiltrado en su empresa para darle una lección, pero esa era otra historia y como decía Michael Ende, debería ser contada en otra ocasión.

—Bueno, no te pongas nerviosa. Seguro que sea lo que sea que tengas preparado para Owen, Corazón de Hierro, se lo merece.

—No tengo preparado nada para él —dijo Rebecca, poniéndose muy seria y volviéndose de repente hacia Juani, quien se sintió incómoda por primera vez.

—De… de acuerdo.

Como si no esperara que dijera nada más, Rebecca retomó su camino hacia las cocinas.

Pasaron por el salón.

El mobiliario era sencillo, pero los objetos que había sobre él no lo eran. Había candelabros de oro y plata, y hermosos cojines de seda sobre las sillas.

La Juani se centró en su amiga, estaba preciosa, como siempre. Llevaba un bonito vestido de telas de muy buena calidad, pero hacía bien su papel pues no se comportaba como la dama de esa casa, más bien como una asistenta, o como el ama de llaves.

—¿Dónde me llevas? —preguntó la Juani.

—A ver la cocina, por ahí saldremos al patio donde está Mary Prudence.

Al entrar en la cocina, la Juani sonrió al ver al gentleman de Nueva York. Owen estaba sentado en un rincón y parecía almorzar mientras leía algunos documentos apergaminados.

Cuando las vio entrar por el gran arco de la entrada, miró a la Juani fugazmente, para luego dejar caer los ojos sobre Rebecca, que apenas lo saludó.

Ooooh, jujujujuuuuu, aquí hay amor.

No importaba si eso era un sueño, o una broma de sus amigos. Sea donde sea que estuvieran, Owen estaba loquito por Rebecca. Solo hacía falta ver como la miraba, como si tuviera un hambre feroz y ella fuera un suculento muslo de pavo. ¡Ñam!

—¿Tienes hambre, Owen? —se burló la Juani.

Al ver que ella le hablaba, alzó la mirada y Rebecca frunció el ceño, como si quisiera amonestarla.

—¿Quién sois vos?

—Oh, nadie. Solo vengo a ver a tu hermana —le siguió el rollo. Y para que viera que también sabía actuar muy bien, le guiñó un ojo a Rebecca quien puso los ojos en blanco.

—Vamos, dejemos al señor Hamilton, atendiendo sus negocios importantes.

Hacía bien el papel de criada. Se lo confirmó, dirigiéndose a Owen formalmente.

Juani no obvió su expresión al hablar de él, lo miraba con cierta desconfianza, pero a ella no la engañaba, estaba loquita por los huesitos del tiburón.

Le gustaba, sin duda.

—La llevaré junto a su hermana.

Él la miró con fijeza, pero luego asintió.

Al salir de la cocina la Juani soltó una risita.

—Vaya, sí que te gusta.

Rebecca se volvió de nuevo y se quedaron solas en el patio.

—¿Qué decís, señora?

—Bueno, no te enfades.

—El señor Hamilton es un caballero, y yo…

—Sí, sí. Una criada.

Rebecca refunfuñó algo. No podía ser tan tonta como para dejar que se le notaran sus verdaderos sentimientos. Era inaudito.

Ella solo había viajado hasta allí para cerciorarse de que ese hombre no era un ogro, y que no maltrataría a su hermana una vez casados. Su hermanita había emprendido el viaje después de ella, así que debía estar al llegar. Y. ¡Maldita sea! No podía decir que Owen Hamilton fuera el ogro que todo el mundo pensaba que era. Era más bien, noble y aunque le gustaba esconder su buen corazón… lo cierto es que lo tenía.

—Por favor, no volváis a hacer comentarios sobre… No volváis a hacerlos.

—Claro que no —respondió, inocente. Pero pensaba bien diferente.

Vas tú lista, os voy a hacer un trabajito que vas a acabar muy agustiiiiiitoooo. Empezó a canturrear en su mente, la Juani.

—Bueno, y ¿dónde está la London?

—¿London? —Rebecca se giró para mirarla de forma extraña.

—Estamos en Irlanda —dijo, pensando que se refería a la ciudad de la isla vecina.

—Me refería a Mary Prudence —corrigió con rapidez Juani, soltando una risa nerviosa—. Sé que ella y sus hermanos nacieron en Londres.

—Oh, claro. En estos momentos está en el huerto, dando de comer a los cerdos.

Juani abrió mucho los ojos.

—¿La más pija del reino, dando de comer a los gorrinos? Ver para creer.

Rebecca la miró de arriba abajo.

—¿Qué es pija?

—¿Una pija? —la Juani se rio—. Lo cierto es que pueden ser varias cosas, pero esta vez no me refiero al miembro masculino…

—¿Cómo decís? —preguntó, escandalizada.

—Sí, sí… como si nunca hubieras visto uno. Nada, olvídalo.

Rebecca suspiró. Pero al llegar al fondo donde había un corral, se detuvo.

—No está —dijo Rebecca, extrañada.

Pero la Juani no parecía nada sorprendida.

—Ya decía yo que no podía estar echando de comer a los gorrinos.

—Pero estaba aquí —se extrañó Rebecca Luego suspiró y se encogió de hombros—. Bueno, mientras la esperamos, vamos a tener que hacer algo con tus ropas.

Cuando regresaron a la cocina, el buenorro de Owen no estaba, y casi mejor porque eso había distraído a la buena de Rebecca.

—Vamos a cambiarte de ropa, no parece que estés muy cómoda con eso.

—Y que lo digas.

—Tienes la misma talla que Mary Prudence.

La Juani se horrorizó.

—¿Qué? —le reprochó—. Mi figura es más esbelta y tengo el culo más contorneado.

Rebecca soltó una carcajada.

—De cualquier manera, estará encantada de prestarte algo decente.

¿La London encantada?, ¿prestándole vestidos?

Sí, claro.

Ese sí que era un universo paralelo. Aunque, pensándolo bien, la había salvado de morir quemada por esos marranos.

Se lo debía.

—Ven, siéntate junto al fuego —dijo Rebecca.

Ella obedeció y al poco, después volvió a aparecer con una bandeja llena de comida, una jofaina de agua caliente y unos paños limpios.

—Aséate un poco que voy a por un vestido.

—¡Cielos, qué bien huele! —*Madredelamorhermoso, ya me rugen las tripas.*

Había pan recién hecho, unos bollos que tenían un aspecto exquisito, jamón que aunque no era de jabugo pata negra, era de York, y no pensaba hacerle ascos a nada con el hambre que tenía. También vio sobre la tabla de madera: queso y mermelada de frambuesa.

Cuando Rebecca regreso, ella ya estaba engullendo lo que le había traído.

—Había pensado que os gustaría comer algo, y acerté. Estaréis hambrienta después de tanto traspiés.

—Has pensado bien.

La Juani con hambre es peor que un gremlin mojao.

Cuando estaba dando buena cuenta de la comida, un gatito negro y peludo saltó sobre la mesa y con un miau meloso le pidió un trozo de jamón.

—¡Pero si eres tú!

Rebecca lo cogió con suavidad y lo dejó en el suelo.

—Eso no se hace —lo regañó, para después mirar a Juani con cara de disculpa—Lo ha traído Mary Prudence esta mañana.

—Lo conozco, es el que salvamos en el bosque. Esos atapuercos capitolinos querían hacerse un gorro con él.

—¿Atapuercos capitolinos? —se extrañó Rebecca.

—Seguidores de lord Chetos, pero dejemos esa conversación para otra ocasión.

Rebecca volvió a mirar al gatito.

—Pues ha sido una suerte para él que aparecieras. Pertenece a una dama de alta alcurnia, Bel de MontRoig. Se hospeda en

Killerny Castle. Está casada con el laird Duncan McDowell.[3] Ofrecen una alta recompensa a quien lo traiga de vuelta, sano y salvo.

Juani abrió mucho los ojos.

—¿Te refieres a Bel Roig? —dijo, con la boca llena de pan. Se echó a reír tan fuerte que casi se atraganta—. Pero si os habéis unido todos a la fiesta.

—¿La conoces?

—Por supuesto, la conozco.

—¿De verdad? —se sorprendió, Rebecca.

—Oh, sí, es una gran artista. Pinta ovejas y le encantan los animales. Es vegana.

—¿Vegana?

—No come carne —aclaró Juani.

—Ah sí, cierto. Padece una enfermedad que le hace imposible digerir la carne, pobre criatura.

Sí, claro. Qué lista era la Bel de la Edad Media al inventarse eso para que la dejaran en paz los obispos. Seguro que no comer carne cuando se terciaba, en aquella época debía ser un delito, o como mínimo, algo sensible para lo que podían etiquetarte de bruja.

—Aunque no sabía que pintase… ovejas —prosiguió Rebecca — ¿Lo hace sobre su lana? ¿Con qué fin?

—Ehhh… Quiero decir que las pinta en… un lienzo. Es una gran artista.

—Entiendo —asintió Rebecca, mientras Juani pensaba que no se enteraba de la misa la mitad. Estaba equivocada—. De donde yo vengo, hay artistas muy cotizados.

La Juani alzó una ceja.

—Pero se supone que estamos en el siglo XIII. No te salgas del papel al nombrar a las tortugas ninja.

Gracias a Bel y a Rebecca, la Juani se había aprendido de memoria los nombres de los grandes artistas italianos como Miguel Àngel o Leonardo Da Vinci. Rafael o Donatello.

—¿Cómo? No conozco a ninguna tortuga. Estaba hablando del arte gótico. Duccio di Buoninsegna, Cimabue y Giotto.

—Ya, ya… —le sonrió la Juani—, y me dices que solo eres una criada, ¿verdad?

Rebecca se sonrojó e intentó cambiar enseguida de tema.

—He oído hablar de una mujer en Venecia que trabaja en el taller de un gran maestro, haciendo tallas para las iglesias, pero nadie puede saberlo. De hecho, en este tiempo, una mujer poco puede hacer sin que se la señale con el dedo.

Un motivo más para que quiera huir como si no hubiera un mañana del siglo XIII. Allí quemaban a las Karens por brujas y las mujeres no tenían ni voz ni voto. Si eran artistas o escritoras, tenían que hacerlo desde el anonimato.

—Me gustaría ver a Bel MontRoig —dijo, de pronto con el miedo en el cuerpo—. Tal vez sepa cómo he de hacer para regresar a casa.

—Yo puedo acompañaros.

La Juani reconoció de inmediato la voz de London y se dio la vuelta.

Tenía una sonrisa tonta en la cara y se había puesto colorada.

—Mujer, has tardado en dar de comer a los gorrinos.

Lejos de molestarse, London le dedicó una sonrisa angelical y ella frunció el ceño.

Vaya por Dios, pues no iba a caerle bien la pija.

CAPÍTULO 8

La buena archienemiga

Rebecca alzó la ceja izquierda al escuchar el ofrecimiento de London.

—¿Seguro? —intervino la veneciana, escéptica.

—Por supuesto.

Las dos se miraron y la Juani pudo ver que se llevaban muy bien. London no la trataba como a una criada, y eso ya era mucho. Pero claro, Rebecca no lo era, solo se hacía pasar como tal.

—Entonces —dijo la Juani con cautela—, ¿crees que Bel tendrá la clave para sacarme de aquí?

Fuera una broma o un sueño, en algún momento tendría que encontrar la clave para marcharse, ¿no?

—Bueno, si es un barco lo que necesitas —dijo London muy amablemente—, podemos proporcionártelo.

—No, no me refiero a eso.

London sonrió mientras tomaba el gato entre sus brazos y lo achuchaba.

—Sea como sea, vamos a ir a ver a lady MontRoig.

Rebecca se rio con suavidad mientras recogía los restos de comida que había dejado la Juani y los echaba a un cubo para los cerdos.

—Algo me dice que tus intereses —le dijo a London—, se deben únicamente al deseo de querer asistir a la casa de la dama, para disfrutar del canto de cierto juglar zíngaro.

London se puso colorada y se sentó junto a Juani quien la miró con interés.

—No —alegó, muy seria.

Ahora eran las dos mujeres que miraban a la Juani.

—¿No? —preguntó Rebecca.

—No me digas que mi primo Diego está aquí.

Por poco a London no le sale vapor por las orejas de la vergüenza, mientras se alisaba una inexistente arruga del vestido.

—Bueno…

—¡Madre mía! ¿Diego, juglar? —rio Juani—. Si mi primo no ha tocado una guitarra en su vida, es la vergüenza gitana de la familia.

—¿Perdón? —se sorprendió London.

—Ya sabes, siempre le gustaron más los cacharritos y los cables. Aunque un día que le dio por aprender a tocar el violín casi

me deja sorda.

Rebecca la miró sin comprender nada de lo que estaba diciendo, pero a Prudence se le iluminaron los ojos.

—¿Mi príncipe gitano es tu primo? —exclamó, entusiasmada —. ¡Háblame de él!

—Ya empezamos.[4] —la Juani puso los ojos en blanco—. No verás el día que yo te hable de mi primo.

London la miró con tal tristeza en los ojos que la Juani tragó saliva.

—¿Qué haces? —preguntó la gitana—. No te echarás a llorar, ¿no?

—Eso ha sido muy cruel, yo…

La Juani vio como agachaba la cabeza.

—No, ea, ea —la animó, dándole un golpecito en el hombro —. No llores, por favor. Bueno… puedo hablarte de él.

—No, si no quieres.

La Juani suspiró. ¿En qué momento de ese absurdo sueño le había tomado cariño a su archienemiga?

—Te hablaré de él mientras vamos a casa de Bel.

—¿De veras?

La Juani asintió.

—Si me ayudas a volver a casa, yo te ayudaré… —se atragantó—. No, no… te hablaré de él, pero de ayudarte a entrar en mi familia, na de na, lagartona.

—¿Lagartona? —preguntó compungida, London—. ¿No te caigo bien?

Ella suspiró.

—Milagrosamente, en este mundo, sí. Pero no te me acostumbres —dijo, alzando el dedo índice como si fuera más bien una orden.

London recuperó la sonrisa y miró a Rebecca, que estaba de muy buen humor.

—La llevaremos con Bel, pero si lo que quiere es ayuda, quizás podamos consultar la bola de cristal de Rosalía.

La Juani se echó a reír.

—¿Tenéis escondida por aquí a la Rosi? Porque nadie echa las cartas como ella y…

—¿La conoces? —preguntó London, emocionada.

—No me digas que también está aquí.

La Juani se palpó la frente para ver si le seguía creciendo el chichón. De seguro que se había golpeado con fuerza la cabeza y había acabado en coma. Esa secuencia de encuentros era de lo más

extraña. Aunque nada más raro que el hecho de que le empezara a caer bien la London Melià, o Mary Prudence en esa época.

—La llevaremos con la condesa de MontRoig —sentenció Rebecca—, pero antes tiene que conocer a Rosalía, la zíngara española que posee una bola de cristal.

—No puede ser que la Rosi esté también en este sueño.

—¿Disculpa?

—Nada, cosas mías. ¿Dónde está mi Rosi?

—Te llevaremos con ella, pero no puedes salir así a la calle.

London miró el vestido que le había preparado Rebecca y arrugó la nariz.

—Creo que podremos encontrarte algo mejor. —La animó a levantarse—. Acompáñame, te prestaré algo con lo que lucirás espléndida.

A pesar de la amabilidad que demostraba London hacia Juani, a la gitana le costaba confiar. En su mundo, London se movía solo por interés. Nunca podía bajar la guardia. La más pija del reino solo era simpática porque quería algo. Su primo, Diego.

No es lista ni na, la pelandrusca.

Pero pobresica, si se ha enamorao del gitano hacker.

***

Juani no había estado más equivocada en su vida. La London de la Edad Media resultó ser la joven más dulce, agradable y buena que había conocido jamás.

Estaban las dos solas en la habitación, pues Rebecca se había excusado para volver a sus quehaceres.

La observó mientras abría el armario. Era evidente que le hacía muy feliz ser generosa, porque sonreía y bailaba cursimente, mientras sacaba uno a uno varios de sus vestidos.

Debía reconocer que su guardarropa era increíble, sin duda hacía honor a la hermana de un rico mercader, como lo era Owen.

Había vestidos de todos los colores y de todas las telas habidas y por haber. Sedas, linos, bordados, vestidos para la mañana, sobretodos de la lana más fina y suave que podía existir… incluso sombreros.

—Owen decidió venir a Irlanda porque, según él, aquí están las mejores ovejas lanudas de toda Europa —dijo, sacando un encantador abrigo.

—No me digas que se dedica al comercio de lana.

—Solo a productos manufacturados —dijo London—. Las ovejas son cosa de William, su socio. Está obsesionado con las ovejas, y seguro lo conoces en la fiesta que dará Bel MontRoig. Es muy amigo de ella, aunque parece que su esposo no lo lleva nada bien.

Por supuesto, pensó la Juani. Bel y William eran inseparables. El marido de Bel, debía echar chispas, las mismas que echaba en su época cuando los veía juntos.

Mientras se probaban ropa como si fueran amigas de toda la vida, se empezaron a escuchar gritos en la planta de abajo.

—No te preocupes, son mi hermano y Rebecca. Siempre están discutiendo.

—No me digas —dijo Juani, mirando un precioso chal de seda de oriente. Sabía muy bien que esa pareja discutiría mucho en el futuro y no le sorprendía en absoluto que lo hicieran también ahora —. No te preocupes, Prudenzune, que los que se pelean se desean.

London alzó una ceja y sonrió a la gitana.

—Sí, ¿verdad? —se rio—. Lo sospechaba —respondió la joven rubia, sentándose en la cama—. No se lo digas a nadie, pero estoy convencida de que Rebecca es una espía.

—¿Una espía? —se hizo la sorprendida, pues en el futuro, Rebecca se haría pasar por la asistente personal de Owen por venganza, después de que ese hombre insufrible despidiese a su hermana, que era su secretaria.

—Sospecho que es la hermana de la prometida de mi hermano.

—¿En serio? —Al parecer, la historia se repetía una y otra vez en los bucles del espacio tiempo— ¿Y cómo lo has averiguado?

—Me lo ha dicho un pajarito.

Juani la miró con los ojos entrecerrados, preguntándose si ese pajarito tenía un ejército de drones a su servicio.

—A mí no me engaña. Puedo oler la nobleza a millas de distancia.

—No sé por qué me lo creo.

—Rebecca es la hija de un conde veneciano sumamente adinerado. También es muy inteligente. Y se hace pasar por doncella para saber si Owen es adecuado para su hermana.

—¿Y no te molesta que haga eso? —le preguntó, Juani.

—En absoluto. Yo haría exactamente lo mismo por mis hermanos. Además, algo me dice que acabarán casándose.

—¿Su hermana y tu hermano?

—¡No! —dijo London como si la Juani se hubiera vuelto loca —. Owen con Rebecca. El amor está en el aire. Yo creo que ya han… —se sonrojó—. Que se han besado, vamos.

—Oh.

—Es solo cuestión de tiempo que los dos se declaren su amor.

De repente, los gritos cesaron y Prudence le guiñó un ojo a Juani.

—¿Ves? Deben estar declarándose su amor.

—¿Tú crees? —Juani miró la puerta. No se fiaba de nada.

—Han pasado de la discusión a los besos. Será mejor que tardemos un poco en bajar.

Juani suspiró.

Saber lo mucho que Owen y Rebecca se amaban, la hacía pensar en Allister. ¿Algún día, ella y su caballero del calcetín tendrían un futuro juntos? Ojalá se alinearan los planetas para que eso sucediese.

Se miró en aquella especie de espejo, que no era más que una bandeja de plata pulida, que distorsionaba su imagen.

—Estás muy guapa —dijo Prudence, mientras le colocaba una rosa en el moño.

El vestido que le había prestado London se ajustaba a su silueta como un guante. Era de corte sencillo, de talle recto y ligeramente ajustado en la parte superior, con mangas largas ajustadas hasta los codos y al llegar a los antebrazos se ampliaban hasta parecer flotar. El escote era moderado y estaba adornado con bordados en el cuello y cintura. Era de seda, finamente tejida de color rosa claro.

—Es tan bonito que me están entrando ganas de salir a dar un paseo.

Lo que en realidad deseaba Juani era saber si su caballero andante seguía por las inmediaciones.

Algo le decía que lo necesitaría para regresar a su época y su corazón lo añoraba como jamás lo había añorado.

¿Volvería a verle? Dios quisiera que sí.

CAPÍTULO 9

El flechado comerciante de York

Cuando Rebecca entró de nuevo en la cocina, no se esperaba encontrarse con lord Hamilton. Se detuvo en seco y su mirada descendió sobre él.

Estaba de nuevo sentado en la mesa de la esquina, aquella junto a la ventana por la cual se veían unas vistas estupendas del patio trasero. Pero Owen no miraba por la ventana, de nuevo fingía trabajar, leer documentos y garabatear alguna que otra misiva para algún señor vecino.

Rebecca se puso de nuevo en movimiento, como si no le fastidiara la presencia de Owen ahí en donde se suponía que no debía estar.

—¿Le molesta a mi criada mi presencia en la cocina?

Rebecca se esforzó por morderse la lengua y no actuar como lo que era, una dama. Y no una sirvienta que no tenía voz porque temía a su señor.

—No, mi señor.

El resopló una risa.

—Deberías esforzarte más si quieres que siga pensando que eres una criada sumisa.

¿Sumisa? Ella no había sido sumisa en la vida. Y el mero hecho de estar ahí, era la prueba.

Podría haberse quedado cómodamente en su palacio, aceptar el matrimonio que un primo lejano le había propuesto para su hermana, y seguir disfrutando de las mieles que le daba ser la señora de una plaza donde todo el mundo la respetaba. Pero no, había tomado uno de los barcos de su tío, porque su conciencia le dictaba que no podía entregar a su hermana en matrimonio, si antes no conocía al marido.

No, no iba a dejar a su hermanita en manos del lobo.

Carraspeó, pero no dijo nada.

—Lo haces muy bien. Calladita y servicial.

—Es lo que soy, su sierva, mi señor.

—¿Una agradecida?

Rebecca le daba la espalda y cuando escuchó aquella pregunta, enarcó una ceja justo después de poner las manos en remojo para lavar la loza.

—Sí, mi señor —dijo entre dientes.

Se reía.

No podía ver a Owen, pero tenía claro que se estaba burlando de ella.

—Deja lo que estés haciendo y ven aquí.

Ella miró por la ventana, más allá de la cancela de la casa, mientras se secaba las manos con rabia.

Cuando se volvió hacia él, fingió la más radiante de las sonrisas.

Ahí estaba el lobo. Seguro que intentaba abusar de su poder, y abusar de ella. Entonces sabría que era un hombre horrible y le partiría la jarra de vino sobre la cabeza y podía decirle a su hermana que no, que no iba a casarse con ese despreciable hombre.

Se acercó a la mesa, y él dejó los documentos sobre ella.

—¿Sabes por qué trabajo últimamente en la cocina?

—¿Porque vuestro corazón de hielo halla consuelo cerca de la lumbre? —cerró los ojos al darse cuenta que su lengua mordaz la había traicionado—. Lo lamento.

—No, no —dijo él muy serio—. Estoy aquí por eso, para escuchar tu afilada lengua y… —la miró de arriba abajo.

Era una mirada que Rebecca había visto en otros hombres. Lujuria.

—Recoge la mesa —le ordenó mientras se recostaba en la silla.

Bueno, eso podía hacerlo, se dijo Rebecca.

Hizo lo que le pedía, tocando con sus delicadas manos, que nada tenían que ver con las de una criada, los documentos de Owen, apilándolos y apartando el tintero y el pergamino con su pluma.

—No, no. —le dijo con suavidad—. Hazlo desde aquí.

—¿Perdón?

Él le ordenó dar la vuelta a la mesa y ella obedeció.

Owen pudo disfrutar de la visión de su trasero, a solo dos palmos de distancia. Se preguntó cuanto tiempo tardaría en delatarse. En sacar ese genio indomable del cual ya había tenido muestras más que suficientes.

—Bien —le dijo, cuando todo estuvo recogido.

—¿Dónde lo llevo?

Pero él lejos de responder, le sorprendió con una nueva orden.

—Siéntate aquí y descansa. —Se palmeó el muslo.

¡Madre de Dios! Owen Hamilton se palmeaba el muslo como si quisiera que ella…

—¿Qu… quéééé?

—Siéntate aquí.

—¿Qué me siente…?

—Soy tu señor, ¿recuerdas? ¿No decías lo agradecida que estabas por tenerte a mi servicio?

No se lo podía creer.

Rebecca tragó saliva. Durante ese mes que había estado a su servicio, le había creído un ogro huraño, egoísta y que solo pensaba en sí mismo. Pero nada le había hecho pensar que se trataba de un hombre lujurioso que abusaba de sus sirvientas. Ni una sola vez lo había pensado.

Se sintió profundamente decepcionada.

Owen la tomó de la mano y la hizo sentarse sobre su muslo.

Rebecca tenía la boca seca. No iba a permitir que él… Owen rozó su nariz contra el cuello de Rebecca y ella se derritió.

¡Maldito cuerpo traidor!

Qué injusticia. Ella jamás había sentido deseo por nadie. Los hombres le daban exactamente igual porque solían tratar a las mujeres como objetos.

Él la miró con fijeza y posó una mano sobre su muslo.

Rebecca no demostró nada. Ni el deseo que sentía por él, ni lo decepcionada que estaba.

Cuando Owen se obligó a subir más la mano, la vio tragar saliva nuevamente.

—Eres hermosa.

—Vaya —eso no se lo esperaba.

—¿Esperabas acaso que simplemente te ordenara levantarte las faldas…?

La expresión de Rebecca mudó y agarró la jarra de vino.

Owen se abalanzó sobre ella antes de que pudiera estampársela sobre la cabeza.

—¡Lo sabía! —rugió ella.

—¿Qué sabías? —le retorció el brazo hasta que la jarra cayó al suelo.

—Que no erais más que un miserable. Un hombre despreciable que… que no se merece a mi hermana.

—¡Ah, por fin asoma la verdad!

—La verdad de que sois un miserable, por supuesto.

Owen la atrajo hacia sus brazos, y a pesar de que ella se resistió, por fin se quedaron inmóviles, mirándose el uno en los ojos del otro.

Se quedaron muy quietos, juzgándose.

El cuerpo de Rebecca estaba atrapado entre Owen y la mesa de madera, donde él había estado trabajando.

—Vamos a tener una larga conversación —le dijo lord Hamilton, en un tono suave, pero tan tajante que ella no pudo decir que no.

—De acuerdo.

—Sé quién eres Rebecca. Sé por qué has venido a mi casa, y por qué te has hecho pasar por una criada.

—Entonces sabrás porque no vas a casarte con mi hermana.

—Por supuesto que lo sé —dijo, con una sonrisa lobuna—, es porque no quiero.

Ella parpadeó confusa.

—Estáis prometidos y ella viene en barco…

—No voy a casarme con tu hermana cuando no es a ella a quien deseo. Cuando es eres tú la única dueña de mis pensamientos.

La loca idea de que Owen pudiera desearla a ella y no a su hermana, jamás pasó por su mente.

—No, yo…

—No finjas que no has estado volviéndome loco a propósito.

—No he hecho tal cosa —respondió molesta, alzando el mentón.

—Sí lo has hecho. —Él se acordó de las múltiples ocasiones que lo había sorprendido a solas—. Me has espiado dormido —ella abrió la boca para protestar, pero él la apretó aún más contra su cuerpo—, hasta mientras me bañaba.

Maldita sea. Bueno, quizás sí lo había espiado un poco. Pero había sido por curiosidad. Necesitaba saber quien era ese hombre.

—Mi hermana no tiene a nadie más en el mundo. A nadie más que a mí. Y necesito saber que se casa con un buen hombre.

—Ese hombre no seré yo.

—Eso está claro por la forma que tienes de atormentar a una criada.

Él rio, una risa ronca que le hizo palpitar con más fuerza el corazón.

—¿Una criada? No veo ninguna aquí.

—Solo porque te lo he dicho.

—Más bien lo he descubierto yo —dijo alzando la mano para acariciar con suavidad su barbilla.

—¿Qué haces?

—Voy a besarte.

—No —lo apartó de un empujón.

Se alejó unos pasos, pero Owen no la siguió.

—¿No? —se mostró pensativo—. Entonces, todas esas miradas que me echabas… ¿las malinterpreté?

—No sé que interpretaste, pero seguro…

—Deseo —dijo llanamente—. Que me deseas.

—¡Pues te equivocas!

Él gruñó.

—Bien, entonces si me he equivocado, y no tengo ninguna posibilidad de casarme contigo…

—¿Casarte conmigo? —dijo ella boqueando como un pez—. Yo soy… soy una vieja.

—¿De veinticinco años?

—No estoy en el mercado matrimonial, yo tengo una plaza que administrar… Y… ¿qué haces?

Él rodeó la mesa y la tomó por la nuca.

—Besarte.

—¡Oh!

Está vez no se negó y los labios de Owen se estrellaron contra su boca. La tomó con avidez. Sabía mejor que nada que hubiera probado antes.

Rebecca lo agarró por el cuello de su jubón y no le dejó apartarse. Sus lenguas danzaron y los gemidos no tardaron en producirse.

—¿Vas a casarte conmigo?

—Yo, no…

Volvió a besarla y con cada beso, su determinación flaqueaba.

—¿No?

—Quizás —confesó ella—. Es posible.

—Déjame seguir convenciéndote.

La sentó sobre la mesa y rápidamente se situó entre sus piernas para que sintiera cuanto placer podría darle si aceptaba ser su mujer.

Juani y Mery Prudence empezaron a bajar los escalones que conducían al salón, cuando Rebecca y Owen decidieron dar rienda suelta a la pasión en la cocina.

—Estos dos acabarán dándome muchos sobrinos —le aseguró a Juani, que sonrió como si ya lo supiese.

Madredelamorhermoso, estos le dan a la coyunda como cajón que no cierra.

CAPÍTULO 10

Samantha la tabernera

Mientras caminaban hacia la casa de Rosalía, la gitana pudo comprobar que el hábito sí hace al monje, pues ahora que iba decentemente vestida, todos la saludaban con respeto.

—¡Anda! Ya soy una dama.

—Lo pareces —dijo London—. Estás tan hermosa.

La Juani miró a su archienemiga de reojo. No podía creerse que fuera más buena que el pan.

—Muchas gracias. Tú también estás muy guapa.

El hecho de ir acompañada por la hermana de uno de los hombres más ricos de la región, ayudaba a verse espléndida.

—Si todos estos villanos supieran que tengo una colonia de gatos en el bosque, no serían tan amables —dijo London.

—No sabía que te gustaran tanto los animales, incluso llegué a pensar que te hacías abrigos con pieles de dálmata, como Cruella de Ville.

—No conozco a esa dama, pero debe ser una mujer horrible. Yo jamás haría tal cosa —se quejó Prudence, sorprendida y escandalizada.

Tampoco podía saber que Juani, en el futuro, la conocía como London Melià, la arpía más pija de Inglaterra y, por lo visto, en su sueño, tampoco sabía lo mal que se llevaban.

Juani estaba descubriendo a una nueva London, una que empezaba a caerle bien.

—No me hagas caso, debí soñarlo.

A pesar de mostrarse más relajada junto a la London, miraba por todos lados, como si estuviese buscando a alguien, por lo que Prudence preguntó, intrigada:

—¿Sucede algo?

—No, no —agitó la mano, restándole importancia. Pero luego se lo pensó mejor—. Verás… —Estuvo tentada a contarle que un caballero muy apuesto la había llevado hasta su casa, pero se lo pensó mejor y decidió ser prudente—. ¿Dónde vive Rosalía?

—Al otro lado de la aldea. Es la esposa del shire Reeve, Alberto Ruiz Saavedra[5].

Toma del frasco, Carrasco.

—¿Shire Reeve? ¿Eso que es? ¿Es como un sheriff?

—Se encarga de impartir justicia en el condado.

—¡Madre de mi vida! ¿Y el sheriff es de España?

—No sé que eso de España, pero sí que vino del mar y nuestro jefe le dio un alto cargo para que lo ayudara en sus quehaceres.

Claro, España no existe porque los Reyes Católicos no han pisao el planeta aún.

Pobre Albert, aquí no hay rotondas que inaugurar. ¿Cómo se las habrá apañao para ser sheriff ese politicucho del tres al cuarto?

—Ambos llegaron hace años —continuó London—. Rosalía era la criada del señor Ruiz, que estaba prometido con una heredera de Occitania, Marlén Cotillard.

—¡Uf! Esa es de las peores lagartas que he conocido.

Incluso más que tú.

—Es una arpía de mucho cuidado —dijo London, torciendo el gesto—. Le gustaba torturarnos con sus terribles cánticos en la plaza del pueblo. Por fortuna, Rosalía y Alberto urdieron un plan y lograron salvar nuestros tímpanos. Ahora es monja y solo la soportamos los domingos en misa. Al menos hasta que el obispo nos hizo una visita y prohibió cualquier cántico durante el día del señor.

—Bendito sea.

—Rosalía y Albert, poco después, se casaron y nuestro señor lo nombró su mano derecha y juez del condado.

—¿Shire Reeve?

—Exacto.

No sé qué hierba me habré fumao, pero mi creatividad soñando no tiene límites.

—¡Relaciones maritales! ¡Que fantástico todo!

London la miró algo desconcertada.

—¿Qué es eso de relaciones maritales?

—Nada hija, que desde que he aterrizado no puedo decir palabrotas, y se me lía la lengua y hablo en fino.

—Ah. —Parecía como si hubiera entendido, pero no era así—. Habla como quieras.

Ojalá pudiera, miarma.

—Dime, ¿y qué pasó después?

—Rosalía es una mujer muy inteligente.

—Dime algo que no sepa —insistió la gitana, orgullosa de su amiga.

—Sabe de alquimia y es capaz de crear maquillajes y perfumes que jamás hayas visto.

¡Esa es mi Rosi! ¡La esteticién de la Edad Media!

—Todas las damas de alcurnia de la región se peleaban por sus caros elixires y no tardó en hacerse rica. También lee el futuro en su bola de cristal, aunque eso es un secreto.

—Soy una tumba —aseguró Juani, sabiendo que, si los atapuercos capitolinos se enteraran de semejante desatino, acabarían asándola en una parrilla.

—Casi hemos llegado.

Prudence aceleró el paso y Juani se alzó las faldas para seguir su ritmo. Pero de repente, algo terrible sucedió.

—¡Agua va! —se escuchó, desde lo alto. Y acto seguido, una cascada de líquido maloliente, la dejó completamente empapada.

—¿Qué puñetas…?

¡Mecagoentoloquesemenea!

Al darse cuenta de lo que acababa de suceder, Juani soltó un grito y rompió en llanto.

—¡Estoy llena de pis!

—¡Dios mío, qué espanto! —exclamó Prudence.

—¡Es asqueroso! —miró hacia arriba, y vio a una señora encogiéndose de hombros—¡La próxima vez mire hacia abajo antes de echar sus porquerías, señora!

—¡Y tú ve con más cuidado, zíngara! —gritó la mujer.

Juani abrió mucho los ojos y su rostro se fue encendiendo por momentos.

—¡Yo te reprendo, Satanasa! —gritó, enfurecida, al tiempo que London se tapaba la boca, horrorizada—. ¡Y me cago en las cuatro farolas que alumbran la tumba de tus muertos!

—¡Juani, que los muertos son sagrados! —soltó Prudence, asustada.

—¡Los nuestros sí, pero no los de las personas que vienen a jodernos! —Abrió la boca sorprendida—. Jodernos. ¡Joder! ¡Jodeeeeeeeeer! —gritó poseída con los puños apretados y los brazos estirados hacia el cielo.

—Juani, pareces poseída —se alarmó London.

—¡Lárgate de nuestro pueblo, bruja! —empezó a gritar la mujer.

—¿Bruja yo, adefesio mal parido?

—¡Hechicera! ¡Nigromante!

—¡Mal fin tengas, engendro de corral y que una avalancha de cagaos te pille bostezando!

Prudence cogió a Juani del brazo y la arrastró lejos de allí, mientras la gitana no paraba de soltar maldiciones.

Tras adentrarse en un callejón, la gitana rompió a llorar.

—No te preocupes, cielo. Te llevaré a la taberna de Sam, allí tienen una de las bañeras más grandes de la aldea y podrás darte un baño.

—¡No hay baño que arregle este estropicio!

—¡Que sí!

—¿Y desde cuando hay baños en la Edad Media?

London no respondió y la Juani se dio cuenta de que podía dirigir sus sueños a cosas más agradables como bañeras humeantes.

—Con lo bonico que era el vestido —se quejó.

***

Cuando llegaron a la taberna de Sam, Juani aún tenía el rostro bañado en lágrimas y pis. Todos los presentes la miraron y se taparon la nariz, mientras London tiraba de ella hacia un lateral, donde una joven rubia y exuberante, llenaba de agua un bonito jarrón.

La gitana abrió mucho los ojos al reconocerla.

—¡Samantha!

La joven tabernera se sorprendió cuando Juani la llamó por su nombre, pero había cierto reconocimiento en sus ojos.

—¿Nos conocemos? —le preguntó, acercándose para luego mirar su hermoso vestido con horror—. ¿Qué te ha pasado? ¡Hueles fatal! —exclamó, llena de espanto.

—Una loca del coño me ha tirado un cubo de mierda —lloriqueó Juani.

Mary Prudence y Sam se miraron al escuchar las palabras de la joven. Había cierto reproche, pero sobre todo diversión en sus ojos, ¿qué dama hablaba así?

—Oh, Sammy… —gimió—. Te daría un abrazo, pero no quiero pegarte el mal olor.

Sam la miró con extrañeza, pero no era por su apariencia, ni el mal olor, sino porque…

—Siento que te conozco, pero no sé de donde.

—Será por lo *de loca del coño*. Te encanta esa frase.

Sam se rio, pero enseguida Mary Prudence carraspeó para hacerse notar.

—Ella es Juani, la mujer que me salvó la vida esta mañana.

Ahora la tabernera parecía más confusa.

—Creo que me he perdido algo —dijo Sam.

—Ay, alma mía, te lo has perdido todo —*¿Qué? ¿Pero por qué puedo decir loca del coño y no puedo decir miarma?* —Mi alma, mi alma… —cerró los ojos y apretó los puños— ¡Mi arma!

¡Lo conseguí!

—¿Mi arma? ¿Qué arma? —preguntó Samantha, alzando la ceja izquierda—. No tenemos armas, aquí. No me gusta la violencia. Prefiero el vino y una buena fiesta con jarrones y lámparas bien aseguradas al techo.

Pacifista y juerguista. ¡Esa es mi Sam! Tan mona ella…

—Mi esposo Patrick es el alguacil del pueblo[6]. Él si lleva arma. Una espada enorme —les guiñó un ojo y Mary Prudence se rio al percibir que no estaba hablando de una de hierro.

—¡Oh! —La Juani se mostró muy sorprendida.

¡Claro! Si Patrick en el futuro era policía, normal que en este sueño medieval fuese alguacil. Tan serio él.

—Ya me comentaste en una ocasión el arma que calza vuestro marido —rio Prudence.

Una polla como una olla —añadió mentalmente, Juani.

—¡Mary Prudence! —exclamó Sam fingiéndose escandalizada —. Un poco más de decoro.

—Sí, es ayudante del Shire Reeve.

—¡Ala! El Albert y Patrick amiguitos. Eso es nuevo. —Les sonrió e intentó hablar con su desparpajo habitual—. Bueno alma mía… —Apretó los puños y volvió a cabrearse— ¿Por qué hablamos perfectamente en inglés?

Prudence soltó una risita nerviosa y miró a Sam con preocupación.

—Después del baño, esta chica necesita ir a ver a Rosalía —dijo—. Creo que se ha dado un golpe en la cabeza.

—Oh, pobrecita —dijo Sam, lastimosa—. No te preocupes, tengo la solución. ¡Seguidme!

Samantha y Mary Prudence llevaron a Juani a una habitación contigua, donde había una enorme pileta redonda. En cuestión de minutos, varias mujeres subieron cubos de agua caliente y Juani pudo darse el deseado baño.

—¿Qué es esto? —preguntó Samantha, señalando su nalga izquierda, cuando Juani se iba a meter en el agua.

—Es… un calcetín.

—¿Un calcetín? ¿Por qué?

Bueno, no iba a narrarles todas las peripecias que había vivido esos últimos años.

—Valga decir que… llevo años enamorada de lord Calcetín.

—Es un título bastante extraño.

—Sí, bueno —Juani hizo un gesto con la mano, restándole importancia—. Es… un tatuaje en honor a mi sultán del Sacromonte.

—No entiendo nada —dijo Prudence.

—No importa —empezó a decir la gitana, mientras se enjabonaba el cuerpo y sobre todo su cabellera azabache—. Basta decir que hoy mismo he vuelto a ver a ese hombre.

—¡Qué casualidad! —exclamó Mary Prudence— ¿Y qué ha pasado?

—Justo después de separarnos —le habló a la London mirándola a los ojos—, en el bosque, me perdí. Entonces, apareció un caballero andante, mi lord Calcetín. Creo que todo lo que me pasa tiene que ver con él y con vosotras.

—¿Con nosotras?

—Os conozco de otra… ¿vida? —dudó la Juani—. Sí creo que podría decirse así. Y a él también. Sois como una constante. Sé que si sigo preguntando, podré volver a casa.

London y Samantha se miraron, pero lejos de pensar que la zíngara estaba loca, concluyeron que Rosalía podría ayudarla.

—Quizás ese caballero vuelva a aparecer —Sam suspiró—, quizás incluso un beso de amor podría devolverte la cordura.

Prudence carraspeó.

—Quiere decir que quizás ese caballero de brillante armadura sepa ayudarte.

—No llevaba una brillante armadura —dijo la Juani, aclarándose el pelo—, pero sí una capa verde de elfo, como las que salen en el Señor de los Anillos.

—¡Oh! —exclamó Prudence—. No conozco a ese señor. ¿Es joyero?

La Juani negó.

—¿Por qué lo dices?

—Porque si tiene tantos anillos… —se encogió de hombros Prudence.

—Dejémoslo —sonrió la Juani— y centrémonos en lo importante. Como perdí mi zapato y ya no podía con mi alma, me subió a su blanco corcel y me custodió hasta la aldea, todo galante.

—¡Qué romántico! —suspiró Sam.

—¿Y qué pasó después? —Prudence no cabía en sí de curiosidad.

—Me acompañó a la casa de tu hermano y… ¡Se esfumó!

Juani suspiró y sus amigas también.

—¿Y cómo es ese caballero? ¿Te dijo su nombre?

—Su nombre ya lo sé. Es Allister, el hombre más guapo que ha *pario* Dios. Alto, ojos azules, pelo castaño con destellos rubios… inglés. Todo un royal.

Sam parpadeó confusa.

—¿No será Allister Buguerman? —preguntó Samantha.

—¿Lo conoces? —se sorprendió Prudence.

—No debería deciros esto, pero… —Sam se mordió el labio, aunque el cotilleo pudo más que su prudencia—. Sé cosas, porque Patrick me lo cuenta todo cuando…

Cuando folláis.

—¿Cuándo os hace el amor?

Samantha rio, y Prudence se puso colorada.

—Es un buen amigo de lord Killarney. Está de paso. Según tengo entendido se conocieron en las cruzadas.

—Vaya por Dios.

—Sí, ha venido a su encuentro porque busca…

—¿El santo grial? —preguntó la Juani.

—¡No! Algo así como unas estatuillas mágicas.

—¡Estatuillas mágicas! Eso es.

La Juani se levantó de la bañera y juntó las manos en señal de oración. Prudence se apresuró a alcanzarle un trapo de hilo para que se secara.

Cuando Allister la besó, ambos estaban buscando unas estatuillas, había una especie de competición en la feria del pueblo. Se hacía cada año y era evidente que dicha tradición venía del tiempo de Maricastaña. Quizás el origen de dicha búsqueda se encontrara en el presente. En la idea de que un guapo caballero cruzado había acudido a aquellas tierras en busca de estatuillas mágicas, cuyo origen se desconocía.

—Quizás la clave esté ahí. Sí. Debo encontrar esas estatuillas, y regresar a casa. ¡Tenemos que ir al castillo! ¡Encontrar a Allister! ¡Y volver a casa!

Aunque las dos mujeres la miraron con suma atención mientras se vestía a toda prisa, lo cierto es que pensaron que no les iría mal un poco de aventura.

—Iremos —aseguró Samantha—, pero antes le haremos una visita a Rosalía. Ella te ayudará. Quizás con sus poderes sepa qué son esas estatuillas y donde encontrarlas. Y quien sabe si también sabe si puede serte útil lord Calcetín.

—Seguro que sí —convino Prudence—. Y todo esto me parece muy bien, pero…

—¿Pero? —preguntó la Juani.

—Pero sigo sin entender por qué se llama lord Calcetín.

Samantha miró a Juani con picardía y esta le guiñó un ojo.

Era más que evidente que ella sí lo había captado.

CAPÍTULO 11

Rosalía tra tra

Juani caminaba por las callejuelas de la aldea, sin dejar de mirar hacia el cielo.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Samantha a Prudence.

La Juani, quien la escuchó, respondió enseguida.

—Es por si llueve mierda —dijo la gitana.

Sam se tapó la boca con una mano para no estallar a carcajadas.

Pero no era mala idea mirar hacia el cielo, porque esta vez, no llovió mierda, pero sí un gato.

—¡Dios! —exclamó la Juani que esquivó al minino peludo y lleno de barro y legañas.

Mary Prudence se lanzó a por él, cayó en plancha sobre el suelo embarrado de la calle, pero consiguió atrapar al minino entre sus manos.

—¡Pero loca! —exclamó la Juani—, ¿tú no sabes que los gatos caen de pie?

—Eso es una leyenda urbana —dijo London, levantándose con el vestido lleno de barro—. Lo cierto es que la gente debería poner protecciones en los balcones y las ventanas, para que los mininos no se hiciesen daño y se perdiesen.

La Juani la miró con sorpresa, había supuesto que con lo pija que era la London, probablemente se echaría a llorar y a chillar.

Pero nada de eso.

La London, o mejor dicho Mary Prudence, sonreía de oreja a oreja con el sucio gatito entre sus brazos.

—¡Misifú!

—¿Lo conoces? —preguntó Sam.

La Juani abrió los ojos.

—¡Oh! Es le gato de Bel, o mejor dicho, de Marcus.

Prudence la miró extrañada.

—No conozco a ningún Marcus, pero sí este es el gato de Bel MontRoig.

—Hasta que Marcus se enamore y se lo quede para él —masculló la Juani, sin dejar que sus amigas la entendieran del todo.

—Habrá que llevárselo —anunció Prudence—, pero después de visitar a Rosi.

Las damas avanzaron hacia la casa de Rosalía.

Prudence llevaba al gato en brazos, oculto en un pañuelo que ella misma se había quitado del cuello para que el minino no pasara frío. Con la ayuda de Rosalía, se lo devolvería a Elisabeth MontRoig, la esposa de un laird escocés que hacía buenos negocios con su hermano, vendiéndole lana de sus ovejas. Aunque no se llevaban del todo bien, se respetaban.

—Habría sido mejor que lo llevaras en un trasportín, así se puede asustar y escapar —dijo Juani.

—¿Qué es un trasportín? —preguntó Sam, con curiosidad.

Pero London se adelantó a responder antes de que Juani abriese de nuevo la boca.

—Lo único que tengo es un saco y eso es maltrato animal.

—¿Existe eso en esta época?

Prudence hizo un puchero y acarició la cabecita del minino.

—Si será verdad y todo lo que dice Bel, de que eres animalista —suspiró la Juani.

—¿Animalista? —se sorprendió Sam.

—Mejor no entremos en este debate.

—Pobrecito, está asustado, seguro que echa de menos a su mamá. Elisabeth MontRoig estará encantada de que le devolvamos a su gato.

—Seguro que vamos a cobrar una buena recompensa por devolvérselo —dijo Samantha—. Con ese dinero, pienso comprarme un hermoso vestido.

—¿Otro? —Preguntó Prudence, aunque pareció meditarlo—. Sí, creo que una nunca tiene suficientes vestidos. Y si MontRoig quiere recompensarnos…

La Juani puso los ojos en blanco.

—Y así señoras y señores, se forjó London Melià. —se burló la Juani— ¿Seguro que no lo has secuestrado para obtener una recompensa?

Ante la mirada escandalizada de Mary Prudence, Juani calló y volvió a mirar hacia arriba.

—Vale, no he dicho nada. ¿A que no, Misifú? —le habló al gato.

—¿Cómo sabes cómo se llama?

—Porque soy la bruja más poderosa del reino —se rio de forma maquiavélica—. Y tengo un mechero.

—¡Ssssh! —chistó Sam—. No digas estas cosas, podrían quemare en la hoguera.

—Bueeeeno, eso sí me pillan. —La gitana ayudó a restar importancia al asunto con un manotazo al aire—. Las que son

realmente poderosas son mis dos abuelas. Yo solo estoy teniendo un sueño muy vívido.

Se encogió de hombros.

—¿Un sueño muy vivido? —preguntó Prudence. Aunque ella lo que creía es que se había golpeado con demasiada fuerza la cabeza.

—Sí, eso, o he viajado en el tiempo a través de las piedras erectas. —Pensó un poco en ello—. Creo que la Rosi sabrá ayudarme. Es una suerte que esté aquí también. Si es verdad que tiene una bola de cristal, seguro que puede leer el futuro. Y de paso, que me haga la pedicura.

—Pero, ¿qué dice? —dijo London.

—Ni idea —rio Sam.

—¡Mirad, ya hemos llegado! —exclamó Prundence.

La fachada de la casa era una de las más cuidadas y elegantes y estaba junto al edificio del ayuntamiento. Destacaba del resto por tener la fachada referida en blanco, y la bandera de la Comunidad Valenciana colgada en el balcón, que en su parte de abajo estaba adornado con hermosos azulejos blancos y azules.

—¿Pero que puñetas..? —*Quiero decir, ¿qué coño hace aquí esta bandera? Como no sea que Jaime I se haya dado una vuelta*

por aquí, no lo entiendo—. Si hasta tiene un *murchielago*.

—¿Qué es un murchielago? —preguntó Prudence.

—Otro animalico. Inofensivo. Se come los mosquitos, y fuman.

Juani puso un ojo aquí y un diente allá ante semejante rareza, pues estaban en la Edad Media, pero como el haber viajado en el tiempo tampoco es que fuera algo muy normal, decidió no darle demasiada importancia.

Llamaron a la puerta, haciendo picar una enorme aldaba con una cara de león y esta se abrió con un chirriante sonido de bisagras mal engrasadas. Una doncella asomó su cabeza y puso cara de pocos amigos.

—¿Qué desean? —preguntó, con ínfulas de grandeza.

—Vengo a ver a mi Rosi —se adelantó Juani, ante la mirada de extrañeza de esa mujer.

—No es posible en estos momentos —dijo. muy seca.

—Quita, coño —Juani se abrió paso dándole un codazo, contenta de que poco a poco fuese recuperando la habilidad de decir palabrotas a diestro y siniestro.

Sam y Mary Prudence la siguieron, la primera aguantándose la risa, y la segunda totalmente avergonzada.

—¿Rosi? —preguntó Juani, mirando en derredor—. Mi Rosi, *miarma*, ¿dónde estás? —Se paró unos segundos y sonrió —¡He conseguido decir *miarma*! ¡Ja ja! ¡Soy la leche!

De pronto, una puerta al fondo del gran salón se abrió sola, provocando que las chicas tragaran saliva.

—¿Cómo es posible? —preguntó Prudence, abrazando más al gato.

—Magia potagia —dijo Juani.

—Os estaba esperando, queridas —se oyó una voz como de ultratumba y las tres se cuadraron.

Poco después asomaron sus cabezas para descubrir unas oscuras escaleras de caracol que bajaban hacia lo que parecía una cueva excavada en la tierra.

—No tengáis miedo, no hay peligro de tropiezos —volvió a escucharse la voz.

Juani se adelantó y empezó bajar los peldaños alzándose las faldas del vestido. Sam y Prudence la siguieron, un poco más retrasadas.

La hermana del rico comerciante estaba asustada, pero también emocionada. Sí, había acompañado a su nueva amiga para que le diera unos consejos de como volver a su tiempo… bueno,

realmente ella pensó que para curarla de su chichón en la cabeza y recobrar un poco la cordura. Pero ya que estaban ahí… también podría ayudarla a ella. Tal vez Rosalía viese en su bola de cristal dónde se hallaba su juglar. Se le humedecieron los ojos por la emoción.

Era muy probable que el zíngaro juglar, que la Juani había asegurado que era su primo, se encontrara en el castillo de lord Killarney, ¿dónde más podría prestar sus servicios que en la casa de un noble que iba a organizar una gran fiesta? Pero, de todas formas, quería asegurarse.

Como si la Juani le hubiera leído el pensamiento a la London, se paró y la miró con fijeza.

—La Rosi no sabe *ná* de mi primo —se adelantó Juani, viendo la cara de ilusión de la London, cuando la luz de una tea al fondo de la escalera las iluminó a las tres.

—Yo no he dicho nada —besó al michi en la coronilla, como un niño pillado robando un caramelo.

La gitana la miró de reojo y volvió a avanzar hacia la estancia donde se encontraba la Rosi.

Como si se lo dijera al gato, la London empezó a hablar en un susurro bajo.

—Sospecho que mi zíngaro juglar es en realidad un príncipe que trabaja para algún rey.

Pos no anda mal encaminá la muchacha. Aunque en realidad trabaja para el pentáculo.

—Así es —La voz de Rosalía corroboró las sospechas de la London—. Diego Reyes se encuentra en Killarney Castle, aconsejando al noble sobre cetrería.

—¡Lo sabía! —exclamó Juani—. ¡El primo ha cambiado los drones por aguiluchos!

Se escuchó una risa encantadora y Rosalía apareció por una puerta lateral.

Llevaba un pañuelo que le envolvía la frente, haciendo que su larga melena negra y rizaba cayese por su espalda como una cascada. Sobre el hermoso vestido dorado, llevaba un delantal con el que se estaba secando las manos.

—¡Aish la Rosi, pero que guapa! —se emocionó la Juani—. Pero si pareces más gitana que yo.

Alzó la mirada y al ver a Juani, alzó una ceja, aunque sin perder la sonrisa del rostro.

—¡Mi Rosi! Ay, *madredelamorhermoso*. ¡Eres tú!

—Si, soy yo. Pero hace muchos años que nadie me llamaba así.

Juani se lanzó a sus brazos y empezó a llorar de la emoción.

—Ay, *miarma*… te he echado mucho de menos —Se separó para mirarla a los ojos y empezó a rajar todo lo que le había pasado ese último año, sabiendo que la nueva Rosalía no tendría ni idea—. Me ha *pasao* de *to*. Mi marido, el Cortés, tenía una doble vida en Sevilla. *Casao*, y con cuatro churumbeles. Me enteré en su velorio, *presioso*, un carruaje negro de caballos blancos, porque una es cornuda pero lo despedí a lo grande. Y es que, se espachurró cuando estaba nadando en un jacuzzi con cuatro pelandruscas. No sé si por suerte o por desgracia, el trono de la estación internacional se desprendió de la nave nodriza y voló por el hiperespacio, atravesando la atmósfera para acabar reventándole el cabezón. ¡Menuda puntería! Aunque tú lo conoces, ya saber que cabezón tenía mi Cortés. Y todo esto mientras se daba un baño en un jacuzzi, y tú dirás, ¿qué es un jacuzzi? Pues como una tinaja llena de burbujas, pero no de las que se forman cuando te tiras peos, sino como si enanos con gases soplaran con cañas bajo el agua y hicieran glu glu glu, ¿sabes? Pues eso, muerto, y mientras estaba ahí

con unas señoritas de buen hacer y mejor catar. *Pobrecicas*, acabaron *toas* llenas de salsa de tomate.

La Juani tomó aire y se señaló la cabeza, enfatizando que toda la masa cerebral había volado por todas partes.

Samantha, London y la Juani la miraron con los ojos abiertos como platos, hasta que Prudence rompió el silencio que se había creado.

—¿Por qué habla tan raro de repente? —preguntó, refiriéndose a la Juani.

Samantha se encogió de hombros.

—¿Y qué es un tomate?

Pero la Juani siguió hablando en brazos de Rosalía.

—No contento con eso, el cruel destino puso en mi camino al royal más buenorro de Inglaterra y sospecho que del mundo entero.

—Ese es el caballero del Calcetín —Sam le dio un codazo a Prudence, contenta de haber pillado algo—. Ya empiezo a seguir la historia.

—El mismo que viste y calza. El asunto es que me besó, eché a correr, me di un golpe en la cabeza y me desperté aquí, en un parque temático medieval. O eso creía yo, porque claro, sin carreteras, ni luz eléctrica y la gente tirando meaos por la ventana.

Me dije ¡Juani! ¡Que estás en el medievo! Y la verdad, yo no quiero estar aquí. Me da igual no tener móvil, pero sin agua caliente o transportarla a tinajas, no gracias. Por no hablar que necesito un poquito de colorete *pa* no parecer un extra de *The walking Death*. ¿Qué haré sin nuestro *pasión fruit*? No, no. Yo me vuelvo a mi casa, y tienes que ayudarme —dijo, asintiendo con mucho énfasis.

—Bueno —parpadeó Rosalía—, algo tendremos que hacer.

—Sí, porque oye, no quiero quedarme aquí. Que hoy ya me ha perseguido un gorrino *cabreao*, los *atapuercos* me han querido linchar y ¡hasta tenían una barbacoa preparada para mí y la pija del reino! —la señaló y Prudence se ofendió.

—¡Oye!

Sorprendida, se volvió hacia Rosalía.

¡Y hasta me cae bien! Debo estar *mu* mal, porque mira que la *matacaniches* es lagartona en el futuro.

—Quizás solo la veas así, porque nunca le diste la oportunidad de mostrarse como es.

La Juani alucinó.

—Joder, que lista eres mi Rosi. ¡Ja! —Dio un salto—. ¡Esa es otra! Ya puedo decir joder, porque antes tenía que hablar en fisno, y

me cuesta mucho. Pero ahora ya voy metiendo patadas al diccionario como si *na*. Me voy acostumbrando a esto.

—Eso me temo —dijo Rosalía—. Que puedas hacerlo quizás quiera decir que tu ser se está adaptando y si lo haces del todo, ya no podrás regresar.

—¡Me cago en mi vida! Qué mal rollo me has *dao* Rosi. —Negó con la cabeza—. No quiero quedarme aquí. Si hasta me han *tirao* un cubo de pis.

—Bueno, bueno, cálmate —le dijo Rosalía, mirando a Samantha y a Prudence, que alucinaban pepinillos rosas—. Vamos por partes. Ya habrá tiempo de hablar de lo que es el hiperespacio, y de qué rey es ese trono. Pero antes, ¿te apetece un té?

—No, lo que quiero es un whisky, si no te importa.

Samanta se rio.

—Esta es de las mías.

—Luego —dijo Rosalía, ignorando a la tabernera— antes debes calmarte.

—A mí me gustaría saber qué es una nave nodriza —preguntó Sam, a lo que Mary Prucence sugirió.

—¿Un barco enorme?

—Los barcos no vuelan, navegan.

—Eso ya lo sé.

—Juani acaba de decir que voló por el hiperespacio.

—¿Y lo del jacuzzi?

—Ha dicho que era una tinaja con enanos soplando.

—Lo verdaderamente triste es que la pobre zíngara se ha quedado viuda —dijo London.

—Pero conoció a un nuevo pretendiente. —Ambas asintieron —. Uno que la besó.

—Lord Calcetín —añadió Sam.

—¡Silencio! —dijo Rosalía.

Después, la esposa del gobernador secó las lágrimas de Juani con un pañuelo y luego la besó en la mejilla.

Tanto Samantha como Prudence apretaron los labios para no seguir hablando sobre lo que les había dicho la zíngara.

—No recuerdo haberte visto antes —le dijo Rosalía, cariñosa —. No obstante, siento que te conozco de toda la vida.

—Ay, *miarma*, —se entristeció la Juani—, la de aventuras que hemos vivido tú y yo cuando íbamos al instituto. ¿Te acuerdas cuando hicimos pellas para ir a ver volar los drones del primo?

Se oyó un suspiro de Mary Prudence.

—O cuando nos escapábamos para salir de marcha por Benidorm. Alberto, tu marido, le rompió una guitarra en la cabeza a uno de mis primos. Se lio parda, ¿te acuerdas, Rosi?

Rosalía negó con amabilidad.

—Quizás se trate de otra época, de momento todo eso, solo lo has vivido tú.

—Es muy triste lo que me dices. Te han quitado grandes recuerdos. —Aseguró la Juani, que pensó que igual podía hacerla recordar—. Lo más divertido fue cuando nos colamos en la mansión de la loca esa que tenía un bolso de piel velocirraptor. La Marlene Cotillar.

Rosalía parpadeó.

—Bueno, si es la mitad de mala que en mi tiempo…

—¿Verdad que tú también tienes una Cotillar en tu tiempo? —aseguró, más que preguntó—. Creo que las personas importantes en nuestra vida, para bien o para mal, están presentes en nuestras reencarnaciones o lo que sea que sea esto —miró alrededor.

Rosalía suspiró.

—Pues creo que tienes razón. A mi lagartona —dijo Rosalía, guiñándole un ojo a la Juani—, la mandé para Occitania más rápido de lo que pudo decir ¡Ay!

—Así me gusta, si es que eres la monda. —La abrazó de nuevo para después continuar—. En mi mundo, el primo, que aquí se ve que es un juglar que toca la guitarra, colgó una salchicha de un dron y cuando robamos el pen drive, pintamos una súper polla en un cuadro de Franco Cometa con tu pintalabios Passion Fruit.

—¿Una polla? ¿con plumas? —le susurró Prudence a Samantha.

Esta se encogió de hombros.

—No conozco otra clase de pollas.

Juani rompió a reír como si estuviese loca.

—¡El pintalabios era *waterpruf*!

Mientras Rosalía le echó un brazo por encima del hombro a la Juani, se la llevó hacia una silla donde pudiera sentarse.

—Bueno, siéntate aquí. —Después de acomodar a Juani, Rosalía miró a Sam y a Prundence, como si la gitana necesitase atención especial—. Sentaos vosotras también, porque voy a necesitar de vuestra ayuda.

—Me da miedo que alguien la oiga, acabaría en la hoguera —dijo Sam—. Y me cae bien la chica.

—Sí, no hay nada peor que asarte a la parrilla.

—Eso no va a pasar mientras mi esposo sea el shire Reeve —dijo Rosalía—, pero antes he de consultar mi bola de cristal y averiguar de qué forma puedo ayudarte, Juani. Aunque… empiezo a hacerme una ligera idea.

Las chicas se sentaron alrededor de una mesa cuadrada de madera maciza, no sin antes de que Rosalía apartara de ella sus calderos y pócimas.

—Vayamos por partes —empezó a decir Rosi, tras sentarse en una silla—. ¿Cómo empezó todo, Juani?

—Ya te lo he dicho, me di un golpe en la cabeza. Estoy soñando, eso seguro.

Rosalía alargó el brazo la pellizcó en el muslo

—¡Ay!

—Me temo que esto no es un delirio, Juani. Es real.

—No lo entiendo. Entonces… ¿Me he vuelto majara?

—Eso creo yo —dijo Prudence.

—Mira, lagartona, íbamos muy bien tú y yo… —la miró con cara de pocos amigos.

Enseguida, Rosalía la distrajo.

—Piensa, Juani. ¿Por qué te diste el golpe en la cabeza?

—Porque eché a correr despavorida.

—¿De qué huías? —preguntó Sam.

—De… —Juani se puso colorada—. Del caballero del Calcetín.

—¿Por qué, si tanto te agrada? —volvió a preguntar Samantha.

—Porque… nos besamos.

Rosalía asintió mientras Prudence suspiraba de nuevo.

—Voy a tener que consultar mi bola de cristal.

Rosalía se agachó, y sacó una hermosa bola redonda que tenía un agujero en su base. La colocó sobre la mesa, justo sobre una vela. El efecto era estremecedor.

—Válgame Dios, te pareces a la Bruja Avería, pero sin cables y en guapa.

—¿Otra hechicera? —preguntó Sam.

—Sssh —chistó Rosalía, colocando las manos sobre la bola.

Cerró los ojos y pareció entrar en trance. Al regresar en sí, habló.

—Las piedras erectas del bosque de Killarney son poderosas —empezó a decir Rosalía—. Sospecho que hay más gente que viajó a través de ellas. Hubo una mujer que fingía ser francesa, pero en verdad os digo que era de un pueblucho de hispania perdido de la mano de Dios.

—¡Marlene Cotillard! —exclamó la Juani—. No puede ser.

—Sí, averigüé que no era de aquí y que intentó embaucar a mi esposo. Esa bruja cruzó las piedras, y lo último que se supo de ella es que acabó en una taberna cantando, pero desafinaba tanto, que la pusieron a fregar platos.

—Pensé que había acabado en un barco rumbo a Francia, después de que el obispo la echara del convento por cantar terriblemente mal —dijo Samantha.

—Sí, eso también —les guiñó un ojo como si ella fuera la responsable de ese ardid—. Da igual. Vayamos a lo importante. El beso. ¿Qué sentiste, Juani?

—Oh… —se puso colorada—. Eso no lo puedo decir. Es demasiado…

—¿Romántico? —dijo Prucence y luego dejó que se escuchara un largo suspiro.

¿Desde cuándo se había vuelto tan cursi esa petarda?

—Estás enamorada él, ¿no es cierto? —preguntó Rosalía.

—Hasta las trancas.

—Lo que tienes que hacer es regresar al círculo de piedras, una noche de luna llena. Pero no puedes ir sola.

—¿Ah, no?

—No.

—Nosotras te acompañaremos —se ofreció Prudence. Sam asintió.

—No —lo descartó Rosalía—. Debes ir con tu enamorado. Y para ello antes deberás acudir al castillo de Killarney y encontrarlo.

—¿Tengo que ir ahí con Allister? ¿Por qué?

Rosalía se encogió de hombros.

—Porque él tiene las respuestas.

—¿Y qué he de hacer una vez allí?

Rosalía sonrió, pícara.

—Tu caballero debe darte un beso de amor.

Sam y Prudence soltaron una risita y Juani gimió, poniéndose aún más colorada.

Madredelamorhermoso. Como vuelva a besarme… no sé si me podré contener.

—Pero… ¿con qué excusa me voy a presentar en el castillo del conde gruñón?

—La clave está en…

—¡Miau!

Todas miraron al gato de Elisabeth MontRoig.

—¡Sí! —gritó la London— ¡Aquí tenemos nuestro pase al castillo! —Alzó a Misifú como si fuera la copa de Europa.

—No hagas de Guti, que no se te caiga.

CAPÍTULO 12

El fiestón de Lord Escándalo

El carruaje atravesó el enorme portón de madera que había sobre el foso y no tardaron en llegar a la puerta principal.

El castillo de piedra gris se alzaba sobre una pequeña colina, desde la que se divisaba todo el valle boscoso y pequeños oteros ondulantes en derredor. Era una estructura robusta, imponente y austera, diseñada para la defensa de la cual colgaban varios bastiones con el escudo de su señor, Connor O'Brien. Lo rodeaba un foso, cuya función era dificultar el acceso a la fortaleza. El carro se detuvo justo en frente. En esos momentos, el puente levadizo estaba echado y podrían atravesarlo a pie sin ninguna dificultad.

Patrick McGregor se bajó del pescante y le tendió la mano a Sam, que fue la primera en bajar.

—Mi bella esposa, qué hermosa sois. —Le besó la mano y sus ojos le prometieron el cielo.

Prudence y Juani fueron las siguientes en bajar, también con la ayuda de Patrick, que las acompañó hasta la entrada, pasado el

foso.

Desde afuera podía escucharse la alegre música y London se llevó una mano al corazón, mientras con la otra sostenía al gato de la condesa de MontRoig.

—Esperad en el patio —dijo Patrick—, creo que hay algunos problemas con los caballos.

Las brillis se adelantaron.

—Así que esta noche, la fiesta no la organiza Connor, sino su amigo lord Escándalo[7] ¿eh? —preguntó la Juani, nada más entrar en el castillo.

Se habían puesto sus mejores galas y todas ellas acudieron bien dispuestas, claro que la Rosi debía llegar con su marido, por eso Samantha y Prudence, con Misifú, por supuesto, la acompañaron.

—¡Qué atrevimiento! —Prudence ahogó un grito y se tapó la boca después de que Juani se refiriera al conde de Richmond con semejante apelativo—. No puedes llamarlo lord Escándalo.

La Juani se encogió de hombros ya dentro del patio del castillo, plantadas delante de la puerta principal.

—No quiero decir *na*, pero si es la mitad de fiestero que en mi mundo, lord Escándalo debe dejar embarazadas a las mozas solo

con guiñarles un ojo.

—No hace esas cosas —se horrorizó Prudence—, no es mago.

La Juani hizo un movimiento con la mano para restarle importancia.

—Créeme, que se le queda corto —la Juani se arregló el vestido. Sonrió de pronto—. Madre del amor hermoso, este vestido es espectacular. Aunque podría tener más escote —apreció, intentando recolocarse las tetas sin éxito.

—Me lo trajo Owen de Francia y es el más atrevido que tengo. No estoy segura de que sea muy decente.

—¡Bah! Ni que llevara las domingas al aire.

—Yo jamás tuve el valor de ponérmelo.

¿London una mojigata? Nadie en el futuro, o cuando despertara de ese sueño, la habría creído si hubiese dicho algo así.

—Es perfecto. —Se alisó la falda y luego dio una graciosa vuelta—. Mi caballero del Calcetín caerá rendido a mis pies con una caída de pestañas.

Prudence miró a Juani con una sonrisa bobalicona.

El vestido era de color rojo sangre, ajustado en el busto y en la cintura donde la rodeaba un hermoso cinturón de un tono más oscuro. A la altura de las caderas, varias capas de seda bordada con

hilo de oro caían grácilmente hacia el suelo, cubriéndole por completo los zapatos, con un ligero tacón. Atrás arrastraba una cola de un metro y al caminar, parecía flotar tras ella. Prudence jamás se había atrevido a llevarlo, lo guardaba para una ocasión especial. Pero a su amiga le quedaba tan bien… Para sí misma, había escogido un vestido azul claro, más sencillo y recatado pero que hacía juego con sus ojos.

—Luces preciosa, pero hasta con un saco lo estarías —le dijo —. Eres muy guapa, Juani.

La gitana la miró como si le hubiesen salido dos cabezas. ¿Cómo podía ser tan dulce?

—¿Qué sucede? —preguntó la London, sorprendida.

Que eres muy cuqui.

—Nada. —Se arrepintió por su frialdad y añadió, cariñosa—. Tú también pareces salida de un sueño. Si es verdad que tu príncipe zíngaro está en Killarney Castle, igual se desmaya al verte. Ojalá suceda —chasqueó la lengua porque no podía creer lo que iba a decir—, te lo digo de todo corazón.

La sonrisa de Prudence fue más luminosa que el sol.

De pronto, se escucharon los cascos de varios caballos, se dieron la vuelta para ver al marido de Samantha avanzar hacia ellas.

—Siento el retraso —besó a Sam en los labios—, había cola para aparcar los carruajes.

Juani puso los ojos en blanco. Ni que lo hubiera aparcado él. Habría sido el aparcacoches. ¿Había aparcacoches en la Edad Media? Se encogió de hombros. Le daba igual. Lo que realmente quería era poder salir de ahí con su lord calcetín.

—¡Al lio! —gritó dando una palmada—. Mary Prudence, agarra bien al gato, es nuestro salvoconducto.

—Tu amiga es muy graciosa —le susurró Patrick a Samantha, quien le sonrió con cariño.

—Bienvenida a la aldea, señora. Espero que su estancia aquí esté siendo agradable, a pesar del incidente que sufrió esta mañana.

—Mi vestido quedó inservible —se quejó London.

—No os preocupéis, que la mujer ya ha sido reprendida. Recibiréis una compensación, os lo aseguro.

Patrick siempre tan diligente, con el orden y la ley en la mano.

—Gracias, alguacil McGregor —dijo Juani—. Por mi parte no es necesario que la metáis en una mazmorra, con mis maldiciones gitanas ya habrá obtenido su merecido.

Cuando las damas entraron, la fiesta estaba en su apogeo.

—¿Tu hermano y Cenicienta no van a venir a la fiesta? —preguntó Juani distraída.

—¿Quién?

—Tu futura cuñada, Rebecca.

—Oh, no vendrán. Creo que… están ocupados —respondió Prudence, con una sonrisa pícara, al tiempo que acariciaba al gato para tranquilizarlo.

—Que pena, habría sido genial juntarnos todas las brillis.

—¿Quiénes son las…?

—¿Brillis? —se oyó la voz de Sam, que asomó la cabeza entre las dos damas cuando su marido la dejó sola para saludar a unos amigos— ¡Me encanta ese apodo!

—No te va a gustar, si eres siempre el alma de las fiestas del brilli-brilli —dijo Juani.

Se les notaba en la cara que estaban ilusionadas por asistir a la fiesta. Juani, por el contrario, estaba ansiosa de ver a Allister y al mismo tiempo, todo su cuerpo temblaba como una hoja.

—Todo irá bien, ya lo verás —dijo Sam, apretándole la mano.

—Eso espero —respondió Juani—. Ay, no sé si esto va a funcionar.

—Si no funciona, siempre puedes seducir al conde de Buggerman y casarte con él.

Juani suspiró.

—Está más que seducido, créeme. El problema… quiero decir que quien no está segura soy yo.

Sam y Prudence la miraron con los ojos muy abiertos.

—Pero… ¿acaso no le amas?

—Ese es el problema, que le camelo con toda mi alma.

—No lo entiendo —dijo Sam—. Si le amas y él también a ti, ¿qué os impide estar juntos?

—Mi cabeza —Juani se señaló la sien, como si estuviese loca —. Soy viuda, aún no me siento preparada para… volver a casarme.

—¿Casarte o encamarte?

London le dio un codazo a Sam.

—No seas tan directa que me la despistas —dijo la rubia—. ¿Amabas a tu esposo tanto como para impedirte a ti misma ser feliz tras su muerte? Eso es muy dulce.

Juani suspiró.

El Cortés no se merecía ni el aire que respiraba Allister, aún así…

—Sé que para vosotras no tiene sentido, pero yo… —hizo una breve pausa—. Aunque me veáis tan alegre y vivaracha, en el fondo soy… muy tradicional. Eso de ser la alegría de la huerta es pura fachada.

—¿Y qué te dice el corazón, Juani? —preguntó Sam.

—A mi corazón le cuesta latir cuando él no está. Pero cuando lo tengo cerca, pulsa tan rápido que me cuesta respirar.

—Qué bonito —suspiró Prundence, sin poder evitar pensar en su apuesto juglar.

—Juani, no puedes seguir haciéndote esto a ti misma —aconsejó Sam—. Tienes que dejarte querer.

—También me cuesta confiar.

Su esposo le había puesto los cuernos tantas veces que le resultaba difícil dejarse llevar.

—Allister es un caballero —aseguró Prudence—. Jamás te traicionaría, estoy segura.

—Lo sé, pero ¿y si lo nuestro no funciona?, ¿y si el destino tiene otros planes?

—Tienes que arriesgarte —zanjó Sam—. Es peor tener una espinita clavada en el pecho por no haberlo intentado, ¿no crees?

—Cierto, mejor pedir perdón que pedir permiso —valoró Juani.

—Y si es verdad todo lo que nos has contado, el destino está haciéndoos una encerrona para que acabéis juntos —dijo Prucence —. No deberías luchar contra eso. Samantha tiene razón, debes dejarte llevar por el amor y la pasión.

Juani suspiró.

—Tenéis razón.

—¿Entonces, te entregarás a él esta noche? —preguntó Sam.

Juani se puso más roja que una ciruela. ¿Hacer el amor con Allister? Eso eran palabras mayores.

—No, no, no… Por el momento le daré un besito a ver si con eso logro regresar a mi época. Después, ya veremos.

La música empezó a sonar en un tono mucho más alegre y Juani fue consciente de como Mary Prudence estiraba el cuello para ver a su juglar.

—No te distraigas, moza —le dijo la Juani—, tu misión es entregar el gato a Bel, sano y salvo.

London asintió.

—Elisabeth MontRoig, estará muy contenta de recuperar a su gato.

—Vamos a buscarla.

No tardaron demasiado en avistarla.

—Mirad, está con O'Brien y su nueva esposa.

—Oh —la Juani estaba encantada—. ¿Aquí ya están casados? De donde vengo, aún están en ese tira y afloja. Él no quiere que le redecore el castillo y ella está dispuesta a fastidiarle, tanto o más que su madre.

—La madre de Connor es una mujer muy extraña.

—Las mejores, lo son —le aseguró la Juani.

—He oído decir que lord Killarney es un poco…

—¿Gruñón? —interrumpió Juani a Prudence, que se sonrojó.

—Jamás lo habría definido así, pero…

—Sí que tiene malas pulgas —intervino Juani—, aunque en el fondo es todo un caballero.

—Y un fiel amigo —corroboró Prudence—. A pesar de ser tan huraño, no ha podido negarle organizar la fiesta a lord Richmond.

Y como si hubiese sido invocado, lord Escándalo apareció acompañado de un enorme estruendo de músicos, saltimbanquis y bufones.

—Me faltan los buggis, y Pamela. —Frunció el ceño—. ¿Dónde está su esposa?

—¿Lord escandalo casado? Eso jamás —se burló Sam.

—No, no —sonrió la Juani—. Caerá, ya lo creo que caerá.

Samantha aplaudió, entusiasmada por el espectáculo, a Juani se le iluminó la cara al descubrir que quien cabalgaba junto a él era la intrépida Pam Brooks, mientras Prudence se alejaba para que Misifú no huyera despavorido a causa del alboroto.

—¡Es Pamela! —exclamó Juani, dando saltitos— ¡Ha cambiado los buggys por carretas de dos ruedas, como las que salen en Ben Hur!

—¿Ella también está en tu tiempo? —preguntó Sam, sin querer preguntar de qué demonios estaba hablando.

—De hecho, es la causante del calcetín que llevo tatuado en el culo.

A Sam no le dio tiempo a reírse, porque de pronto el caballo de Pamela viró hacia la derecha y ella salió impulsada desde el carro hasta caer en un barril de vino.

—¡Madre Santa!

Pa haberse matao.

—Claro aquí no hay piscina, pero menos mal que no se ha caído al foso —se preocupó la Juani.

Inmediatamente después, Anthony, lord Escándalo saltó de su corcel en marcha y corrió a su lado. Hubo unos instantes de completo silencio, que se rompió, estallando en vítores, en el momento en que lord Richmond besó a Pamela apasionadamente haciéndola reaccionar.

—Estos dos nunca decepcionan, ¿verdad? —dijo Juani.

Pero de repente, vio a alguien a lo lejos. Su corazón se olvidó de latir al reconocer a su amado caballero andante, Allister Buggerman.

—Madre del amor hermoso, creo que me va a dar un vahído.

CAPÍTULO 13

Las brillis de la Edad Media

A través de la multitud y de los ensordecedores sonidos de flautas, tambores y voces estridentes los ojos de Allister y Juani se encontraron unos instantes.

El instante fue mágico, hasta que alguien, sin querer, la empujó.

Cuando volvió a mirar en esa dirección, él ya había desaparecido entre la gente.

Juani se olvidó de respirar.

—¿Estás bien? —le preguntó Sam.

Juani parpadeó e instantes después, asintió.

—S… sí.

Cuando se giró de nuevo buscando a Allister, no lo encontró, pero por suerte ahí estaba London que sí había encontrado a Bel. Suspiró aliviada, menos mal que algo salía bien.

—Debemos ir a saludar a Bel.

—¿A MontRoig? Sí —convino Sam—, pero antes hay que saludar a Connor O'Brien, es el anfitrión y sería descortés no hacerlo.

Juani observó el castillo y se dio cuenta de que, quitando unos pocos detalles, seguía casi igual que en el futuro o mejor dicho, en el 2025 estaba igual que ahora. Sabía que eso era imposible, desde luego el castillo de Connor, no era del siglo XII, pero… quizás si seguía las instrucciones de Rosalía, su cerebro reaccionara y se despertara de ese extraño sueño.

—Vamos. —Juani avanzó por el salón hasta llegar a otra estancia.

Las paredes estaban adornadas con enormes tapices que contaban antiguas leyendas irlandesas. Las luces de las enormes teas iluminaban las paredes de fría piedra, dando a la estancia un aire acogedor. En el alto techo, de una de las gruesas vigas de roble, colgaba una gran lámpara de hierro forjado, con innumerables velas encendidas.

—De esta lámpara te puedes colgar con total seguridad —aseguró Juani dedicándole una gran sonrisa a Sam —pero ten cuidado de no quemarte el vestido con tantas velas.

—¿Qué quieres decir?

—Cosas mías.

El sonido de la música amenizaba el ambiente y se entremezclaba con las voces alegres de los invitados, que vestían ricas túnicas de lana y seda, y se agrupaban alrededor de enormes mesas rectangulares repletas de manjares. Había carne asada, quesos, pan de centeno, fruta y pasteles elaborados con miel. Una tropa de criados portaba jarras de hidromiel y Samantha no les quitaba el ojo de encima.

—Tienes que probar esto —le dijo a Juani.

A su derecha, una gran hoguera ardía en una impresionante chimenea, iluminando los rostros de los que estaban cerca. Un grupo de juglares cantaban y bailaban al son de las gaitas. Buscó con la mirada a su primo, el gitano hacker, pero no lo encontró.

—Ahí están —dijo Samantha—, vamos.

Juani miró en la dirección que apuntaban los ojos de su amiga y descubrió la mesa principal. En el centro estaban sentados Connor O'Brien [8]y su esposa, Becca.

—Oh, qué guapa es la condesa —dijo Sam.

—Fíjate, qué enamorados están —valoró Juani, cuando Connor besó la mano de su esposa con absoluta ternura.

—Oh, señor. Cuando vuelva a mi tiempo tengo que hacer que esos dos se enamoren. Son demasiado monos para estar separados.

Llegaron hasta ellos, y Samantha hizo una graciosa reverencia.

Becca sonrió.

—Lady McDowell, qué alegría veros —dijo a Sam, con tono cariñoso. Luego miró a Juani— ¿Y quién es la hermosa dama que os acompaña?

Juani se adelantó.

—Juana Reyes Flores, para serviros, majestad.

Samantha le dio un codazo suave después de su exagerada reverencia.

—No es reina —murmuró—. Se dice mi señora, o milady.

—Milady —dijo Juani, para después mirar a Connor—. Milord.

Fue el conde quien habló esta vez. Y de pronto, su cara de aburrimiento cambió para mirar a Juani con interés.

—Es un placer teneros con nosotros, Juani —dijo, y estaba siendo sincero—. Espero que la velada sea de vuestro agrado.

—Lo es, milord.

—Lady MontRoig está muy agradecida con vos, Juani —intervino Becca—, pues ayudasteis a la señorita Mary Prudence en el

rescate de su amado gato.

—Oh, no hice nada, es todo mérito de la señorita que se tiró en plancha cuando le cayó del cielo —dijo Juani, con modestia.

—De cualquier forma, os apremio a que vayáis a conocerla, estará feliz de saludaros. Después encontraré tiempo para daros el caluroso abrazo que os merecéis.

Qué elegantemente nos despachan los condes, aunque, con la cola de limpiabotas que hay detrás nuestra, los pobres deben de tener ya el culo plano de estar sentados en sus tronos.

Samantha hizo otra reverencia, Juani la imitó, y ambas se dirigieron a la zona de los juglares, donde con total seguridad estaría Prudence con Bel.

No se equivocaron.

Cuando Juani vio a su amiga catalana, los ojos se le inundaron de lágrimas.

—Ay, mi vegana favorita… —se alzó las faldas del vestido y al verla se lanzó a sus brazos.

En un primer momento, Elisabeth se quedó quieta, estaba sorprendida. Pero instantes después sintió que debía devolverle el abrazo y ambas estuvieron largo rato unidas.

Cuando se separaron, la dama catalana la miró con sus ojos amorosos.

—Juani, ¿verdad?

—Ay, mi alma, que bonito es oír mi nombre de alguien conocido, que en realidad es una desconocida.

Bel rio, sin comprender absolutamente nada. Pero la ternura de esa gitana la emocionó y la hizo sentirse como en casa.

—No os falta razón, señora. No os he visto nunca y, sin embargo, siento que os conozco de toda la vida.

—Lo mismo me pasa a mí.

En ese momento llegó Duncan, o puede que ya estuviese ahí pero Juani no se había dado cuenta.

—Señora —la cogió de la mano y se la besó, galante—. Gracias por ayudar a salvar al gato de mi amada esposa. —Luego miró a Samantha y también besó su mano— ¿Cómo está vuestro hermano?

—Marcus está muy bien, en Escocia con su mujer. Pensamos en que pronto estarán de vuelta.

—A vuestro marido no le hará trata gracia como a vos.

—Desde luego.

En ese momento, Juani se preguntó por qué Samantha era tabernera siendo su hermano alguien tan rico y amigo de O'Brien.

Más adelante Sam se lo aclaró.

—Patrick y mi hermano jamás se llevaron bien, compiten por hacer el mejor whisky —dijo—, aunque el mejor es mío —le guiñó un ojo—. Soy la mujer más feliz del mundo. No todas las mujeres pueden presumir de tener una destilería en el sótano.

Claro que sí, guapi, una taberna llena de Whisky, lámparas y jarrones.

—Al fin os encuentro. —Era Prudence la que habló y ambas se voltearon hacia ella.

—¿Ya has encontrado a tu gitano azul? —preguntó Juani.

—No —respondió Prudence, haciendo un puchero.

—Tú tranquila que, seguro que está entre bambalinas, preparando su aparición estelar.

De pronto, la música empezó a sonar más fuerte y animada y todos los asistentes se apararon cuando los juglares se colocaron en el centro del salón.

—¡Es hora de bailar! —exclamó Samantha y la gitana empezó a buscar con los ojos a Allister. London hizo lo mismo, pero con su zíngaro.

Pero ese baile no le sonaba nada a Juani y se sintió algo insegura.

Los asistentes se colocaron en círculo, se tomaron de las manos y se iban soltando para luego ir formando líneas paralelas. Las flautas, los tambores y las gaitas marcaban el ritmo de los danzantes.

Juani sentía que se mareaba de tanto girar y buscar a Allister con la mirada, pero no lograba dar con él. Empezaba a desesperarse. Siguieron dando vueltas en círculos, separándose unos a otros para ir tocándose las manos. Varios caballeros la agasajaron y la buscaron en el baile y, cuando ya estaba totalmente desesperada y triste porque Allister no aparecía…

Apareció.

Y todos los demás se esfumaron como por arte de magia, quedando únicamente ella y él.

Las manos de ambos se juntaron, los ojos se cosieron y él la asió por la cintura antes de que ella perdiera el sentido y todo a su alrededor empezase a dar vueltas.

CAPÍTULO 14

Zíngaro VS Bastardo

Sólo cuando salió al jardín, Mary Prudence consiguió respirar con normalidad.

A medida que iba adentrándose en el cuidado rosedal, su corazón se iba calmando por momentos.

Sin una sola nube en el firmamento, la luna era la reina indiscutible de la noche y el aroma que desprendían las rosas que con tanto mimo cuidaba la señora de Killarney, impregnaba sus fosas nasales.

Se detuvo unos instantes y cerró los ojos para embriagarse con su dulzor.

A pesar de la belleza que la rodeaba, estaba desilusionada. Es era una emoción que aparecía cada vez que esperaba encontrarse con Diego, su juglar.

Pero de nuevo, el apuesto zíngaro del sur parecía no tener tiempo para ella y en esos momentos tenía los ojos húmedos a causa del incipiente llanto.

Negó con la cabeza y avanzó con decisión.

No lloraría.

Ya no más.

Se dedicó a pasear por el jardín, mientras se abrazaba a sí misma, como si ese gesto lograse reconfortarla.

La música sonaba lejana, como un eco alegre que la inducía a la nostalgia. Una noche como esa, su zíngaro la había besado en sus sueños. Desde entonces, Prudence había caído rendida a su amor. ¿Pero de qué servía recordar ese bonito gesto si no volvía a repetirse, si su amor no volvía a buscarla, ni se apiadaba de ella y de lo que sentía por él?

Algo la alteró, pues escuchó unos pasos tras ella.

Con el corazón suspendido entre la ilusión y la incertidumbre, se volteó y…

Una vez más, la decepción en sus ojos hizo que el corazón de la persona que tenía en frente, la que siempre iba en su busca, dejase de latir a causa del dolor.

Él también era preso del desamor y Prudence lo sabía.

—James —Pronuncio su nombre con cariño.

Y ese brillo de desesperación desapareció de súbito, como un rayo cuando sesga el firmamento y sus partículas se esparcen por la

atmósfera para dejar paso de nuevo a la oscuridad, que siempre lucían sus ojos negros como pozos.

—Mi reina —dijo James, tendiéndole la mano.

Prudence se acercó y, sin poder evitarlo, rodeó su cuello para sentir su calor reconfortante.

Era egoísta, sí, pero en esos momentos necesitaba el apoyo y el cariño de su mejor amigo.

—Oh, James… Soy tan desdichada…

Sir James a quien todo el mundo a sus espaldas apodaba el Bastardo, le devolvió el abrazo y sintió su calor.

Su fiel amigo James, era un temible guerrero, pero también la persona en quien más confiaba Mary Prudence. Absolutamente nadie, a excepción de él, conocía todos sus secretos, entre ellos, los humildes orígenes de la familia Hamilton.

Su hermano Owen, el poderoso mercader, tuvo que sacar adelante a su familia tras la muerte de sus padres, sin ningún tipo de apoyo, y lo hizo bien. Amasó una inmensa fortuna con el negocio de lana e importando ricas sedas de oriente y James, como hijo bastardo de lord Bayley-Smith, se crio en el mismo orfanato que él.

Nadie, jamás, a excepción de Mary Prudence, le dedicó una palabra de afecto, ni una sola caricia. Por eso James la amaba por

encima de todas las cosas y haría cuanto estuviese en su mano para hacerla feliz. Por hacerla suya.

Pero antes debía apartarla de… Diego Reyes Cortés.

Una sombra cruzó los ojos de James al pensar que el zíngaro trovador, no era más que un maldito espía de los reinos del sur. Uno, al que estaba a punto de hundir en la más absoluta miseria.

No, no debería haber osado posar su mirada en lo que más le importaba, su mejor amiga.

—¡Aparta tus sucias manos de mi dama!

Una voz los interrumpió y Prudence se apartó de James con rapidez.

Al darse la vuelta, se encontró con su príncipe zíngaro.

—¡Diego!

Mi dama, le había dicho, y lágrimas de alegría resbalaron por el rostro de Prudence.

Era un hombre tan apuesto que parecía esculpido por dioses paganos. Sus cabellos, largos y ondulados, negros como ala de cuervo, enmarcaban un rostro que bien podría haber sido el de un arcángel. Sus ojos, tan verdes como las praderas de Irlanda, miraban a James el Bastardo con violencia.

En ese momento, los dos hombres se acercaron el uno al otro, como si fueran dos ciervos a punto de chocar las cornamentas.

¿Qué podía hacer ella? ¿Decidirse por su mejor amigo, al que conocía desde la infancia, y que sabía, la amaba sin medida? ¿O debía rendirse al hombre que asaltaba sus sueños cada noche y la hacía temblar de pasión?

¿A quién escoger?

Su corazón no dudó ni un ápice.

—James —se dio la vuelta para mirarle, con una disculpa en los ojos—. Te ruego que nos dejes a solas.

Esta vez no fue el dolor, sino la rabia lo que apareció en los ojos del bastardo.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo ella sin vacilar.

—Pero, no me parece apropiado —Al ver los ojos de Prudence se dio cuenta de que no había nada que hacer. No quería dejarlos solos, sin embargo y como siempre, el caballero respetó su decisión.

Tras un sutil movimiento de cabeza, se marchó sin decir una palabra, dejando tras él un aura oscura y peligrosa.

Solo cuando la esbelta silueta de James desapareció entre las brumas que abrazaban los rosales, Prudence se dio la vuelta hacia

Diego.

Él caminó hacia ella y la tomó por ambas manos.

—¿Acaso ese bastardo os ha importunado?

Ella suspiró.

—Sir Bayley-Smith es mi fiel amigo y jamás me haría daño. Al contrario.

—Decidme pues, ¿qué debo hacer para borrar a ese hombre de vuestro corazón?

—Nada —fue severa con su mirada y su tono de voz—. James siempre formará parte de mí. Pero no es a él a quien amo, lo sabéis bien. No obstante, vos… —dejó caer las pestañas y ladeó el rostro, evitando sus ojos.

No quiso decirle que la había sufrir.

Diego aparecía y desaparecía a su antojo, haciéndola sentir como una muñeca de trapo en manos de un niño caprichoso, que la abandonaba en un rincón por meses para después buscarla con desesperación. Era doloroso, e injusto. E irritante.

Por el contrario, James daría todas las riquezas que había amasado durante largos años por una sola mirada suya. Pero el corazón no atiende a razones y Prudence hacía tiempo que había perdido el juicio por un hombre que no le daba lo que necesitaba.

Diego era consciente de lo que pasaba por la cabeza de su dama pero, lo que ella no sabía era cuanto la amaba y cuanto estaba dispuesto a sacrificar por su amor.

Su situación no era fácil.

El rey de Aragón no era alguien a quien se pudiera ignorar y lo había prometido con otra mujer. El deber y el amor luchaban en su interior. Sabía quién ganaría, pero necesitaba tiempo y, mientras tanto, la hacía sufrir.

Posó el dedo índice en la barbilla de Mary Pudence y la obligó a mirarle.

—Os amo, mi dama. Os amo como jamás he amado a nadie. Pero…

—Siempre hay un pero, ¿no es así?

—Lamento haceros daño, solo os pido que esperéis.

Sus ojos eran sinceros, pero no creía en sus palabras.

—¿Hasta cuándo?

—Lo desconozco, pero por mi honor, que llegará el día en que os tomaré como mi esposa.

No le creía, pero sí deseaba probar el sabor de sus labios.

Y sucedió.

Cuando cerró los ojos, él la besó. Y las lenguas danzaron el baile más antiguo del mundo. Diego la envolvió con sus fuertes brazos mientras Prudence se colgaba de su cuello y gemía de puro deleite.

No había nadie capaz de hacerla sentir así, ni lo habría jamás. No había nadie al que desease más.

De pronto, él detuvo el beso, apoyó la frente en la suya y con los ojos cerrados, acariciando sus pómulos con los pulgares.

—Ojalá algún d…

—¿Ojalá? —lo empujó, dolida, apartándolo de ella.

—Prudence…

—Cállate y vete, Diego Reyes Cortés —lo interrumpió, controlando la tentación de regresar a su boca y entregarse a él, en ese mismo momento.

—Escúchame…

—No quiero escucharte.

—Por favor…

—Vete, Diego y solo regresa cuando estés dispuesto a luchar por nuestro amor.

No pudo esperar a que él cumpliera la orden, se alzó las faldas del vestido y echó a correr, alejándose del hombre del que

estaba irremediablemente enamorada, mientras las lágrimas se despeñaban por su barbilla hasta perderse en la verde hierba del sendero.

CAPÍTULO 15

El despertar de la Juani

La mirada de Allister se quedó prendada a la de la Juani.

—Allister… —susurró la gitana.

Respiró hondo y después soltó el aire, poco a poco mientras se emborrachaba de la belleza masculina que tenía enfrente.

No se lo podía creer.

Ahí, frente a ella, estaba su apuesto y gentil caballero.

Jamás unos ojos la habían mirado igual. Jamás unas manos la habían tocado de semejante forma al bailar.

Él no apartó la vista de ella, y Juani podía ver pasión, dulzura, seguridad y la promesa de que jamás sería traicionada.

Era…

Perfecto. Maravilloso.

Y aterrador. El amor daba miedo, pensó Juani. Mucho.

De súbito, el sonido de la música, las risas de la gente y los cánticos de los juglares, se metieron en su cabeza, convirtiéndose en un remolino ensordecedor.

El pecho empezó a dolerle al respirar y sentía un fuerte nudo en la garganta.

Abrió la boca para gritar, para soltar la emoción que se le había acumulado en el pecho y amenazaba con hacerlo estallar.

Pero no pudo.

Se llevó la mano al pecho y sintió que todo daba vueltas a su alrededor.

—Mi señora, ¿estáis bien?

Abrió las pestañas para ver ese azul iris que tanto la tranquilizaba, pero instantes después, puso los ojos en blanco y su cuerpo cayó desplomado en brazos de su caballero.

***

Olía a rosas.

Se sentía arropada, ligera.

En paz.

—Mmmm… —murmuró la Juani.

¿Habría regresado de su sueño y ahora estaba en el hospital?

Abrió los ojos lentamente y en el techo de grandes vigas vio suaves destellos anaranjados, que bailaban sobre ella.

Comprendió que estaba en una habitación rústica, tendida sobre enorme cama sin dosel, pero con un mullido colchón digno de una reina. La cabeza se encontraba apoyada en un cómodo cojín de plumas. Se incorporó ligeramente y frente a ella vio el vivo fuego que desprendía llamas anaranjadas de una enorme chimenea.

Nerviosa, se sacudió para darse cuenta de que estaba en la habitación en la que se había hospedado en el futuro, en Killarney Castle. ¿Era posible que aún no hubiese despertado de su sueño medieval, o ya se encontraba en su tiempo?

—¿Becca? —susurró, con la esperanza de que ella estuviese allí.

Pero no fue a la amada de Connor a quien vio en la habitación.

Sino a Allister.

Gimió, al darse cuenta de que seguía en su sueño. Se le endulzó la mirada al verlo. Él vestía como la última vez que lo miró, en el baile del gran salón, con una camisa de lino entreabierta, unas finas calzas enfundadas en sus altas botas.

No era su Allister del futuro, pues aquí su cabellera lucía mucho más larga y los músculos de su cuello y hombros eran mucho más fuertes. Aquí no solo era un royal, sino un guerrero.

Suspiró.

Allister dormía sobre una silla de cuero con anchos brazos de madera y patas de león, con las piernas relajadas, ligeramente abiertas y su cabeza caía suavemente sobre su hombro izquierdo. El cabello de reflejos rubios y largo descansaba con gracia, cubriendo media frente y acariciando ese rostro celestial, esculpido por el mismísimo Miguel Ángel.

Ay Dios mío… Sálvame del pecado, porque este hombre está más bueno que los roscos de vino de Orihuela.

No pudo evitar gemir, y ese sonido hizo que las rubias y largas pestañas de su amor se abriesen para dejar ver unos ojos azules y brillantes.

—Tus ojos son dos faroles que iluminan mi camino, un día parpadeaste y me choqué contra un pino.

¡Ya basta de ser tan cursi, leñes!

—¡Mi dama! —exclamó Allister, al escucharla hablar.

Se levantó de la silla y caminó hasta la cama, donde Juani se tapó hasta la barbilla.

Leñes, ¿quién me ha puesto este camisón? No habrá sido él, ¿verdad? ¿Y si ha visto el calcetín en mi culo?¡Qué vergüenza!

Al verlo avanzar hacia ella, no pudo evitar pegarse contra el enorme cabezal de madera labrada, y golpearse sin querer la cabeza. La preocupación de Allister fue mayor.

—¿Has visto mi calcetín? —preguntó sin tapujos.

Él ralentizó el paso, pero al sentarse en la cama junto a ella le dedicó una cautivadora sonrisa.

—¿Vuestro calcetín?

—El que llevo tatuado en mis posaderas.

Se puso roja como una granada.

—¿Por qué lleváis semejante prenda tatuada en vuestras nalgas, mi dama?

Aiiish, si yo te contara. Pero no te lo puedo contar. Solo me faltaría explicarte que es un homenaje a tu persona.

—Es muy bonito.

¡Tú sí que eres bonico!

Juani alzó las manos para posarlas en sus mejillas y tirar de él. Deseaba besarle hasta dejarlo seco, pero no. No podía. No debía suceder.

Se apartó e inconscientemente se tapó con la manta hasta la barbilla.

—¿Estáis bien?

Va a ser que no.

—S… sí.

Antes de pararse a pensar en si mentía o decía la verdad, lo vio encararse hacia ella y…

—¿Qué hacéis? —preguntó la Juani con los ojos abiertos como platos.

Allister se subió de rodillas a la cama y gateó hasta ella.

—Nada, solo comprobar que estáis bien.

La cogió por la cabeza y hundió los dedos en su larga melena, que llevaba suelta, para masajeársela.

No pierde el tiempo, lord Calcetín.

—No parece que os hayáis golpeado con demasiada fuerza.

Si supieras que estoy aquí precisamente por haberme dado un porrazo en la crisma.

—Parece que todo está bien —dijo, más tranquilo.

No, no hay nada que esté bien, y mucho menos mi cabeza, especialmente cuando te tengo tan cerca.

Así era, el cuerpo de ese caballero casi cubría por completo el de Juani. Estaba a horcajadas sobre sus piernas, con las manos en su pelo y la perfecta boca demasiado… cerca de la suya.

Me falta esto para comerme el rosco de vino de Orihuela, aunque así de cerca parece más un roscón de reyes.

El corazón de la gitana latía con tanta fuerza que temió que el castillo se derrumbase, como si estuviese hecho de naipes.

Tenía que quitárselo de encima, o de lo contrario…

—Por favor… —gimió, apoyando las palmas de las manos en su pecho, cálido y suave—. Será mejor que te quites o…

O no respondo.

—Juani, yo…

La miraba de tal forma que le resultaba muy complicado resistirse.

—Allister…

Pero esto es un sueño, ¿no? Además, el beso de amor me hará despertar, como la Blanca Nieves. Además, no pasa nada si…

Sin embargo, como el caballero que era, se apartó al darse cuenta de que temblaba como una hoja.

—Lo lamento —se disculpó—. Lamento haberos asustado. Jamás fue mi intención dañaros.

—Si asustada no estoy —*más bien estoy más cachonda que una mona, y como no salgas de esta habitación, me empacho contigo.*

Vio, desolada, como se bajaba de la cama y se volvía de espaldas para marcharse.

¡Por todos los rosarios que me ha comprado mi vieja en el mercadillo, no te vayas!

—Allister —lo llamó, pero enseguida se lo pensó mejor.

O sí, mejor vete, porque estoy a punto de enviar a la mierda mi auto control.

Allister dio un paso, y luego otro. Pero se detuvo frente a la puerta.

Apretó los puños y… Se volvió hacia ella.

—No puedo marcharme sin deciros cómo me siento.

Madredelamorhermoso, de esta no me libro.

—No sé qué clase de hechizo me habéis lanzado, pero mi corazón late por vos. Desde el primer instante en que os vi, supe que estabais hecha para mí.

Ay, mi madre ¿Cómo le explico a este buen hombre que estamos es un sueño, y que nada de esto es real?

—No digas nada más —dijo Juani, poniéndose seria.

—No puedo callar. Necesito ser sincero conmigo mismo —dio algunos pasos hacia ella—. Es difícil de creer, pero llevo toda la vida soñando con vos. Os acabo de conocer, pero os amo. No lo comprendo, pero así es. Os ruego que no me rechacéis.

Ay, mi madre, sus ojos son tan sinceros que temo que si vuelvo a darle calabazas, lo mataré del disgusto.

—Yo… —*¡Cállate, Juani!*—. Yo no te rechazo, Allister—. La esperanza apareció en sus ojos azules—. Pero… también debo ser sincera. Y tengo miedo.

—Jamás os haría daño.

—Lo sé.

Él avanzó otro paso, y Juani se iba derritiendo por momentos.

—Os prometo que, si aceptáis ser mi esposa, jamás volveréis a tener miedo de nada ni nadie.

Ay… me acaba de pedir matrimonio en sueños… ¿Y ahora qué le digo?

—Allister, yo… Yo no puedo casarme con un hombre al que acabo de conocer.

Técnicamente no era cierto, pero en el sueño sí. Y él pareció comprender, pues asintió.

—Lo entiendo, es lógico. Aunque muchas parejas se han conocido el día de su boda.

Leñes, pues eso era verdad en la Edad Media.

—Ya, pero…

—Prometedme que os lo pensaréis.

—Eso… eso sí —dijo la Juani, aunque no sabía muy bien de donde salía esa promesa—. Me lo pensaré.

—Bien. Entonces, si os encontráis mejor, me marcho. Descansad, me aseguraré de que no os pase nada.

Hizo una sutil reverencia con la cabeza y antes de mirarla con intensidad unos segundos, se dio la vuelta para marcharse.

Ay, que se va.

Dio varios pasos más.

¡Madredelamorhermoso, que se quede!

Puso la mano sobre el pomo de la puerta y…

—Quiero que esta noche me hagas tuya.

¡Toma ya! Pero Juani, ¿de dónde han salido esas palabras?

Ni ella misma daba crédito.

Él se detuvo, y se giró. La miró con deseo y al mismo tiempo con incredulidad.

—Pero…

—Esto… si voy a casarme con vos, antes he de cataros.

Dios del amor bendito, ¿Cómo he sido capaz de decirle semejante burrada? Ya te vale Juani, te pierdes en las arenas del tiempo y ya lejos de tus abuelas pierdes todo decoro.

Se santiguó al pensar en sus abuelitas.

Perdones. Pero como esto es un sueño, puedo decir y hacer lo que quiera, ¿o no?

Asintió como dándose coraje.

En fin, el Cortés no existía ahí, no era viuda, técnicamente, pero si estaba locamente enamorada de ese caballero, ¿qué había de malo en soñar con él, en besarlo, en hacerlo suyo?

Juani, esta es tu última oportunidad. Solo aquí tendrás valor para…

—Encamémonos.

Allister abrió la boca, sin entender lo que esa preciosa y a la vez extraña mujer, acababa de decirle.

—¿Acaso me ponéis a prueba?

La Juani tomó la manta de la cama y la hizo a un lado, luego palmeó el colchón.

—Chico, esta princesa gitana nunca ha rogado por la compañía de varón alguno, así que… ¡Al lío!

Él vaciló, pero la Juani insistió.

—Ven a la cama, Allister. Y tómame como si no hubiese un mañana.

CAPÍTULO 16

Catación

—¿Estáis segura?

Juani no respondió, pero al ver su vacilación al aceptar la invitación, fue ella quien sacó los pies de la cama y se puso en pie, muy lentamente.

Allister tragó saliva al verla en pie frente a él, con una única prenda cubriendo su desnudez.

El camisón de fino hilo blanco delineaba su figura a contraluz. Las llamas de la chimenea parecían lamer su piel morena, y a Allister se le secó la garganta.

Los cabellos, largos, sueltos y de suaves ondas, caían en cascada tras su espalda hasta sobrepasarle la cintura y casi rozarle las nalgas.

¡Era una belleza!

Proyectándose sobre los negros mechones, las llamas de la chimenea parecían dar fuego a su melena.

—Allister —lo llamó. Pero no le dio tiempo a que reaccionara.

Cuando quiso darse cuenta, la Juani avanzaba descalza hacia él, con la lentitud, elegancia y seguridad que ostentaría una reina, con sus ojos negros de hechicera clavados en los suyos.

Esa mujer era la exquisitez absoluta, la reencarnación de una diosa pagana. Un ser de delicada apariencia pero que, al mismo tiempo, mostraba la fuerza de una tormenta.

—Jamás, en toda mi vida, he estado más segura.

En realidad, el interior de la gitana temblaba, como una hoja azotada por el viento, pero ya no había duda de lo que estaba a punto de hacer.

Le entregaría su cuerpo.

No, no solo su cuerpo. También su alma y todo su amor.

Era un sueño, su sueño, ¿por qué debería avergonzarse ante nadie por vivir aquello?

Se había decidido, haría realidad su sueño de estar entre los brazos de Allister, aquellos brazos que, al envolverla, ella sentía que estaba en su hogar.

Decidida, tomaría de él lo que el destino estuviese a bien darle.

—Nunca he conocido a una mujer más hermosa —dijo el caballero, con voz entrecortada—. Me habéis embrujado.

Ella se detuvo a escasos metros y alzó las manos.

—No es brujería. Es amor.

Y sin apartar la mirada de él, empezó a deshacerse el lazo del camisón.

Allister dejó vagar su mirada por encima de su cuerpo, aún escondido por la fina tela. Cuando el cuello quedó totalmente abierto, la prenda se deslizó por su cuerpo hasta caer al suelo en un suave murmullo.

Quedó totalmente desnuda frente a su hombre.

Por extraño que pudiera parecer, no se sintió vulnerable, ni insegura, al contrario, se sintió deseada y poderosa.

—Soy tuya, y siempre lo he sido, Allister.

—Oh, mi señora… Yo también, yo también soy vuestro.

—Tómame y haz conmigo lo que te plazca.

Los ojos de ese hombre la acariciaron, honrando cada centímetro de su cuerpo. Se acercó a ella y posó las manos en sus hombros.

Juani estiró el cuello y mientras las encallecidas manos de su caballero recorrían sus brazos, hombros y rostro, empezó a desatarle la camisa.

—Eres tan suave…

Mientras sus manos seguían acariciándola, Juani le quitó la prenda por la cabeza y la dejó caer al suelo. Se mordió el labio inferior y soltó un gemido al ver su torso desnudo.

—Buen Jesusito de Pina. —Puso las manos en su pecho y lo acarició—. Estás tremendo.

—¿Eso es bueno? —preguntó él con la esperanza de que así fuera.

—Sí —Juani se mordió el labio inferior al contemplar como su pecho estaba mucho más hinchado a causa del buen ejercicio de caballero, y como sus abdominales…— Eres como una tableta de chocolate. Solo quiero empacharme de ti.

Él le sonrió.

No entendía muy bien sus palabras, ni sabía qué era el chocolate, pero sí sabía que por su mirada cargada de deseo, era algo bueno.

—Eres el hombre más sexy del mundo, Allister.

Recorrió sus pectorales, y fue bajando por la cresta de sus abdominales. Al llegar a sus calzas, él gimió.

—Juani —susurró, mientras se las bajaba con cuidado. Cuando las tuvo por los tobillos, él la ayudó a quitárselas.

No se sintió avergonzada, ni lo más mínimo. Era tal el deseo que brillaba en su mirada que se olvidó de todo, vergüenza y pudor incluidos.

La Juani no bajó la vista, seguía mirándolo a los ojos, aunque lo tenía completamente desnudo frente a ella.

Aún no se habían besado, pero seguían tocándose, el uno al otro.

Allister la rodeó con los brazos y se acercó, pegándose contra su cuerpo. Juani pudo notar su potente erección sobre su vientre. Era tan alto, que sus partes íntimas la rozaban por encima del ombligo.

—Aisssh, *maremia*. —Gimió por la expectativa, cuando las fuertes manos subieron hasta su nuca y se hundieron en su melena.

—Tus cabellos, tus ojos, tus labios y tu piel… Toda tú, me embriagas —hundió la nariz en ellos y aspiró su aroma—. Hueles a… flores. A azahar.

Conocía ese aroma. Había estado, en Valencia. Esa mujer era cálida como el sur y al mismo tiempo, refrescante como las aguas del río. Olía a primavera y… en cuanto la probara, supo que sabría a miel de romero.

Ansioso, con la boca buscó su rostro.

Ella echó la cabeza hacia atrás, entreabrió los labios y soltó un hondo gemido cuando los dientes de Allister mordisquearon el lóbulo de su oreja. Acto seguido sintió su lengua acariciándole el cuello y se le erizó el vello.

—Jamás…, ah… —jadeó, temblorosa y con voz entrecortada —, jamás he sentido nada igual, Allister.

—Tampoco yo, mi reina —respondió, mientras repartía besos por su mejilla hasta que finalmente alcanzó su boca.

Desnudos, abrazados y entre caricias, unieron los labios en un beso tierno y suave.

No había prisas, ambos llevaban meses, años, la vida entera deseando ese momento, e iban a disfrutarlo lentamente, iban a saborearse, a sentirse, a deleitarse. Hasta quedar saciados.

La lengua de Allister era cálida, sus dientes mordisquearon el labio inferior mientras las manos rugosas por el uso de la espada, grandes y fuertes, capaces de matar en la batalla, la acariciaban con ternura y delicadeza.

Juani también sentía el irrefrenable impulso de acariciarlo.

Su piel era suave y tibia, deslizó los dedos por los músculos potentes de sus brazos, siguió por el cuello, recorrió su clavícula hasta llegar al pecho.

Él gimió contra su boca y el beso se hizo más urgente cuando las delicadas manos de la gitana bajaron más abajo. En ese instante, detuvo el beso y apoyó la frente contra la de ella.

—Os necesito, mi hermosa princesa. Os deseo como nunca he deseado a otra mujer.

—Pues tómame, Allister. Soy tuya.

En un rápido movimiento la alzó en volandas, como si pesara menos que una pluma y con tres largas zanjadas avanzó hacia el lecho sin apartar los ojos de los suyos, prometiéndole con la mirada el placer más exquisito.

La depositó con cuidado sobre el colchón de lana y por unos momentos se deleitó con la sublime imagen que era ella tendida sobre el lecho.

—Eres un sueño. Mi sueño.

En verdad lo era, bella y sublime, como la más hermosa de las visiones.

La larga y ondulada melena, oscura como la noche, se desparramaba en el almohadón como un abanico. La piel morena de su perfecta figura se recortaba sobre las blancas sábanas. Sus senos subían y bajaban, a causa de su agitada respiración, temblaban con cada movimiento y sus pezones erectos prometían el paraíso.

Juani observó a su hermoso caballero.

Su cuerpo era perfecto.

Deseó hundir los dedos en los abundantes cabellos, largos hasta rozarle los hombros. El rostro era hermoso y nunca unos ojos la habían mirado con tanta adoración.

Sin poder evitarlo, fue bajando la vista hasta posarse, al fin, sobre su enhiesta virilidad. Eso hizo que se sonrojara como una fruta madura y se mordiera el labio inferior.

—Allister… —jadeó, acariciando las sábanas con la mano, para después cerrar el puño.

Animado por la sutil invitación, lo vio subirse a la cama, y se colocó sobre ella.

Gimió al sentir de nuevo el calor de su piel y la dureza de sus músculos. Una vez más, los labios masculinos capturaron los suyos y la besó, pero esta vez fue distinta. El beso era urgente, apasionado. Abrió las piernas, rozando con insistencia la suave piel de las pantorrillas con sus pies, ansiosa por recibirlo en su interior.

Pero… eso no pasó.

Su caballero estaba dispuesto a seguir torturándola.

—Voy a darte placer, mi reina —susurró contra su boca y poco después fue bajando hasta capturar un seno con su boca.

Juani gritó al sentir la lengua de Allister trazar círculos en su aureola izquierda, al tiempo que con los dedos masajeaba el otro seno. Mordisqueó, chupó y lamió, una y otra vez, para después dedicar toda su atención al otro pecho. Mientras tanto, con la mano fue acariciando la piel femenina, el costado, la cadera, subiendo hacia el vientre para rodear con el dedo índice su ombligo.

Ella se arqueó cuando la boca masculina empezó a descender y a seguir el camino de su mano. Con los dedos, separó los suaves y húmedos pétalos de su sexo y acarició el clítoris con suavidad.

La miró a los ojos mientras le abría las piernas y acariciaba el interior de sus muslos. Sintió cómo su hombría se hinchaba como nunca antes.

Al sentir que esta vez era su lengua la que separaba sus labios inferiores, Juani gritó y hundió las manos en su pelo para tirar de él con suavidad.

—Aaah.

Rodeó su punto de placer, con lentitud, para después aumentar el ritmo, detenerse de súbito y volver a empezar de nuevo. Al mismo tiempo introdujo un dedo, y luego otro. Con los labios succionó el clítoris mientras con la lengua lo frotaba.

—Por todo lo que es sagrado… jamás pensé que esto pudiera ser tan bueno.

La Juani se retorcía sobre el colchón de lana, gimoteó de placer ante cada toque de Allister y cada roce de su lengua.

Estaba segura de que el clímax estaba cerca, iba a sucumbir de un momento a otro.

Su piel vibraba como las cuerdas de una guitarra al ser tocada por el más diestro de los músicos.

No tardó en sentir la primera oleada acariciando la arena de la playa, para instantes después desatarse el temporal, chocándose contra las fuertes rocas.

Victorioso, Allister desanduvo el camino con la boca y, nuevamente, regresó a sus labios. La miró a los ojos, sonriente, sabedor de su victoria. Pero no había terminado, ni mucho menos.

Notó las manos femeninas sobre sus nalgas y como sus uñas le instaban a adentrarse y, sin dejar de mirarla a los ojos, se dispuso a unirse a ella.

Movió las caderas con suma lentitud.

—Aaah… —ella jadeó con la boca abierta y mirándolo con fijeza, como si no quisiera perderse nada de lo que estaba sucediendo.

Él se deleitó con el color profundo de sus ojos y siguió pujando hasta deslizarse en su interior.

Juani abrió la boca y soltó un hondo gemido al verse invadida por su largo y grueso miembro. Eso, y la pasión y el amor que podía ver en sus ojos azules, la hizo sentir que le sobrevenía otro orgasmo.

—¡Allister!

El placer se fue intensificando cuando él empezó a moverse en su interior. Se sentía completa, nadie la había adorado nunca tanto.

Como si una muestra de ello se tratara, las palabras del caballero salieron con una sinceridad abrumadora:

—Os amo —susurró Allister contra su boca—. Os amo como el cielo al sol, y como la noche a la luna.

Se agarró con fuerza a sus hombros mientras él la sacudía con fuerza. Estaba a merced de sus envestidas. A merced de su amor.

—Yo… tamb… Te amo.

Juani se retorcía bajo el fuerte y duro cuerpo de su caballero. No era capaz de apartar los ojos de él. Era la viva imagen de un ser celestial. Fuerte, poderoso, magnífico.

Allister se movía sobre ella con la delicadeza de una hoja y al mismo tiempo con la potencia del hierro.

De pronto, aumentó el ritmo y ella alzó las rodillas para entrelazar los tobillos en su espalda, atrayéndolo hacia sí.

—Más… ¡más rápido! —exigió, clavándole las uñas, esta vez en sus fuertes hombros.

A cada momento lo notaba más duro, más ancho, más potente.

El placer que le estaba dando ese hombre no lo había sentido jamás, ni en sus sueños más húmedos.

—Juani —jadeó, mientras su cuerpo temblaba—, estoy a punto de…

—Ahhh —gritó ella, al sentir una tercera ola de placer.

La acalló con un beso largo y profundo, introduciendo la lengua, explorándola, al tiempo que el sexo de ella pulsaba y lo engullía.

Gritó contra su boca, la abrazó con fuerza y la penetró más y más adentro.

Hasta que le sobrevino el máximo placer conocido.

Los cuerpos sudorosos siguieron meciéndose, con más calma, con besos húmedos y dulces.

Allister apoyó su frente contra la de Juani, todavía unidos, siendo uno solo.

Cuando todo hubo sucedido y los latidos de sus corazones se fueron acompasando, se quedaron quietos.

Se miraron a los ojos, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Segundos después, él besó su frente, sus ojos y la punta de su nariz para regresar a sus labios. Allister sabía que esa mujer era el único camino a recorrer, esos labios gruesos y jugosos, su único destino.

No salió de su cálida y húmeda feminidad, sino que empezó a moverse de nuevo, primero con suavidad y después con exacerbada pasión.

Hasta el nuevo amanecer…

CAPÍTULO 17

Barbacoa Time

A la mañana siguiente, un enorme chorro de luz atravesó los cristales biselados de la ventana para acariciar la piel de los amantes, que yacían desnudos y enredados el uno con el otro, entre sábanas de lino.

La noche había sido intensa y maravillosa, y ambos habían quedado rendidos en brazos de Morfeo poco después de la salida del sol.

Antes de abrir los ojos, Juani sintió el calor que desprendía Allister, su hermoso caballero de brillante armadura yacía boca arriba y la cabeza de Juani, descansaba sobre él, apoyada en su pecho. Podía escuchar su corazón, ahora pausado y sentía en la frente el cálido aliento de su suave respiración. Uno de sus fuertes brazos rodeaba su cintura y la otra mano descansaba sobre el vientre, entrelazada con la suya.

Jamás, en toda su vida, se había sentido tan dichosa, tan en paz consigo misma y con el resto del mundo.

Por un momento pensó que se avergonzaría, que se sentiría culpable, pero ese momento no llegaba. Aún estaba suspendida en una nube de paz y amor. El amor infinito que le había brindado su caballero.

Suspiró de placer, deleitándose con su calor.

Hasta que unas palabras le asaltaron la mente: quizás con un beso de amor verdadero, vuelvas a casa. Las palabras de Rosalía, lejos de ayudarla, la mortificaron.

Lo que había pasado en aquella cama, era amor. Estaba segura. Entonces… ¿por qué no había vuelto a su mundo?

Se incorporó sobre un codo y miró a Allister.

No, seguía junto a su amado y aunque no se arrepentía… recordó que aquel no era su sitio.

No era su mundo.

Pero, por unos instantes, se permitió desear que ese momento durara para siempre.

Ansió no despertar jamás de su sueño, y quedarse en aquella época.

Por siempre jamás.

Siguió mirándolo y levantó aún más la cabeza con cuidado de no despertarle.

Él aún le sostenía la mano, no se quiso soltar de ella y lo contempló, emocionada, con los ojos empañados de súbito, a causa de la hermosa visión que él proyectaba.

Era tan hermoso… tan bueno. La nobleza y el honor estaban siempre presentes en su rostro y en cada uno de sus actos.

En esos momentos lucía una expresión de paz y una ligera sonrisa de satisfacción y amor asomaba en sus perfectos labios. Deseó besarlos, hacerle el amor como la pasada noche, pero no lo hizo.

El pelo estaba revuelto y le rozaba el pómulo. Soltó su mano con cuidado y le apartó el mechón, deleitándose con la suavidad de su rostro.

El deseo regresó y su imaginación empezó a fluir.

¿Y si le doy los buenos días con un beso? Él responderá con su voz sensual, que siempre me estremece con un: Eres preciosa.

Luego me rodeará con sus fuertes brazos y me atraerá de nuevo hacia él. Los labios se unirán y nuestros cuerpos volverán a entrelazarse, encendidos de pasión.

Su lengua me conquistará y gemiré contra su boca cuando él se dé la vuelta sobre sí mismo para cubrirme con la inmensidad de

su cuerpo. Entonces, sentiré la acuciante necesidad de entregarme de nuevo a él y…

No querré despertar de este sueño tan cursi.

Él se movió, hizo un ruido sexy y después suspiró.

Juani aguantó la respiración cuando él se dio la vuelta, mostrándole su espalda.

Es mi oportunidad.

Debo marcharme ahora, o de lo contrario no lo haré jamás.

Salió de la cama con sumo cuidado y después miró en derredor. Buscó sus ropas con la mirada, pero no las encontró.

Había hecho el amor con Allister, era hora de ir a las piedras. Si Rosalía tenía razón quizás el amor la haría regresar, y si no era así… pues se estamparía la cabeza contra la rama de un pino y que fuera lo que Dios quisiera.

No podía permanecer ni un minuto más allí, porque de lo contrario no se largaría jamás.

Me cago en la mar salá, se dijo buscando sus ropas. No las encontró, pero sí su camisón, tirado en el suelo.

Se llevó las manos al mentón.

Piensa, Juani. Que pa algo tienes la cabeza.

A ver, ayer me desmayé en el salón al ver a Allister. Joe, qué cursi, pero así fue. Entonces, quien quiera que fuera que me trajo hasta aquí, es quien tiene mi vestido. Y ese seguro que es Allister.

Echó un vistazo a su caballero y volvió a morderse el labio cuando su mirada se quedó centrada en su redondeado trasero.

¡Perfección!

Resopló, reprendiéndose a sí misma y volviendo a ponerse en marcha.

Buscó su vestido, pero no lo encontró.

Mierda… No puedo pasearme por la Edad Media en camisón. Se pensarán que soy una pilinguis y mi integridad correrá peligro.

De pronto, sus ojos volaron hasta la ropa de Allister, que estaba cerca de la chimenea.

Ay, pobrecico… no seré capaz…

Mientras le pedía perdón mentalmente, se ponía sus calzas, que por supuesto le quedaban mucho más holgadas que a él. Tuvo que hacerse dos nudos al cordel para sujetarlos bien y que no se le cayeran. También la camisa le quedaba enorme, parecía un vestido.

Joe, parezco el enanito mudo de Blancanieves.

Se encogió de hombros después de coger las botas y mirarlas con interés. Le quedaban gigantes, pero menos era nada. Se las

llevaría también.

Genial, pareceré un payaso de circo.

Al encaminarse de puntillas hacia la salida, se encontró con un gorro espantoso de lana, colgado en la pared, escondió sus largos cabellos en él y antes de salir por la puerta, descalza y con las botas en la mano para no hacer ruido, miró a su amado caballero por última vez.

Su corazón se olvidó de respirar al darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer, pero… no quedaba otra.

Debía ir donde las piedras empalmadas y regresar al futuro.

***

No le resultó difícil salir del castillo de Connor. Lo conocía bien, pues había estado alojada en ese mismo lugar en el futuro.

No se cruzó con nadie, pues todos estaban durmiendo la mona en algún que otro rincón.

Recordó un pequeño corredor que daba a una puerta a los jardines traseros, que comunicaba directamente con la torre en la que se encontraba, y se encaminó hacia allí.

Cuando hubo salido de la fortaleza, tomó aire antes de echar a correr hacia el bosque mientras pensaba en el pobre Allister. Se sentiría totalmente decepcionado después de ser abandonado sin más y encima, también le había robado la ropa.

Es tan buen chico que lo entenderá.

Ay, pobrecico, qué mala soy. Se iba lamentando la Juani.

Tampoco me he despedido de mis brillis medievales… soy una bruja mala y rastrera. Aunque… ¿dónde estará Taylor? Todo hubiera sido más divertido con ella.

Siguió avanzando y por un momento pensar en sus amigas las brillis, que la habían acompañado en tantas aventuras, la distrajo de la traición que estaba cometiendo contra Allister. *Pobrecico mio, pero ya me disculparé de todos en el futuro, si es que regreso.*

Una vez se adentró en el bosque, libre de cualquier mirada indiscreta, empezó a caminar despacio.

Las botas le venían enormes. *Desde luego, ni Fofito tenía tanto arte*. Se le salían a cada paso si no iba con cuidado.

Ay, espero no encontrarme de nuevo con el gorrino, porque así no puedo correr.

Pero no fue con el animal con quien se topó.

Sino con unos cochinos más feos y peligrosos que el jabalí.

—¡Anda, si sois los atapuercos!

***

Los tres hombres la miraron con cara de pocos amigos. Juani no podía tener más mala suerte, pues eran los mismos que habían intentado quemar a London por bruja.

—¿Qué acabas de decir, muchacho? —preguntó el más feo, amenazante.

—Esto…

Fue entonces cuando la Juani se dio cuenta que la habían confundido con un muchacho, y entonces decidió actuar como tal.

Se subió las calzas debajo de los sobacos. La camisola que le había quedado como un vestido, tuvo el buen tino de metérsela dentro de las calzas, al menos así parecía una camisa, aunque su barriga era la de un monje cervecero.

—Ei, colegas, ¿cómo vais? —Juani puso voz grave para no delatar que era una mujer.

Sorbió por la nariz e intentó formar un gapo. Cuando escupió en el suelo, no lo hizo con demasiado arte. Mira que de niña había practicado, pero ahora solo consiguió que un hilillo de baba se proyectara hacia el suelo y le quedara colgando.

Mierda, muy masculina no pareces. ¿Qué hago? Sí, ya sé.

La Juani empezó a andar con las piernas separadas y al ver que los hombres la miraban con extrañeza, se rascó los huevos, o al menos la zona donde deberían haber estado de ser un hombre, a menos uno que no fuera eunuco.

—Soy Juan… Juano. Me llamo Juanjo. —*Ahí te visto rauda y veloz, Juani*—. Estoy de viaje, y busco el poblado de Atapuerca. Buenos mozos, ¿acaso sabríais decirme donde se halla?

Los tres tipos la miraron de arriba abajo, como si ese muchacho estuviese loco.

—No sabemos dónde está ese sitio.

—¿Y Altamira? —se quedó pensativa—. Al parecer cromañones, pensé que sabríais donde está Altamira, o el Capitolio de Washington. Lord Chetos os recibiría con los brazos abiertos.

—¿Quién es ese?

—Podría ser perfectamente vuestro amo y señor.

—No somos lo que dices, ni conocemos a ese señor.

—¿Qué dice este patán? —preguntó el más joven, sin entender a qué se refería la Juano.

—¿Estás bien, niño? —preguntó otro que pensaba que era tonto.

—Se, se —sorbió de nuevo por la nariz. Entonces se le ocurrió una idea—. Estaba yo aquí, por estos lares de Dios, y una bruja gitana empezó a zizagear entre los árboles.

—¿Una bruja? —Todos lo miraron con interés.

—Seeee. Llevaba… llevaba…

—¿Qué llevaba?

Y yo qué sé, ¿qué llevan las brujas?

—Un bebé.

—¿Un bebé?

—No sé, colgando en una mano. —*En serio Juani, al infierno que vas*—. No, un bebé no. ¡Una escoba!

Mucho más coherente Juani. ¿Qué coño va a llevar colgando de una mano un bebé?

—¿Una escoba?

—Seeeee —dijo, escupiendo de nuevo y esta vez casi se pone a aplaudir al ver que no se le había quedado colgando de la barbilla —. Y se ha puesto a volar.

Los tres hombres la miraron con los ojos abiertos como platos.

—¿Lo dices de verdad?

—Seee —asintió con énfasis—. No es la primera vez que veo brujas, ¿sabéis? Por aquí hay un par… Deberías ayudarme a recoger ramitas y cuatro troncos para hacer una hoguera.

—¡Hay que quemarlas! —gritó un atapuerco.

—¡Barbacoa Time! —gritó la Juani exaltando los ánimos—. ¡A por las brujas!

—¡A por las brujas! —gritaron todos al unísono.

—Mirad, corred por ahí —señaló un claro del bosque—, y yo por ahí. Vamos a buscarlas y mientras recoged palitos y hojas secas, que la barbacoa no se hará sola.

Dicho esto, se dio la vuelta, con tanta mala suerte que el lazo que sujetaba sus calzas se deshizo y quedó con el culo al aire cuando estas cayeron hasta los tobillos. En un intento de sujetárselas, solo se sujeto la camisa y quedó con to el chumino al aire.

—¡Es una mujer!

—No, no —negó la Juani—. No podéis asegurar eso, no es correcto.

Uno le señaló el chichi.

—Eres una mujer.

Ella se levantó las calzas.

—No necesariamente, quizás —dijo, con la voz que ponía su maestra de párvulos—, quizás sea un hombre que ha nacido en el cuerpo de una mujer. No sois quien para etiquetarme.

Los tres hombres se miraron entre sí.

—N… no pasa nada —empezó a dar pasos hacia atrás, viendo los rostros amenazantes de esos tres—. Ya me voy.

—¡A por ella! —dijo el de en medio, el más larguirucho.

—Habrá robado esas ropas de hombre.

El tercero asintió.

—¿Robar yo? —Se ofendió Juani, mientras seguía dando pasos hacia atrás—. Lo único que he robado en mi vida ha sido una muestra de lápiz de ojos en el Mercadona de Benidorm y de eso hace ya mucho tiempo. Además, la devolví.

—Un momento —dijo uno de ellos—. Su cara me suena.

—Oh, no lo creo —dijo ella—, para mí que te has confundido, buen hombre.

—Estoy más que seguro que es la bruja del otro día, la que invocó al jabalí.

Joder, y ahora resulta que hasta tenía poderes mágicos y podía invocar gorrinos.

—Pues si quieres, tío chungo, lo vuelvo a invocar, que tengo mucho poder brujeril.

Esta vez las amenazas de Juani no surtieron su efecto, y los tres tipos se abalanzaron sobre ella.

—¡Quemad a la bruja! —gritó el más feo—. Esta vez vamos a quemarla y no habrá gorrino que lo impida.

Mierda.

—¡Tú sí que eres un gorrino, gilipollas!

Juani echó a correr con todas sus fuerzas y los atapuercos empezaron a perseguirla.

CAPÍTULO 18

Corred insensatos

La Juani corrió como si no hubiera un mañana, pero con las calzas en las manos y la camisa que se le resbalaba hasta más debajo de las rodillas, era imposible correr en condiciones.

Zigzagueó entre los árboles, pero los cromañones, no tardaron en alcanzarla.

—¡La tenemos! —dijo uno, quitándole el gorro.

Los cabellos largos y ondulados se desparramaron por su espalda, agitándose mientras Juani se revolvía.

—¡Quitadme las manos de encima, apestosos!

—¡Es la bruja! ¡Es la bruja zíngara! —gritó uno victorioso al confirmar que era ella— ¿Dónde está tu amiga? ¿Y el gato satánico?

—¡Tú si que eres Satanás, gorrino!

Juani siguió forcejeando, pero era inútil, esos tres eran más fuertes. Apretó los dientes y su cerebro empezó a funcionar a toda velocidad. Con lo bien que se había despertado esa mañana y ahora

tenía que lidiar con esos. No quería morir en la hoguera, aunque oye, igual así se despertaba al fin.

Resopló hecha una furia cuando los tres tipos la levantaron del suelo donde la habían tirado. Uno de ellos sacó una cuerda de su alforja. No hacía falta ser un genio para saber que iban a atarla a un tronco y a prenderle fuego.

—¡Malditos fantoches! —gritó furiosa— ¡Sí, soy la bruja zíngara, y como no me dejéis en paz, os soltaré más maldiciones!

—Ya no te tenemos miedo, bruja. Acabaremos con el trabajo que empezamos hace dos días y esta vez no escaparás.

Era solo una mujer, esos tres hombres no iban a hacerle ningún caso. Los atapuercos, solo reaccionarían ante la amenaza de otro atapuerco. Eso era así, en el siglo XIII y en el siglo XXI.

—Pensáoslo mejor, soy amiga del conde de estas tierras y como se entere de lo que me estáis haciendo, os cortará la cabeza.

—¿Qué es un conde? —dijo uno.

—¿Habla de O'Brien? —preguntó el otro.

—O del Shire Reeve.

—Sí, todos ellos son amigos míos, y como digo, os cortará las cabezotas que tenéis y las pinchará en un palo, una detrás de otra, como un pincho moruno.

Eso pareció surtir algo de efecto, porque de repente la soltaron.

Ella se dio la vuelta y empezó a reír.

—Eso, así me gusta, que entréis en razón. —Puso los brazos en jarras—. No sois tan tontos, a fin de cuentas.

Pero no era de ella de quien se habían asustado los atapuercos.

Justo en ese instante, los cascos de un caballo al galope irrumpieron en el sendero y no tardó en hacer acto de presencia un caballero.

Juani se dio la vuelta y vio a su amado, sobre un caballo blanco, galopando hacia ella espada en mano.

—¡Allister! —gritó, dando palmas y saltitos— ¡Aquí!

Estaba encantada de que su príncipe azul acudiera al rescate.

¡A la mierda mi feminismo! Si es que… Pero en verdad no podía estar más contenta.

Él la miró con dolor en el rostro por unos instantes, hasta que ese brillo se transformó en rabia al posar los ojos sobre los tres rufianes.

—Dejad en paz a mi dama, villanos, si no queréis probar la hoja de mi espada.

Los tres hombres se apartaron, intentando huir en todas direcciones y chocándose entre ellos.

Al ver que no tenían escapatoria, los tres se arrodillaron a la vez, juntaron las manos y empezaron a rogar clemencia.

—No nos hagáis daño, caballero.

—Ensártalos, Allister, que sepan lo que es bueno.

Allister enarcó una ceja, pero al final claudicó.

—Está bien, los ensartaré.

—Como una aceituna —se rio la Juani. Pero su expresión cambió al ver que Allister se había tomado sus palabras al pie de la letra—. No, no…

Pero los villanos corrían despavoridos y la Juani tuvo que abrazar el cuello del pobre caballo para que no saliera a galope detrás de ellos.

—¿No deseabais su muerte? —preguntó, incrédulo.

—Bueno… no seas tan literal, mi príncipe —resopló la Juani—. Ya los hemos acojonado bastante, no hace falta ensartarlos como una aceituna.

Allister le sonrió y a ella se le quedó cara de Lina Morgan.

—Aiisssh, mi niño, que te como.

Solo tuvo ojos para ella, y quizás por eso, dejó marchar a los tres malvados.

Juani observó como corrían despavoridos y tropezaban varias veces, antes de desaparecer en el espeso bosque.

Cuando los malhechores se hubieron marchado, Juani volteó el rostro y con sus manos en garras atrapó la pechera de la camisa de Allister y lo hizo inclinarse hasta rozar sus labios.

Allister la besó con rapidez, pero enseguida se apartó para bajar de su caballo con un ágil salto. La recibió con los brazos abiertos cuando Juani se lanzó sobre él.

—Ay, qué alegría más grande volver a verte —dijo, pegándose a él, abrazándolo con fuerza.

—Juani —le dijo, cuando se separó de ella—, ¿por qué te has ido así? —La abrazó de nuevo—. Me has roto el corazón.

—Oh.

Lo dijo con tanta pena y sus ojos brillaban tanto con tristeza que hasta los de ella se llenaron de lágrimas.

—Mi arma, lo siento —dijo con mucho cariño—. Perdóname. Pero si no me marcho no podré irme jamás.

—¿Y eso sería tan terrible?

La Juani pareció meditarlo mientras se perdía en sus ojos cristalinos.

—Pues la verdad es que no lo sé. —Ella estiró el cuello para mirarle con lágrimas en los ojos—. Allister… mi amado caballero.

—Juani, te lo suplico, explícate.

Ella tomó aire, antes de responder.

—Llévame al sitio de las piedras erectas y entonces te lo contaré todo.

Él asintió, justo antes de abrazarla de nuevo y montarla sobre su caballo.

Allister cabalgaba en silencio con Juani delante de él. La rodeaba con sus brazos, y tenía el rostro hundido en su cuello mientras se dirigían al lugar donde se encontraban las siete piedras sagradas.

Allister no quería separarse de ella, pero algo le decía que esta sería la última vez que la vería. Ella, la mujer que lo visitaba en sueños cada noche… unos sueños que se habían convertido en realidad, iba a marcharse.

Eso le rompía el corazón, pero por Juani haría lo que fuera.

Tanto la amaba, que estaba dispuesto a dejarla ir, si es lo que quería.

Conocía bien dónde se encontraban, se conocía el bosque de Killarney como la palma de su mano, pero jamás se había atrevido a adentrarse en el interior del círculo de monolitos, pues los lugareños aseguraban que se trataba de un lugar sagrado y con mucho poder.

Se contaban grandes leyendas sobre esas piedras, y también sobre las estatuillas que había estado buscando. Pero no solo eso, a lo largo del mundo se encontraban objetos mágicos que podían hacer a un hombre muy feliz, o muy desdichado. Algunos incluso podían cumplir sueños y deseos. No sabía si era algo así lo que le había sucedido a su zíngara. ¿Acaso había deseado encontrarse en aquel lugar? ¿por qué motivo? Se decía que tanto las piedras como los objetos mágicos solo eran efectivos si uno tenía una misión que cumplir.

—¿Qué misión tenías al venir aquí? —le preguntó Allister a la Juani.

Ella alzó más la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Misión?

Él asintió.

—¿Hay algo que hayas aprendido? ¿Alguna lección que te haya cambiado la vida?

La Juani frunció el ceño, pensativa.

¿Había aprendido algo? Por supuesto.

—He aprendido que dejarte llevar y superar tus miedos puede darte mucha felicidad.

Eso es lo que había sentido. Felicidad.

Había sido feliz esa noche entre sus brazos, y cuando volviera al mundo real, se dijo que intentaría superar sus miedos y dejarse amar por Allister, así como haría lo imposible para amarlo sin condiciones y hacerlo feliz.

—Lección aprendida —sonrió—, una muy valiosa.

—¿Cuál?

—Te lo explicaré al llegar a las piedras.

No dijo más, y volvió a acurrucarse contra su pecho.

CAPÍTULO 19

Renunciaría a todo por ti

Juani acababa de decirle que en ese sitio le explicaría todo lo que estaba sucediendo y no pudo más que aguardar pacientemente hasta que al fin llegaron.

Ante ellos se alzaban los siete monolitos, formando un círculo perfecto.

Se encontraban en un claro del bosque, sobre una elevación del terreno, pero curiosamente, allí no soplaba el viento. Y no sólo eso, tampoco se escuchaba ningún sonido. Ni los alegres cantos de los pájaros que los acompañaron por el camino, ni el ruido de las hojas meciéndose con la brisa, solo los rodeaba un silencio que, por contrario que pudiera parecer, era ensordecedor.

Se bajó del caballo y ayudó a desmontar a Juani.

Cuando sus pies tocaron el suelo, la abrazó, sin poder evitarlo.

—Juani —dijo, hundiendo el rostro en su melena—, no sé qué pretendes hacer aquí, pero no lo hagas —su voz era pura súplica—.

Quédate a mi lado.

Ella cerró los ojos con fuerza.

No quería marcharse, si por ella fuera, se quedaría en aquel lugar para siempre.

Pero no era posible. Tenía que regresar al futuro. Allí estaba el Allister que ella había conocido, su amigo, su confidente, su pilar. Este Allister también lo era, pero no había compartido con él, lo mismo que con su lord Calcetín. Con su Allister había compartido momentos realmente mágicos y aunque no podía explicarlo, quería volver a verlo.

A pesar de todo, las dudas la asolaron de nuevo.

—Allister… —lo miró a los ojos—. Ojalá pudiera quedarme aquí contigo, pero no es posible.

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó con pesadumbre—. No. No puedo soportar estar lejos de ti. Por favor, quédate.

—No puedo. Debo march…

—Quédate —insistió—, te lo ruego.

Juani tomó aire con lentitud.

Las miradas permanecían unidas, los ojos azules de su caballero eran maravillosos, nadie, jamás, la había mirado de igual

forma. Era el hombre más bueno que había conocido, el más noble y el mejor amigo que alguien pudiera tener. Pero su otro Allister también la esperaba al otro lado.

Se sentía tan dividida…

A pesar de que deseaba quedarse con todas sus fuerzas, no era lo correcto.

En el fondo de su corazón sabía que aún había cosas que resolver. Una misión, una lección que aprender. Sí había aprendido a entregarse y a ser recompensada. Debía volver y de verdad darle una oportunidad a lo suyo con Allister. Y eso significaba marcharse.

Debía regresar.

—Esto es solo un sueño, un sueño maravilloso —le dijo a Allister—, pero un sueño al fin y al cabo.

—No comprendo.

—Allister —suspiró Juani—, tengo que explicarte algo.

Vio el pánico en su rostro.

—¿Acaso sois una mujer casada?

Juani tragó saliva.

—¿Qué? ¡No!

Ver el alivio en el rostro de Allister no la tranquilizó, al contrario.

—¿Entonces?, ¿qué o quién te retiene en ese otro lugar que no es entre mis brazos?

—La clave está en dónde, Allister.

—No comprendo.

Juani apoyó la frente en la suya y le colocó el cabello tras las orejas, después de acariciarle el rostro.

—Tengo que contarte algo que no te será fácil creer. Puede que pienses que miento, pero no he dicho una verdad más grande en toda mi vida.

—Siento que te conozco desde siempre, y la mentira no forma parte de ti.

—Aun así, me da miedo que, al ser un hombre de este tiempo, no lo entiendas y…

Allister se separó de ella y se la quedó mirando, con las manos apoyadas en sus hombros.

—¿Qué quieres decir con ser un hombre de este tiempo? ¿Y de qué tenéis miedo, mi dulce dama?

Juani suspiró. Se alejó de él y empezó a caminar hacia el círculo de piedras. Luego se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—Agárrate al árbol más cercano, porque lo que estoy a punto de decirte igual te provoca un desmayo.

—Juani, me estás asustando, ¿qué pasa?

—No me pasa nada grave, aparte de que no debería estar aquí.

Allister caminó hacia ella y quedó a acasos pasos de distancia, en el círculo de piedras.

—No puede haber otro lugar para ambos, que no sea estar juntos por siempre.

Juani suspiró y cerró los ojos unos instantes. Se le estaba haciendo muy difícil separarse de Allister.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no se trata de nosotros, sino de la época.

—Sigo sin entender.

—No pertenezco a este mundo. Y debo regresar.

Allister abrió mucho los ojos.

—Si se trata de brujería, no os delataré, os defenderé con mi vida y que Dios me perdone, pero renuncio a toda creencia por vos.

—No es necesario que hagas nada de todo eso, Allister.

—Juro por Dios que lo haré. Y si me habéis hechizado, os lo agradezco. Escupiría sobre la cruz e iría al mismísimo infierno por uno solo de vuestros besos.

Ay, que mono por favor… Me lo volvía a comer ahora mismo enterito y sin guarnición.

—Tampoco será necesario. Ni querría que renunciaras a nada por mí.

—Decidme qué he de hacer, os lo suplico.

—Solo…

Darme un beso de amor. Pero antes quiero explicártelo todo.

—Sigo sin comprender, Juani.

Y yo tengo que decirte que soy una viajera del tiempo, pero me da miedo que vaya a explotarte la cabeza.

—Allister —hizo una pausa para tomar aire—. Antes te he dicho que no soy de este mundo porque vengo del futuro.

Su cara fue como si fuera él quien se hubiese vuelto loco.

—No… no. Imposible. Habéis querido decir otra cosa, seguramente.

—No, lo has entendido bien. Yo nací en el año… —*A nadie le importa mi edad, ahora que lo pienso*—. En algún momento de… la primera década del año dos mil.

—¿Qué?

—Bueno 1998, ¿vale?

—¿De nuestro Señor?

—¿Jesucristo? Sí, de eso hablo —dijo la Juani.

—Pero… si estamos en el año mil doscientos de nuestro Señor.

La cara de su fiel caballero era un poema. Aunque lo que le dijo a continuación, la dejó perpleja.

—Ninguna otra dama me dio semejante excusa para rechazar mis favores.

—¿Qué? —La Juani parpadeó confusa.

¿Quién ha sido tan gilipollas como para rechazar a este hombre?

Déjame que te lo recuerde, Juani: TÚ.

—No te estoy rechazando, Allister. Vengo del futuro y allí también estás, como el resto de mis amigas. —A pesar de que la incomprensión seguía plasmada en su rostro, continuó—. Ojalá pudiera demostrártelo, pero me dejé el bolso con el móvil en casa de Rebecca y Owen y, además, seguramente ya no tenga batería.

Si Allister frunciese más el ceño, se le rompería la cara.

—¿Qué es… un móvil? ¿Y qué es una… batería?

—Un momento —Juani se metió las manos en un pequeño bolsito de cuero que era de Allister y llevaba cosido a sus calzas.

Milagrosamente dio con un mechero—. ¿Cómo es que mi mechero está en tus pantalones?

—¿Ese extraño objeto? No sé para que sirve, lo encontré en el bosque. Pero, ¿qué importancia tiene?

Juani se acercó un poco más a Allister y le puso el objeto frente a la cara.

—Mira, ahora verás—. Intentó encenderlo, pero no pudo— ¡Mierda! —lo miró con rabia— ¿Por qué no funciona este trasto del demonio?

Allister la miraba sorprendido mientras ella lanzaba maldiciones contra ese extraño artilugio.

—¡Joder, si era nuevo! ¡Se lo quité a Taylor porque me prometió que había dejado de fumar y la pillé llena de humo en el baño!

—Pero… ¿qué…?

Juani siguió dándole a la ruedecilla hasta que, de pronto, surgió la llama.

—¡Al fin! —exclamó, con una sonrisa sublime, y poniéndole el mechero delante de su cara—. ¡Ya funciona!

Allister casi se cayó de espaldas cuando vio surgir de la mano de Juani el fuego.

—Sois…

—¿Una bruja? —interrumpió, poniendo los brazos en jarra—. Me lo dicen muchas veces, pero en realidad soy sólo una aprendiz. Conozco cuatro pócimas, dos filtros y las cartas astrales las hago por internet, sí hago trampa. Y tiro las cartas, pero siempre las leo como me conviene —se encogió de hombros—. Paso de dar malas noticias.

—¿Cómo habéis…?

—¿Hecho esto? —preguntó, encendiéndolo de nuevo—. Ven, que te lo enseño.

Juani le explicó el mecanismo del extraño objeto a Allister, y él al fin comprendió que no se trataba de magia, sino de algún tipo de alquimia.

—Vengo del futuro y allí hay muchas cosas como esta —explicó—. Viajé por medio de las piedras, tras darme un golpe en la cabeza con una rama cuando estaba huyendo de…

—¿De quién?

De ti.

—Eso… eso no importa ahora.

Él se acercó y tomó su rostro con ambas manos.

—Importa —aseguró—. A mí me importa, Juani. No quiero que vuelvas a un futuro donde tengas que huir de nadie.

Ella cerró los ojos unos momentos, y suspiró.

—Escapaba de ti porque… —se mordió el labio inferior—. Porque me besaste.

Allister parpadeó.

—¿Te besé? ¿En el futuro?

Juani asintió.

—Entonces, si te beso ahora… ¿regresarás a mí en ese futuro que dices?

—Seguramente.

Allister tragó saliva. Una fuerte lucha interior lo asoló, hasta que tomó una decisión.

—Os besaré, Juani. Pero antes os diré algo.

Juani se mordió el labio inferior, y gimió al ver sus preciosos ojos colmados de amor.

—En cualquier futuro, presente o pasado, lucharé por vos y os juro que no descansaré hasta que aceptéis mi mano en matrimonio.

—Oh, Allister…

—Os esperaré el tiempo que haga falta. Seré el hombre más paciente del mundo, y siempre estaré para cuando me necesitéis,

incluso si finalmente decidís que no soy el adecuado para vos. Nunca, jamás, dejaré de estar a vuestro lado.

—Allister… ¿Por qué me dejas marchar entonces? —preguntó, en un último coletazo de debilidad.

—Si en el futuro hay un hombre como yo que os ama, no le arrebataré a ese hombre vuestro amor. Pero antes, necesito que seáis sincera conmigo.

—Eso siempre, mi caballero.

—Juani… ¿Me amáis?

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Juani y los ojos empañados de Allister estuvieron a punto de recorrer el mismo camino.

—Te amo, Allister. Como ninguna mujer ha amado a un hombre.

—Oh, Juani…

La tomó del rostro, acercó los labios a los suyos y la besó con pasión desmedida, como si fuera la última vez. Juani rodeó su cuello con los brazos y le correspondió con creces.

Cuando el beso acabó, Allister abrió los ojos y la miró por última vez, acariciando su rostro con el dorso de la mano.

—Buscadme, mi dama —suplicó, mientras ella se iba esfumando ante él, sin saber si era a causa de las lágrimas que empañaban sus ojos, o si realmente estaba desapareciendo, como el ángel que era—. Allá donde vayáis, aguardaré.

—Te buscaré, Allister —dijo, cuando estaba a punto de desaparecer—. Te buscaré y prometo ser tu esposa. Me casaré contigo y seremos felices por siempre.

Tras decir esa verdad tan absoluta, Juani cerró los ojos y sonrió.

Sus miedos se habían disipado. Al fin, estaba completamente segura de lo que quería y no era a nadie más que…

—Allister Buguerman —susurró.

De pronto se dio cuenta de donde estaban. Juani permanecía de pie sobre la losa de petroglifos y sintió las vibraciones que le eran tan familiares.

Miró a sus pies, y entendió que el corazón no le latía desbocado por el beso, sino porque volvía a suceder.

Los surcos en la roca giraron en espiral como si de un ventilador se tratara. Su cabellera voló al viento, al igual que la de Allister, quien la miraba desconcertado.

Pero duró poco.

Juani sintió que algo tiraba de ella hacia el suelo, hacia el interior de la losa, y Allister sintió como el viento lo expulsaba del círculo de piedras.

La sensación de la Juani fue la de una caída libre.

Cayó.

Y Cayó.

Hasta que todo se volvió oscuridad.

Y al instante, una luz cegadora la despertó.

EPÍLOGO

Los cálidos rayos de sol acariciaban su cara. Los sentía abrasadores, potentes.

Madredelamorhermoso, ¿desde cuando pica tanto el sol en Irlanda?

Se llevó el dorso de la mano a los ojos y se le metió polvo entre los párpados y en la nariz. Estornudó y se quedó ciega por momentos.

El viaje por las piedras no había sido tan desagradable o extraño como la primera vez, era como tirarse en paracaídas. Un vértigo y una sensación en el estómago de puro vacío.

Sintió ganas de llorar al saber que había vuelto, y que el Allister que había conocido en el pasado, no estaría ahí. Pero sí su royal.

Los labios se curvaron en una sonrisa.

Había vuelto a casa.

De repente, empezó a escuchar gritos ahogados y pasos nerviosos a su alrededor.

Dejó de sonreír.

—¿Qué… qué pasa?

Se incorporó sobre uno de sus codos, pero no podía abrir los ojos. El sol le molestaba demasiado.

Escuchó pasos, algún gemido de horror, como si hubiese gente asustada, escondiéndose de algo.

Varios relinchos de caballos a lo lejos, y la alegre melodía de un piano que dejó de sonar de súbito. El silencio fue roto instantes después por el grito de…

Abrió los ojos.

—¿Un águila calva? —miró el aguilucho sobre ella, surcando los cielos.

Pero, ¿qué puñetas…?

Cuando consiguió abrir los ojos del todo y vio la bóveda celeste, con el sol del miedo día en lo más alto, se quedó pasmada.

—¿Dónde diablos estoy? —Desde luego habían desaparecido los árboles del bosque de Killarney y todo parecía más… desértico.

—¡Tú, idiota! —le gritó un viejo gangoso, sentado en un balancín de madera.

Miró hacia un porche, las casetas eran de madera. ¡Y caballos! Había caballitos y… ¿vaqueros?

—¡Me cago en la mar salá! —*Pero, ¿dónde coño estoy? ¿En Yellowstone?*

Antes de poder levantarse, oyó los pasos apresurados de alguien, acercándose a ella.

—¡Chica! —era una voz que conocía bien— ¡Chica, levántate!

—¿Pero qué coño…? ¡¡¿Taylor?!! —Abrió los ojos como platos — ¡Taylor, *miarma*! ¡Eres tú!

Juani sonrió con lágrimas en los ojos.

—Y yo preguntándome donde te habías metido en mi sueño raro —pero desconcertada, miró alrededor—, pero este no es mucho mejor.

No veía a Allister en ningún sitio, pero sí estaba Taylor con ella… su brilli sabría qué hacer. Aunque Taylor pareció muy sorprendida de verla.

—¿Me conoces, chica?

La Juani no respondió, tenía los ojos abiertos como platos cuando se dio cuenta de algo.

No, no, no… no estaba en Irlanda. Sin embargo, esa era su Taylor. Claro que el sombrero de cowboy le quedaba de coña, pero…

—Aiiiiissssh, mi Taylor. ¡Que la he vuelto a cagar! Putas piedras del carajo.

Taylor frunció el ceño.

—¿Piedras? ¿Qué piedras?

—¡Las que me deben haber golpeado el coco! —gimió exasperada—. Ayúdame, Taylor.

Estaba guapa la jodía. Llevaba un pañuelo rojo anudado al cuello y tenía la cara llena de polvo, y aún así, no podía decir que no fuera una de las mujeres más guapas que había visto nunca.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó, pero luego miró hacia su derecha y de nuevo hacia ella—. Cuéntamelo luego.

—¿Qué?

—Levántate de aquí, se van a batir en duelo y estás justo en medio.

—¿Cómo?

Cuando Juani miró alrededor, quedó muy sorprendida.

No había regresado a la Irlanda del siglo XXI. Había viajado en el tiempo, sí, pero no al suyo.

Estaba…

¡En el Oeste Americano!

—¿Qué cojones es esto? —graznó.

Se encontraba en mitad de un pueblo polvoriento, en una calle principal, larga y desierta. Si miraba más allá, podían verse las

montañas secas y rojas, como las de Texas. La calle estaba vacía y a los lados se extendían viejas casas de madera con tejados de zinc, donde algunas cabezas se asomaban para observar lo que estaba pasando. Alcanzó a ver a lo lejos un edificio, con un letrero desvencijado que rezaba: El Saloon de Sam.

—Como no… Y seguro que es la esposa del Sheriff.

Miró a Taylor de nuevo, pero como Juani no se dio suficiente prisa, tiró de ella por el cuello de su camisa. Llevaba camisa y pantalones, con unas cartucheras con dos revólveres. *¡Ay va la Hostia! ¡Ahora soy pistolera!* Miró a Taylor y vio que ella también iba vestida de pistolera.

—Madre mía, estás que te sales.

Taylor no sólo la ignoró, sino que la arrastró por el suelo polvoriento y la sacó de la calle hasta dejarla apoyada contra uno de los postes de madera que daban al Saloon.

—Quédate aquí —le dijo Taylor.

—¿Qué está pasando?

—¡Shhh! Allister Buggerman va a batirse en duelo con un forastero.

Al oír el nombre de su caballero, Juani juntó las manos y miró en la dirección que Taylor Salas le acababa de señalar con un

movimiento de cabeza.

—¡Oh, mi caballero del calcetín es ahora un sexy cowboy! ¿Cómo es eso posible?

—No sé qué demonios dices, chica, pero será mejor que cierres el pico y te escondas, si no quieres recibir un balazo.

Pero Juani no hizo caso, no podía apartar la mirada de su guapo vaquero.

Estaba increíblemente sexy, con un sombrero blanco en la cabeza. Desde debajo su ala, podían verse sus preciosos ojos azules, entrecerrados, mirando fijamente a su contrincante. Llevaba una camisa azul celeste, un cinturón con una enorme hebilla y unos pantalones vaqueros polvorientos que se ajustaban a sus perfectas y musculosas piernas. Sobre ellos, chorreras de cuero con cientos de flecos se movían con el viento y las fuertes manos, tensas, moviendo los dedos con elegancia, a escasos centímetros de sus dos revólveres con empuñadura de nácar.

Madredelamorhermoso.

Angustiada por lo que estaba a punto de suceder, Juani giró el rostro para ver a su rival, y de súbito, sintió auténtico pavor.

Era un hombre alto, de largos cabellos negros como ala de cuervo que flotaban tras su espalda, agitados por el viento. Todo él

vestía de ese color, luciendo la apariencia de un diablo reencarnado. Era alto, casi tanto como Allister, esbelto y con una postura de seguridad y arrogancia que también proyectaba peligro. El sombrero de ala ancha le tapaba casi toda la cara, pero Juani pudo ver sus labios, el superior cortado por una cicatriz. Si hubiese visto su mirada en ese justo instante, habría podido comprobar que era de acero.

Pronto lo descubrió.

Porque el cowboy oscuro alzó la cabeza y ante el asombro de todos, giró el rostro hacia ella y esos ojos, fríos como el metal, se clavaron sobre los de Juani, justo en el instante en que una ráfaga de viento hacía volar en el centro de ambos contrincantes un rulo de hierbas secas.

—No… no puede ser —jadeó, al borde del desmayo.

Porque quien estaba a punto de batirse en duelo con su amado Allister, no era, ni más y ni menos que…

¡Mi marido, el Cortés ha vuelto de entre los muertos!

CONTINUARÁ…

NOTA DE LA AUTORA

Querida lectora:

Es lógico que si me acabas de descubrir como autora con esta novela corta, no te hayas enterado de la misa la mitad. Pido disculpas. Al menos, espero que hayas seguido leyendo y hayas disfrutado mucho de las aventuras y desventuras de la reina del brilli-brilli, la Juani. Y sobre todo, espero que te hayas desternillado de risa.

Como ya habrás podido comprobar, esta novela corta ha sido escrita con el único fin de divertirme. Después de varias novelas históricas, necesitaba reírme un poco conmigo misma.

Como he puesto en la dedicatoria, esta novela está dedicada a mis chicas, las brillis del grupo Brilli-brilli de la Juani y si quieres formar parte de nuestra comunidad, estás invitada a ingresar en él y a disfrutar de un divertido grupo donde, prometo, te lo vas a pasar en grande, sólo tienes que pulsar el siguiente enlace:

El Grupo Brilli-brilli de La Juani

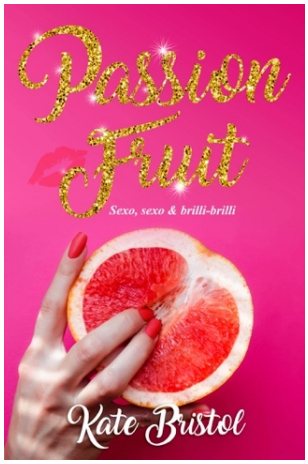
Y a vosotras, mis brillis, que conocéis ya todas mis novelas y a todos mis personajes, solo queda deciros que os adoro, y os quiero hasta el infinito y más allá. Gracias por estar siempre apoyándome, y por toda la ilusión que ponéis en cada uno de mis libros. GRACIAS.

Y de nuevo me dirijo a ti, mi nueva lectora. Si decides quedarte conmigo y emprender la aventura brilli-brilli, si quieres conocer a todos los personajes secundarios que aparecen en esta alocada novela y saber de los inicios del amor de nuestra gitana favorita y su lord Calcetín, sigue leyendo… ;)

RECOMENDACIONES

En la siguiente lista que tienes a continuación, podrás conocer a los personajes que aparecen en esta alocada novela. Si pulsas sobre el título, llegarás a un enlace donde podrás descargártelas cómodamente.
Gracias de nuevo por leerme.

Passion Fruit
(Rosalía y Alberto)



Alberto Ruiz Saavedra es el político revelación del año, guapo, carismático y una de las fortunas más grandes del país. Por si todo esto fuera poco, está en todas las revistas del corazón, pues sale con Marlene, la cantante de moda con quien va a casarse. Su vida parece un cuento de hadas ¿verdad? Quizás lo sería si su relación no fuera una farsa y no estuviera locamente enamorado de su... chacha.

Rosalía es una chica de barrio, que trabaja limpiando casas. Es espontánea y divertida. Su obsesión por Pasión Fruit (el pintalabios que ha creado) y el brilli-brilli, solo es superada por la obsesión que siente por su jefe Alberto. Rosalía sabe que su amor es imposible ¿Cómo va a fijarse en ella el futuro presidente?

Pero una noche de locura dará paso a la más apasionada historia de amor sazonada con: escapadas a Ibiza, chantajes, bodas gitanas, peleas en discotecas y mucho

sexo y brilli-brilli. Passion Fruit es una novela erótica, alocada y llena de situaciones disparatadas. Si quieres reírte apúntate a la moda del brilli-brilli.

Serie brilli-brilli en las highlands

¿Un highlander? ¡Demasiado sexy para mí!

(Taylor y Marcus)



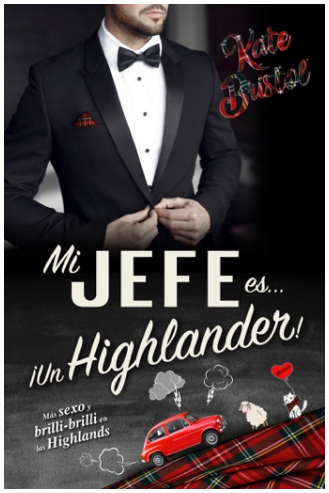
¡A la mierda la ensaladera! Después de destrozar todos los regalos de bodas, Taylor Salas necesita unas vacaciones, y olvidarse de que el día de su boda pilló a su futuro marido poniéndole los cuernos con su prima. Por suerte, no está sola en el mundo, su mejor amiga Samantha le proporcionará lo que necesita: un retiro solitario en la maravillosa cabaña que su hermano tiene, pero que nunca usa, en el Loch Ness.

Marcus McDowell, además de ser el soltero más cotizado del mundo empresarial, es el hermano de Samantha. Adicto al trabajo, éste le ha pasado factura, por eso decide tomarse un respiro en su cabaña de las Highlands. Lo que no puede imaginarse es que, en lugar de estar vacía, se encuentre a una hermosa mujer bailando reguetón en su ducha. ¡Desnuda! Ahí pondrá en marcha su divertida venganza, pero poco a poco no podrá evitar sentirse atraído por la alocada mujer de corazón herido.

Entre ambos sólo se establecerá una norma: sexo sin compromiso. Y es que Marcus no está dispuesto a tener una relación estable y Taylor sabe que McDowell es un highlander demasiado sexy como para no acabar con el corazón roto. ¿Podrán ambos no enamorarse y mantener esta norma?

Mi jefe es un highlander

(Bel y Duncan)



Bel Roig es una artista que trabaja en una cafetería de Edimburgo, mientras intenta realizar su sueño: exponer sus pinturas. En su semana de vacaciones quiere recorrer las Highlands con su querido Manolo: el seiscientos de su abuelo. Todo va de maravilla hasta que...

¡Manolo se empotra contra un árbol! ¡Atropella a una oveja! ¡Y la secuestra un highlander!

Dos semanas después, Bel no puede olvidar su apasionada noche se sexo salvaje con el rudo escocés que la salvó de la tormenta. ¿Volverá a verlo algún día? Ella no lo cree probable, hasta que se presenta a una entrevista de trabajo, donde ¡Oh! El esquilador de ovejas, se ha transformado en el déspota empresario apodado el Tiburón Blanco.

¿Qué hará Bel cuando descubra que su jefe es su highlander?

Una vez más, os traigo una novela cargada de sexo, sexo y brilli-brilli.

¿Dónde está mi highlander?

Samantha y Patrick



Cuando el agente de policía, Patrick McGregor llega al lugar de un altercado, lo último que espera encontrarse es a una novia despechada quemando sus regalos de boda. Y mucho menos espera sentirse irremediablemente atraído por la mejor amiga de la novia, Samantha McDowell. Patrick no podrá olvidar a esa rubia alocada y sexy, de piernas kilométricas, y está dispuesto a empezar una relación con ella, pero todo se complica cuando se ve obligado a investigarla.Pero a veces el deseo es más fuerte que el deber.

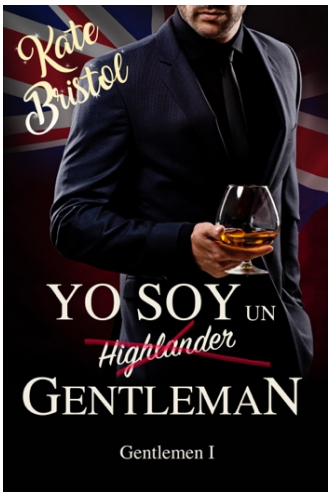
¿Qué hará Samantha, cuando se entere de que su poli buenorro la ha estado utilizando para su investigación?

¿Podrá Patrick convencerla de que la ama de verdad?

No te pierdas esta novela, cargada de sexo, sexo y brilli-brilli.

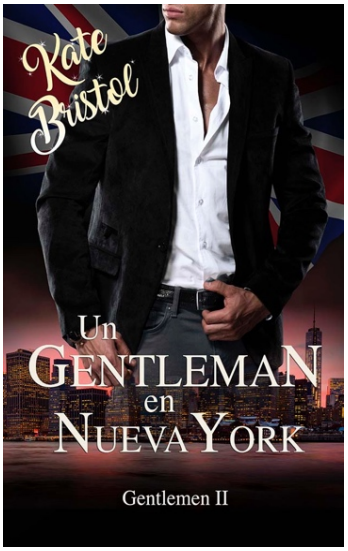
Serie gentlemen

Yo soy un gentleman
(Meg y William)



William Wells siempre se ha considerado un auténtico gentleman, pero su corazón lleva demasiado tiempo roto. Después de las traiciones de su esposa Alexia, no confía en ninguna mujer, por eso la aplicación de citas Much too much para jóvenes millonarios le parece la mejor opción para no arriesgar su corazón. Pero no contaba con quedarse fascinado de una pelirroja malhablada y demasiado parecida a la policía que lo ha sacado de quicio durante los últimos meses. Meg Campbell lleva demasiado tiempo obsesionada con el prepotente millonario William Wells. Necesita olvidarse de todo y pasarlo bien, así que no duda en aceptar el ofrecimiento de su amiga, La Juani, que ha inventado una aplicación para ligues sin compromiso. Lo que no esperaba es encontrarse allí un gentleman que la vuelve loca, y al que desea con pasión, aunque sea demasiado parecido al magnate que la saca de quicio.

Un gentleman en Nueva York
(Rebecca y Owen)



Rebecca Willson, es una mujer que siempre consigue lo que se propone. Su empresa proporciona asistentes de élite a los más exigentes ejecutivos. Solo Owen Hamilton es imposible complacer. Pero ella está dispuesta a hacerse pasar por una simple asistente, Rebeca Bellucci, si con ello consigue saber qué le pasa al hombre del momento, apodado Corazón de Hierro.

Owen vive para su empresa, cualquier cosa que se tenga que hacer, él la hace. No puede delegar tareas importantes a incompetentes, por eso sus asistentes duran menos de 48 horas. Pero… Rebeca Bellucci es especial. Inteligente, metódica, racional… increíblemente sexy, y tan cínica que es la única persona en el mundo capaz de ponerlo en su sitio.

¿Cómo demonios puede un gentleman resistirse a una mujer así?

Un gentleman comprometido

(Melissa y Robert)



La prensa amarilla siempre ha etiquetado a Melissa Bedford, hija del conde de Carrington, como a una mujer superficial y adicta a los escándalos. Sin embargo, Mel no es quien realmente aparenta ser. Ella tiene un proyecto, una escuela de escritores por la que se ha endeudado, y es además una súper ventas de novela negra, oculta bajo un pseudónimo masculino.

Cuando sus padres le proponen casarla con Robert Harris, un magnate de los negocios, y todo un gentleman, para que siente cabeza, todo se desmorona a su alrededor.

Robert, al igual que Melissa, no desea un matrimonio concertado, pero lady Jane, su querida abuela, y una de las dragonas más influyentes de la alta sociedad, está a las puertas de la muerte y él lo único que desea en el mundo es complacerla. Pero con lo que no cuenta Robert es en volver a enamorarse de Melissa, su primer amor de la universidad… Y la mujer más excitante que ha conocido.

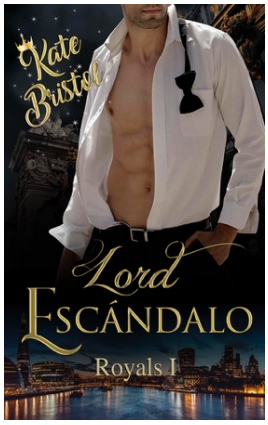
¿Volverán a enamorarse, Robert y Melissa?

¿Podrá perdonarle ella su abandono durante tantos años?

Descúbrelo en esta apasionante novela de Kate Bristol, el cierre de la trilogía Gentlemen. Una novela erótica, cargada de seducción, donde no faltarán tampoco las risas de la mano de nuestras secundarias más queridas: las brillis.

Serie Royals

Lord Escándalo
(Pamela y Anthony)



Pam Brooks es una periodista del corazón, y aunque su pasión siempre ha sido poder llegar a escribir grandes artículos de investigación, se lo pasa realmente bien con la loca de su jefa trabajando en la revista de cotilleos. Cuando Andrew Sant James se hace cargo de la empresa editorial de su padre, el primer encargo de Pam, es ser la sombra de Lord Escándalo, Anthony Klein, el mejor amigo de su jefe.

Empiezan las fiestas locas, las carreras en pelotas, los besos robados y los peces de colores.

La vida de Pam se convierte en una auténtica locura y es que ser la paparazzi de Lord Escándalo es un pozo sin fondo de diversión. **Lástima que todo se vuelve más serio cuando Anthony deja de ser solo un trabajo.**

No te pierdas esta nueva novela de Kate Bristol. Un romance alocado, lleno de sonrisas, momentos divertidos, erotismo, amor y mucho brilli-brilli.

Un conde solitario
(Becca y Connor)



Connor O'Brien, **el conde de Killarney**, siempre ha sido un hombre solitario. En su niñez no tuvo amigos y pasada su adolescencia tuvo que hacerse cargo de los negocios familiares, cuidar de sus arrendatarios y de su castillo, del que se siente tan orgulloso. No cambiaría de él ni una sola piedra, pero al parecer **alguien tiene otros planes**.

Becca, ha vuelto al pueblo donde nació en Irlanda, después de muchos años. Tenía una carrera prometedora como decoradora de interiores en Londres, pero su madre enferma la necesita. Por suerte, la condesa viuda de Killarney le ha conseguido trabajo, r**edecorar el lúgubre castillo que su hijo parece mantener en la época medieval.**

Cuando Connor vuelve de Londres, las alfombras florales y un inusitado color rosa pastel, casi le provocan un infarto. Está dispuesto a sacar a rastras a esa mujer de su casa, pero a su vez Becca está más que dispuesta a finalizar el trabajo por el que se le ha pagado.

Empieza la guerra en el castillo. Pero entre peleas y jugarretas, surgirán sentimientos tan profundos, como arrolladora es la pasión de la que será testigo el viejo castillo irlandés.

Lord Romántico
(Lilibeth y Andrew)



Andrew Saint James, royal británico y gran aventurero, se encuentra en **Egipto** para localizar una de las joyas ancestrales de su familia, **La Lágrima de Isis**, tantos años desaparecida. Lo que no puede prever Lord Romántico, es que la bella mujer que aparece repentinamente en medio de una tormenta de arena, sea quien la tenga en sus manos.

Lilibeth Latimer, condesa de Berkeley, es arqueóloga y su gran pasión es la **aventura**. Adicta a la adrenalina, no tiene tiempo para romances. Enamorarse no es una opción y su única misión es llevar la tan buscada joya a su abuela.

El preciado diamante, pronto regresará a casa.

O eso es lo que ella cree.

Después de una apasionada noche de amor en una tumba egipcia, los dos amantes se separan y pactan encontrarse en Estambul pero, ¿qué pensará Lilibeth cuando regrese a Londres para descubrir que su tan ansiada joya ya no está en su mochila? ¿Y cómo se sentirá cuando Andrew no acuda a su cita en Estambul? ¿Acaso el royal es solo un vil ladrón? Furiosa, entiende que Andrew Saint James, no solo le ha robado su bien más preciado, sino también el corazón.

Si crees que se va a quedar con los brazos cruzados, es que no conoces a nuestra Lilibeth.

No te pierdas lo último de Kate Bristol.

Una nueva aventura en tierras lejanas.

Un secreto familiar.

Dos abuelas enfrentadas desde hace años por un diamante.

Y un apuesto villano con tentáculos en el mundo del arte que… tiene sus propios planes.

[1] Si quieres conocer los orígenes de la Juani, no te pierdas esta tronchante novela, donde los pintalabios y los pintauñas tienen mucho que ver. Y donde descubrirás también la maravillosa historia de amor de Rosalía, una asistenta, y Alberto Ruiz Saavedra, nuestro político favorito.

[2] Si quieres conocer la historia de Owen Hamilton y Rebecca Belucci, no te pierdas la novela: Un gentleman en Nueva York. Puedes encontrarla en Amazon.

[3] Puedes conocer a Bel Roig y a Duncan McDowel en la novela Mi jefe es un Highlander.

[4] Como mis brillis ya sabréis, están hablando del romance entre London Meliá y el gitano Hacker. La novela aún está en proceso, así que tendréis que tener paciencia. Para las que os incorporáis al mundo Brilli-brilli en esta novela, podéis ir descubriendo lo sucedido a partir de la saga Gentlemen, aunque el gitano hacker aparece por primera vez en Passion Fruit, la primera novela de la autora. Esos son los orígenes de la Juani.

[5] Puedes disfrutar de la historia de amor entre Rosalía y Alberto, en mi primera novela, Passion Fruit.

[6] Si quieres conocer la maravillosa historia de amor de Samantha y Patrick, puedes descargarte en Amazon la novela **¿Dónde está mi highlander?**

[7] Si quieres conocer a Lord Escándalo, puedes descargarte su novela en Amazon: **Lord Escándalo**, de Kate Bristol.

[8] Puedes conocer la historia de Connor y Becca en mi novela, **Un Conde Solitario.**